

**SOCIOLOGIA: PROBLEMAS
Y PERSPECTIVAS**

Anthony Giddens

**LOS SOCIOLOGOS DE
LA CIUDAD**

Gianfranco Bettin

**LA INVESTIGACION URBANA
Y SU SUSTENTO TEORICO**

Alvaro Portillo

TRABAJO ELABORADO POR LA CATEDRA DE SOCIOLOGIA
2004

Oficina del Libro del CEDA
olceda@yahoo.com

Capítulo 1

SOCIOLOGÍA: PROBLEMAS Y PERSPECTIVAS

Vivimos hoy —próximos al final del siglo XX— en un mundo que es enormemente preocupante, pero lleno de las más extraordinarias promesas para el futuro. Es un mundo pletórico de cambios, marcado por profundos conflictos, tensiones y divisiones sociales, así como por la terrorífica posibilidad de una guerra nuclear y por los destructivos ataques de la tecnología moderna al entorno natural. Sin embargo, tenemos posibilidades de controlar nuestro destino, de conformar nuestras vidas para lo mejor, cosa harto inimaginable para generaciones anteriores. ¿Cómo surgió este mundo? ¿Por qué son nuestras condiciones de vida tan diferentes de las de nuestros antepasados? ¿Qué direcciones tomará el cambio en el futuro? Estas cuestiones son la preocupación primordial de la sociología, una disciplina que, por consiguiente, tiene que desempeñar un papel fundamental en la cultura intelectual moderna.

La sociología es el estudio de la vida social humana, de los grupos y sociedades. Es una empresa cautivadora y atrayente, al tener como objeto nuestro propio comportamiento como seres humanos. El ámbito de la sociología es extremadamente amplio, desde el análisis de los encuentros efímeros entre individuos en la calle hasta la investigación de los procesos sociales mundiales. Unos pocos ejemplos permitirán que nos formemos una impresión inicial sobre su naturaleza y objetivos.

¿De qué trata la sociología? Algunos ejemplos

Amor y matrimonio

¿Por qué se enamoran y se casan las personas? La respuesta parece obvia a primera vista. El amor expresa una atracción física y personal que dos individuos sienten el uno por el otro. Hoy en día, muchos de nosotros podemos ser escépticos ante la idea de que el amor «es para siempre», pero el «enamorarse», nos inclinamos a pensar, deriva de sentimientos y emociones humanas universales. Parece del todo natural que una pareja que se enamora desee formar un hogar, y que busquen su realización personal y sexual en su relación.

Sin embargo, este punto de vista, que parece ser evidente de por sí, es de hecho bastante raro. La idea del amor romántico no se extendió en Occidente hasta fecha bastante reciente, y no ha existido jamás en la mayoría de las otras culturas. Sólo en los tiempos modernos el amor, el matrimonio y la sexualidad se han considerado íntimamente ligados entre sí. En la Edad Media, y durante siglos después de ella, las personas se casaban sobre todo para perpetuar la posesión de un título o de una propiedad en las manos de la familia, o para tener hijos que trabajaran la granja familiar. Una vez casados, puede que en ocasiones llegaran a ser compañeros muy unidos; sin embargo, esto sucedía después del matrimonio, pero no antes. Existían relaciones sexuales fuera del matrimonio, pero en éstas no intervenían demasiado los sentimientos que asociamos con el amor. El amor se consideraba «en el mejor de los casos, como una debilidad necesaria, y, en el peor, como una especie de enfermedad» (Monter, 1977, p. 123).

El amor romántico hizo aparición por vez primera en los círculos cortesanos, como una característica de las aventuras sexuales extramaritales en las que incurrían los miembros de la aristocracia. Hasta hace unos dos siglos estaba totalmente confinado a tales círculos, y se mantenía específicamente separado del matrimonio. Las relaciones entre el marido y la mujer en los círculos aristocráticos a menudo eran frías y distantes..., comparadas, claro está, con nuestras expectativas matrimoniales actuales. Los ricos vivían en grandes casas. Cada uno de los esposos tenía su propio dormitorio y sus sirvientes; puede que raras veces se vieran en privado. La compatibilidad sexual era una cuestión de azar, y no se consideraba relevante para el matrimonio. Tanto entre los ricos como entre los pobres, era la parentela quien tomaba la decisión del matrimonio, no los individuos interesados, que tenían poco o nada que decir al respecto (éste sigue siendo el caso en muchas culturas no occidentales actuales).

Como vemos, ni el amor romántico ni su asociación con el matrimonio pueden entenderse como características «dadas» de la vida humana, sino que están conformadas por influencias sociales más

amplias. Éstas son las influencias que los sociólogos estudian y que se hacen sentir incluso en experiencias que, en apariencia, son puramente personales. La mayoría de nosotros ve el mundo desde el punto de vista de nuestras propias vidas. La sociología demuestra la necesidad de adoptar una perspectiva mucho más amplia sobre las razones que nos llevan a actuar como lo hacemos.

Salud y enfermedad

Normalmente consideramos la salud y la enfermedad como cuestiones relacionadas únicamente con la condición física del cuerpo. Una persona siente molestias y dolores o tiene fiebre. ¿Cómo podría tener esto algo que ver con influencias más amplias de tipo social? Sin embargo, los factores sociales tienen de hecho un efecto profundo sobre la experiencia y la aparición de las enfermedades, así como sobre el modo en que reaccionamos a la enfermedad. Nuestro mismo concepto de «enfermedad» como mal funcionamiento físico del cuerpo no es compartido por todas las sociedades. Otras sociedades piensan que la enfermedad, e incluso la muerte, están producidas por hechizos, no por causas físicas susceptibles de tratamiento. En nuestra sociedad, los miembros de la Christian Science rechazan muchas de las ideas ortodoxas sobre la enfermedad, en la creencia de que en realidad somos seres espirituales y perfectos hechos a la imagen de Dios, y que la enfermedad proviene de un mal entendimiento de la realidad, de «admitir el error».

El tiempo que uno puede esperar vivir y las probabilidades de contraer enfermedades graves como afecciones cardíacas, cáncer o neumonía están muy influidos por características sociales. Cuanto mejor posición económica tengan las personas, menores son las probabilidades de que sufran enfermedades graves en un momento cualquiera de sus vidas. Además, existen roles sociales muy definidos acerca de cómo se espera que nos comportemos cuando caemos enfermos. Una persona enferma queda excusada de muchos o de todos los deberes normales de la vida cotidiana, pero la enfermedad tiene que ser reconocida como «lo suficientemente grave» para que pueda exigir estas ventajas sin ser criticado o reprendido. Es probable que si se piensa que alguien sufre sólo de una forma de debilidad relativamente benigna, o su enfermedad no se ha identificado con precisión, se considere a esa persona un «enfermo fingido», sin que realmente tenga el derecho de sustraerse a las obligaciones diarias.

Otro ejemplo: crimen y castigo

La terrorífica descripción reseñada a continuación relata las horas finales de un hombre ejecutado en 1757, acusado de planear el asesinato del rey de Francia. El desdichado individuo fue condenado a que se le arrancara la carne del pecho, piernas y brazos, y a que se vertiera sobre las heridas una mezcla de aceite hirviendo, cera y azufre. A continuación, cuatro caballos tenían que tirar de su cuerpo y despedazarlo, y las partes desmembradas habían de ser quemadas. Un oficial de la guardia dejó el siguiente relato de los sucesos:

El verdugo introdujo un hierro en el caldero que contenía la poción hirviendo, que derramó generosamente sobre cada herida. A continuación, se ataron al cuerpo del condenado las cuerdas que iban a ser uncidas a los caballos, y se ataron las cuerdas a los caballos, que fueron situados frente a los brazos y piernas, uno en cada miembro [...] Los caballos dieron un fuerte estirón, tirando cada uno en línea recta de un miembro; cada caballo era guiado por un verdugo. Después de un cuarto de hora volvió a repetirse la misma ceremonia, y finalmente, después de varios intentos, hubo de cambiarse la dirección de los caballos de la siguiente manera: los que estaban en los muslos se pusieron hacia los brazos, con lo que se rompieron los brazos por las articulaciones. Esto se repitió varias veces sin éxito. Después de dos o tres intentos, el verdugo Samson y el que había usado las pinzas sacaron cada uno un cuchillo del bolsillo y cortaron el cuerpo por los muslos en lugar de seccionar las piernas por las articulaciones: los cuatro caballos dieron un estirón y se llevaron tras ellos las piernas: primero la derecha y a continuación la otra. Luego se hizo lo mismo con los brazos, los hombros y los cuatro miembros; fue necesario cortar la carne casi hasta el hueso. Los caballos, dando un fuerte tirón, se llevaron primero el brazo derecho y luego el otro. (Foucault, 1979, pp. 4-5.)

La víctima se mantuvo viva hasta la separación final de sus miembros del torso.

Antes de la época moderna, los castigos como éste no eran infrecuentes. Como John Lofland ha escrito, describiendo las formas de ejecución tradicionales:

Las ejecuciones históricas de épocas anteriores estaban calculadas para maximizar el período de agonía del condenado y su conciencia durante éste. Aplastar hasta la muerte mediante una carga progresivamente pesada situada sobre el pecho, romper al condenado en la rueda, la crucifixión, el estrangulamiento, la hoguera, el cortar tiras de carne, apuñalar partes no vitales del cuerpo, estirar y cuartear, y otras técnicas semejantes consumían períodos de tiempo bastante prolongados. Incluso el ahorcamiento fue una técnica de efectos lentos durante la mayor parte de su historia. Cuando simplemente se retiraba el carro de los pies del condenado o la trampa se abría sin más, el condenado era estrangulado lentamente, y antes de sucumbir se retorció durante varios minutos [...] para abreviar esta lucha, el verdugo a veces se ponía bajo el patíbulo para tirar de las piernas del condenado. (Lofland, 1977, p. 311.)

Las ejecuciones frecuentemente se llevaban a cabo frente a extensas audiencias, práctica que persistió hasta bien entrado el siglo XVIII en algunos países. A los condenados a muerte se les paseaba por las calles en un carro abierto, para que se encaminaran a su fin como parte de un espectáculo con buena publicidad, en el que las multitudes aclamarían o abuchearían, según su actitud hacia cada víctima en particular. Los verdugos eran celebridades públicas, y en ocasiones tenían la fama y seguimiento que se prodiga a las estrellas de cine en los tiempos modernos.

Hoy en día encontramos estos modos de castigo totalmente repelentes. Pocos de nosotros podemos imaginar el divertirnos con el espectáculo de la tortura o la muerte violenta de alguien, sean cuales sean los crímenes que hubiera podido cometer. Nuestro sistema penal está basado en el encarcelamiento más que en infligir dolor físico, y en la mayoría de los países occidentales la pena de muerte se ha abolido por completo. ¿Por qué cambian las cosas? ¿Por qué sentencias de encarcelamiento reemplazan a formas de castigo más antiguas y violentas?

Es tentador suponer que en el pasado la gente simplemente era más brutal, y que nosotros nos hemos humanizado. Pero para un sociólogo, esta explicación no es convincente. El uso público de la violencia como método de castigo estuvo, establecido en Europa durante siglos. Las personas no cambian súbitamente sus actitudes hacia tales prácticas «sin más ni más»; intervienen influencias sociales más amplias, relacionadas con importantes procesos de cambio que se dieron en ese período. Las sociedades europeas se estaban *industrializando* y *urbanizando*. El antiguo orden rural estaba siendo rápidamente reemplazado por un orden en el que cada vez más gente trabajaba en fábricas y talleres, trasladándose a las áreas urbanas en expansión. El control social sobre las poblaciones urbanas no podía mantenerse mediante los antiguos métodos de castigo, que, basados en establecer un ejemplo temible, sólo eran apropiados en comunidades reducidas y estrechamente entrelazadas, en las que se presentaban pocos casos.

Las prisiones se desarrollaron como parte de una tendencia general hacia el establecimiento de organizaciones en las que los individuos se mantenían «encerrados y apartados» del mundo externo, como una forma de controlar y disciplinar su comportamiento. Entre los que eran encerrados al principio no sólo se contaban delincuentes, sino vagabundos, enfermos, personas sin empleo, débiles mentales y locos. Las prisiones sólo de forma gradual empezaron a separarse de los manicomios y de los hospitales para los enfermos físicos. En las prisiones se suponía que los delincuentes se «rehabilitaban» para convertirse en buenos ciudadanos. El castigo del crimen se orientó a crear ciudadanos obedientes en vez de mostrar públicamente a los demás las terribles consecuencias que se siguen de la mala conducta. Lo que ahora consideramos como actitudes más humanas hacia el castigo tendieron a *seguirse* de estos cambios, y no a causarlos en primer término. Los cambios en el tratamiento de los delincuentes forman parte de los procesos que barrieron los órdenes tradicionales aceptados durante siglos. Estos procesos crearon las sociedades en las que vivimos hoy.

Implicaciones: la naturaleza de la sociología

Consideremos ahora los ejemplos discutidos hasta el momento. En cada uno de los tres casos — amor, matrimonio y sexualidad, salud y enfermedad, y castigo del crimen— hemos visto que los que podrían considerarse sentimientos humanos «naturalmente dados» están sin embargo impregnados de la influencia de factores sociales. Una comprensión de las formas sutiles, aunque complejas y profundas, en las que nuestra vida refleja los contextos de nuestra experiencia social es básica para la perspectiva sociológica. La sociología se centra muy especialmente en la vida social en el *mundo*

moderno —el mundo creado por los radicales cambios de las sociedades humanas ocurridos a lo largo de los dos últimos siglos, más o menos.

El cambio en el mundo moderno

Los cambios en las formas de vida humana en las dos últimas centurias han sido de muy gran alcance. Nos hemos acostumbrado, por ejemplo, al hecho de que la mayoría de la población no trabaje en el campo, a que viva en ciudades grandes y pequeñas más que en reducidas comunidades rurales. Pero esto *jamás* sucedió hasta la era moderna. Virtualmente, durante toda la historia humana, la inmensa mayoría de las personas tenían que producir sus propios medios de subsistencia, y vivían en pequeños grupos o comunidades aldeanas reducidas. Incluso en el culmen de las civilizaciones tradicionales más desarrolladas —como la antigua Roma o la China tradicional— menos de un 10 por 100 de la población vivía en áreas urbanas, y todos los demás estaban empleados en la producción de alimentos. Hoy, en la mayoría de las sociedades industrializadas, estas proporciones se han invertido casi por completo: generalmente más de un 90 por 100 de la población vive en áreas urbanas, y sólo un 2 o un 3 por 100 trabaja en la producción agrícola.

No han cambiado sólo los aspectos externos de nuestras vidas; estas transformaciones han alterado y continúan alterando de forma radical los aspectos más personales e íntimos de nuestra existencia cotidiana. Para ampliar un ejemplo anterior, la difusión de los ideales del amor romántico estuvo fuertemente condicionada por la transición desde una sociedad rural a una sociedad urbana e industrializada. Cuando la gente se trasladó a las áreas urbanas y comenzó a trabajar en la producción industrial, el matrimonio dejó de estar motivado principalmente por razones económicas, por la necesidad de controlar la herencia de las tierras y de trabajar en el campo como una unidad familiar. Los matrimonios «arreglados» —fijados mediante las negociaciones de los padres y familiares— se hicieron cada vez menos comunes. Cada vez más individuos fueron iniciando las relaciones matrimoniales sobre la base de la atracción emocional y con la finalidad de buscar una satisfacción personal. La idea de «enamorarse» como la base para contraer un vínculo matrimonial se formó en este contexto. (Para una discusión más detallada, véase capítulo 12: «Parentesco, matrimonio y familia».)

De forma similar, antes del surgimiento de la medicina moderna las concepciones europeas sobre la salud y la enfermedad eran semejantes a las que se encuentran en muchos países no occidentales. Los métodos de diagnóstico y tratamiento modernos, junto con la conciencia de la importancia de la higiene en la prevención de las enfermedades infecciosas, datan sólo de comienzos del siglo XIX. Nuestras opiniones actuales sobre la salud y la enfermedad surgieron formando parte de transformaciones sociales más amplias que influyeron en numerosos aspectos de las creencias acerca de la biología y la naturaleza.

La sociología tiene sus comienzos en los intentos de ciertos pensadores de entender el impacto inicial de las transformaciones que acompañaron a la industrialización en Occidente, y sigue siendo la disciplina básica que se ocupa del análisis de su naturaleza. Nuestro mundo de hoy es radicalmente diferente al de épocas anteriores; la tarea de la sociología es ayudarnos a entender este mundo y su futuro probable.

Sociología y «sentido común»

La práctica de la sociología incluye el obtener conocimiento sobre nosotros mismos, las sociedades en las que vivimos y otras sociedades distintas de las nuestras en el espacio y en el tiempo. Los hallazgos de la sociología *alteran* y a la vez *contribuyen* a nuestras **creencias de sentido común** acerca de nosotros mismos y de otros. Consideremos la siguiente lista de afirmaciones:

1. El amor romántico es parte natural de la experiencia humana, y por tanto se encuentra en todas las sociedades, en estrecha conexión con el matrimonio.
2. La duración de la vida de las personas depende de su constitución biológica y no puede estar demasiado influida por las diferencias sociales.
3. En épocas anteriores la familia era una unidad estable, pero hoy hay un gran aumento en la proporción de «hogares rotos».
4. En todas las sociedades habrá personas desgraciadas o deprimidas; por consiguiente, los

- porcentajes de suicidio tenderán a ser los mismos en todo el mundo.
5. La mayoría de las personas en todas partes concede valor a la riqueza material y tratarán de prosperar si hay oportunidades para hacerlo.
 6. Durante toda la historia humana se han librado guerras. Si hoy nos enfrentamos a la amenaza de la guerra nuclear, esto se debe a que los seres humanos tienen instintos agresivos que siempre encontrarán una salida.
 7. La difusión de los ordenadores y la automatización en la producción industrial reducirá en gran medida la jornada laboral media de la mayoría de la población.

Todas estas afirmaciones son erróneas o cuestionables, y el ver por que nos ayudará a entender las preguntas que plantean —y tratan de responder— los sociólogos en su trabajo. (En capítulos posteriores analizaremos con mayor detalle estos puntos.)

1. Como hemos visto, la idea de que los vínculos matrimoniales deben basarse en el amor romántico es reciente, y no se encuentra ni en la historia anterior de las sociedades occidentales ni en otras culturas. En realidad, el amor romántico es casi desconocido en la mayoría de las sociedades.
2. El tiempo de vida de las personas se ve afectado de forma muy definida por las influencias sociales. La razón es que los modos de vida social actúan como «filtros» de los factores biológicos que causan enfermedades, debilidad o muerte. Por ejemplo, los pobres suelen tener menos salud que los ricos, porque por lo general tienen peores dietas, llevan una existencia de mayor desgaste físico y tienen acceso a servicios médicos inferiores.
3. Si retrocedemos hasta los primeros años del siglo pasado, la proporción de niños que vivían en hogares con un solo padre natural era probablemente tan elevada como lo es hoy, pues muchas personas morían jóvenes, sobre todo las mujeres en el parto. La separación y el divorcio son hoy la causa principal de los «hogares rotos», pero el nivel global no es muy diferente.
4. Las tasas de suicidio no son ciertamente las mismas en todas las sociedades. Incluso si consideramos únicamente los países occidentales, encontramos que las tasas de suicidio varían de forma considerable. La tasa de suicidio del Reino Unido, por ejemplo, es cuatro veces superior a la de España, pero sólo un tercio de la de Hungría. Las tasas de suicidio aumentaron de modo bastante drástico durante el principal período de industrialización de las sociedades occidentales, durante los siglos XIX y comienzos del XX.
5. El valor que numerosas personas en las sociedades modernas atribuyen a la riqueza y al «prosperar» es en su mayor parte un desarrollo reciente. Está asociado a la emergencia del «individualismo» en Occidente, el énfasis que tendemos a situar en el logro individual. En muchas otras culturas se espera que los individuos pongan el bien de la comunidad por encima de sus propios deseos e inclinaciones. La riqueza material con frecuencia no tiene una consideración muy alta en comparación con otros valores, como los religiosos.
6. Lejos de tener un instinto de agresión, los seres humanos no tienen instintos en absoluto, si «instinto» significa un modelo de comportamiento fijo y heredado. Además, a lo largo de la mayor parte de la historia humana, cuando se vivía en pequeños grupos tribales, la guerra no existía en la forma que vino a tener posteriormente. Aunque algunos de estos grupos eran agresivos, muchos no lo eran. No había ejércitos, y cuando se producían escaramuzas era frecuente que las bajas fueran deliberadamente evitadas o limitadas. La amenaza de la guerra nuclear en la actualidad está vinculada a un proceso de «industrialización de la guerra» que es uno de los aspectos principales de la industrialización en general.
7. Este supuesto es bastante diferente de los otros, pues se refiere al futuro. Existen buenas razones para que la idea haya de acogerse como mínimo con cautela. Las industrias plenamente automatizadas son todavía bastante poco numerosas y aisladas, y los trabajos eliminados por la automatización pueden ser reemplazados por otros creados en otras partes. Aún no podemos estar seguros. Una de las tareas de la sociología es examinar con rigor la evidencia real disponible sobre tales cuestiones.

Obviamente, los hallazgos sociológicos no siempre contradicen las concepciones de sentido común. Las ideas de sentido común muchas veces suministran intuiciones sobre el comportamiento social. Sin embargo, es necesario insistir en que el sociólogo ha de estar dispuesto a preguntarse con respecto a cualquiera de las creencias sobre nosotros mismos, por muy preciadas que nos sean: *¿son las cosas de verdad así?* Al hacerlo, la sociología también *contribuye* al «sentido común» de cualquier momento y lugar. Mucho de lo que consideramos sentido común, «algo que todo el mundo sabe» —por ejemplo, que el porcentaje de divorcio ha aumentado mucho durante el período transcurrido desde la Segunda Guerra Mundial—, se basa en la obra de sociólogos y otros científicos sociales. Es necesaria mucha investigación de tipo regular para producir material de año en año sobre las pautas de matrimonio y divorcio. Lo mismo puede decirse de numerosas áreas de nuestro conocimiento de «sentido común».

Preguntas sociológicas: fácticas, comparativas, de desarrollo y teóricas

Preguntas fácticas

Algunas de las preguntas que se plantean e intentan responder los sociólogos son en gran medida **fácticas**. Como somos miembros de una sociedad, todos nosotros tenemos ya un cierto grado de conocimiento fáctico sobre ella. Por ejemplo, en nuestra sociedad todos somos conscientes de que hay leyes que se supone que hemos de observar, y que ir en contra de ellas es arriesgarse a sufrir una sanción penal. Pero es muy probable que el conocimiento del individuo corriente sobre el sistema legal y la naturaleza y tipos de la actividad delictiva sea esquemático e incompleto. Muchos aspectos del delito y la justicia precisan una investigación sociológica directa y sistemática. Podríamos preguntar, por ejemplo: *¿Qué formas de delincuencia son más comunes? ¿Qué proporción de personas implicadas en conductas delictivas es detenida por la policía? ¿Cuántas de éstas resultan culpables y son encarceladas?* Las preguntas fácticas son a menudo mucho más complicadas y difíciles de responder de lo que uno podría pensar. Por ejemplo, las estadísticas oficiales sobre la delincuencia son de dudoso valor para indicar el nivel real de actividad criminal.

Preguntas comparativas

La información fáctica sobre una sociedad, por supuesto, no nos dirá hasta qué punto estamos tratando con un caso inusual y no con un grupo de influencias muy general. Los sociólogos muchas veces plantean **preguntas comparativas**, relacionando un contexto social dentro de una sociedad con otro o contrastando ejemplos tomados de diferentes sociedades. Por ejemplo, hay diferencias significativas entre los sistemas legales de Gran Bretaña y los Estados Unidos. Una pregunta comparativa típica podría ser: *¿en qué medida varían las pautas de conducta delictiva y actividad policial entre ambos países?* (De hecho, entre ambos se han encontrado importantes diferencias.)

Preguntas sobre el desarrollo

En sociología hemos de considerar no sólo las sociedades existentes en las relaciones que tienen entre sí, sino también hemos de comparar el presente y el pasado. Las preguntas que los sociólogos plantean a este respecto son preguntas **sobre el desarrollo**. Para comprender la naturaleza del mundo moderno tenemos que considerar formas de sociedad preexistentes, y también hemos de estudiar la dirección principal que han tomado los procesos de cambio. Así podemos investigar, por ejemplo, cómo se originaron las primeras prisiones (cuestión que hemos tratado anteriormente).

Preguntas teóricas

Las investigaciones **fácticas** —o lo que los sociólogos generalmente prefieren llamar **empíricas**— se ocupan de *cómo* suceden las cosas. Sin embargo, la sociología no consiste en una mera recopilación de hecho, por importantes e interesantes que puedan ser. También deseamos saber por qué ocurren las cosas, y para hacerlo hemos de aprender a plantear preguntas teóricas, a fin de lograr interpretar correctamente los hechos descubriendo las causas de cualquier tema en el que se centre un

estudio particular. Sabemos que la industrialización ha tenido una influencia fundamental en el surgimiento de las sociedades modernas. Pero ¿cuáles son los orígenes y las condiciones previas de la industrialización? ¿Por qué encontramos diferencias entre las sociedades en sus procesos de industrialización? ¿Por qué se relaciona la industrialización con cambios en las formas de sanción penal o en los sistemas de familia y matrimonio? Para responder a tales preguntas hemos de desarrollar un pensamiento **teórico**. Las teorías implican la construcción de interpretaciones abstractas que pueden utilizarse para explicar una amplia variedad de situaciones empíricas. Una teoría sobre la industrialización, por ejemplo, se ocuparía de identificar los rasgos principales que tienen en común los procesos de desarrollo industrial, y trataría de mostrar cuáles de estos procesos son los más importantes para explicar ese desarrollo. Por supuesto, las preguntas factuales y teóricas nunca pueden separarse completamente. Sólo podemos desarrollar enfoques teóricos válidos si somos capaces de contrastarlos mediante el estudio empírico.

Necesitamos teorías que nos ayuden a explicarnos los hechos. Al contrario de lo que afirma el dicho popular, los hechos no hablan por sí solos. Muchos sociólogos trabajan fundamentalmente sobre cuestiones empíricas, pero si su investigación no es guiada por algún conocimiento teórico es muy improbable que su obra sea esclarecedora. Esto puede aplicarse incluso a la investigación que se lleva a cabo con objetivos estrictamente prácticos.

La «gente práctica» tiende a sospechar de los teóricos, y puede que les guste pensar que tienen los pies «muy en la tierra» y que no necesitan prestar atención a ideas más abstractas. Sin embargo, todas las decisiones prácticas requieren ciertos supuestos teóricos subyacentes. Alguien que lleva un negocio, por ejemplo, puede tener en muy poco la «teoría». Sin embargo, todo enfoque de la actividad empresarial implica supuestos teóricos, incluso aunque en muchas ocasiones no se formulen. Así, puede suponer que la principal motivación que tienen sus empleados para trabajar duramente es el nivel de salarios que reciben. Esta no es sólo una interpretación teórica de la conducta humana; es además una interpretación equivocada, como la investigación de la sociología industrial tiende a demostrar.

Consecuencias previstas e imprevistas de la acción humana

Los sociólogos establecen una distinción importante entre los propósitos de nuestra conducta —lo que pretendemos hacer— y las **consecuencias imprevistas** que ésta produce. Los propósitos por los que hacemos las cosas pueden ser muy diferentes de las consecuencias producidas. Esto nos permite entender muchas cosas acerca de las sociedades. Las escuelas se fundan, por ejemplo, con el propósito de enseñar técnicas de lectura y escritura y para permitir que los niños adquieran nuevos conocimientos. Sin embargo, la existencia de escuelas también tiene consecuencias que no se reconocen o pretenden tan claramente. Las escuelas mantienen a los niños fuera del mercado de trabajo hasta que tienen una cierta edad. El sistema escolar tiende también a aumentar las desigualdades, canalizando a los estudiantes hacia trabajos diferentes de acuerdo con su capacidad académica.

Es muy probable que la mayoría de los cambios principales en la historia no se pretendieran. Antes de la Revolución rusa de 1917 varios grupos políticos intentaron derrocar el régimen existente. Ninguno de ellos, sin embargo —incluyendo el partido bolchevique que finalmente llegaría al poder—, anticipó el proceso de revolución que ocurrió de hecho. Una serie de tensiones y luchas secundarias produjeron un proceso de transformación social mucho más radical de lo que nadie en principio intentara llevar a efecto (Skocpol. 1979).

Algunas veces, la conducta emprendida en vista de un objetivo particular tiene consecuencias que *impiden* el logro de ese objetivo. Hace algunos años, en Nueva York se introdujeron leyes que obligaban a los propietarios de edificios en deterioro en áreas de renta baja a que se ajustaran a un estándar mínimo. La intención era mejorar el nivel básico de viviendas disponibles para los sectores más pobres de la comunidad. De hecho, el resultado fue el contrario. Los propietarios de viviendas en mal estado las abandonaron por completo o las destinaron a otros usos, de manera que se produjo una escasez aún mayor de viviendas satisfactorias (Sieber. 1981). Podemos encontrar un ejemplo comparable volviendo al caso de las prisiones y asilos. Durante los últimos años, en Gran Bretaña y en otros países occidentales el proceso de mantener personas encerradas y apartadas de la comunidad se ha invertido parcialmente. En un esfuerzo por crear una «asistencia comunitaria» para los delincuentes y los enfermos mentales, algunas de las personas confinadas en prisiones y hospitales psiquiátricos han

sido puestas en libertad para que vivan en el mundo exterior. Sin embargo, hasta cierto punto los resultados se han vuelto en contra de los reformadores liberales que apoyaron la innovación. Muchos de los anteriores pacientes mentales se han encontrado viviendo en una extrema pobreza, incapaces de adaptarse al nuevo ambiente al que han sido lanzados. Para ellos las consecuencias han sido desastrosas.

La continuidad y el cambio en la vida social han de entenderse como una «mezcla» de consecuencias previstas e imprevistas de las acciones de las personas. La sociología tiene la tarea de examinar el equilibrio resultante entre la **reproducción** y la **transformación de la sociedad**. Una sociedad no es un objeto mecánico, como un reloj o un motor, que se «mantiene en marcha» porque integra un conjunto de fuerzas. La reproducción de la sociedad tiene lugar porque hay una continuidad en lo que las personas hacen de día en día y de año en año, y en las prácticas sociales que siguen. Los cambios se producen en parte porque las personas pretenden que ocurran, y en parte —como indica el ejemplo de la Revolución rusa— por las consecuencias que nadie prevé o pretende.

¿Qué nos puede enseñar la sociología de nuestras propias acciones?

Como individuos, todos nosotros conocemos muchas cosas sobre nosotros mismos y sobre las sociedades en que vivimos. Nos inclinamos a pensar que entendemos bien por qué actuamos como lo hacemos, sin necesidad de que los sociólogos nos lo digan. Hasta cierto punto esto es verdad. Nos ocupamos de muchas de las cosas que hacemos en nuestra vida diaria porque comprendemos las convenciones sociales implicadas. Sin embargo, este autoconocimiento tiene fronteras muy definidas, y una de las tareas principales de la sociología es mostrar cuáles son.

Sobre la base de la discusión sostenida hasta el momento, podemos aclarar con cierta facilidad la naturaleza de estas fronteras. Como hemos visto antes, las personas emiten numerosos juicios de sentido común sobre ellos mismos y sobre otros, juicios que pueden resultar erróneos, parciales o mal informados. La investigación sociológica ayuda a definir las limitaciones del conocimiento de nosotros mismos y al mismo tiempo «retroalimenta» el conocimiento de nosotros mismos y de nuestro entorno social. Otra contribución esencial de la sociología reside en mostrar que, aunque todos nosotros entendemos bastante bien lo que hacemos y por qué lo hacemos, a menudo sabemos muy poco acerca de las consecuencias de nuestras acciones. Las consecuencias no pretendidas y no previstas de nuestras acciones afectan todos los aspectos y contextos de la vida social. El análisis sociológico explora las delicadas y sutiles conexiones entre los rasgos intencionales y no intencionales del mundo social.

Estructura y acción

Los entornos sociales en los que existimos no consisten en meras agrupaciones casuales de acontecimientos o acciones —están *estructurados*. Existen regularidades subyacentes, o pautas, de los modos de comportamiento de las personas y de las relaciones que tienen entre sí. Hasta cierto punto es útil representarse las características estructurales de las sociedades como si semejaran la estructura de un edificio. Un edificio tiene paredes, un piso y un tejado, que en su conjunto le dan una «forma» particular. Pero la metáfora puede ser muy equívoca si se aplica de modo demasiado estricto. Los *sistemas* sociales se constituyen de acciones y relaciones humanas: lo que les confiere a éstas su pauta es su *repetición* a través de períodos de tiempo y distancias en el espacio. Así, en el análisis sociológico las ideas de reproducción social y de estructura social están íntimamente ligadas. Hemos de entender las sociedades humanas *como edificios que en todo momento son reconstruidos por los mismos ladrillos que las componen*. Las acciones de todos nosotros están influidas por las características estructurales de las sociedades en las que crecemos y vivimos; al mismo tiempo, recreamos (y también, hasta cierto punto, alteramos) esas características estructurales en nuestras acciones.

Desarrollo de una perspectiva sociológica

Aprender a pensar sociológicamente significa cultivar las facultades de la imaginación. Estudiar sociología *no* puede ser un proceso rutinario de adquisición de conocimiento. Un sociólogo es alguien capaz de liberarse de la inmediatez de las circunstancias personales. El trabajo sociológico depende de lo que Wright Mills, en una frase célebre, denominó la **imaginación sociológica** (Mills, 1970).

La imaginación sociológica precisa, sobre todo, el poder «*pensar tomando distancia*» frente a las rutinas familiares de nuestras vidas cotidianas para poder verlas como si fueran algo nuevo. Consideremos el simple acto de beber una taza de café. ¿Qué podríamos decir, desde un punto de vista sociológico, sobre este hecho de comportamiento, aparentemente tan carente de interés? La respuesta es: muchísimas cosas.

En primer lugar, podríamos señalar que el café no es simplemente una bebida que ayude a mantener la asimilación de líquidos del individuo. Tiene un *valor simbólico* como parte de unos rituales sociales cotidianos. A menudo, el ritual asociado con el beber café es mucho más importante que el acto de consumir la propia bebida. Por ejemplo, dos personas que conciertan «tomarse un café» juntas probablemente estarán más interesadas en encontrarse y charlar que en consumir lo que beban. La bebida y la comida son en todas las sociedades ocasiones para la interacción social y la ejecución de rituales, y estos son un riquísimo objeto de estudio socio lógico.

En segundo lugar, el café es una *droga* que contiene cafeína, la cual tiene un efecto estimulante en el cerebro. La mayoría de las personas de la cultura occidental no considera que los adictos al café «consuman droga». La razón de este hecho es una cuestión sociológica interesante. Como el alcohol, el café es una droga «socialmente aceptable», mientras que, por ejemplo, la marihuana no lo es. Sin embargo, hay culturas que toleran el consumo de marihuana, pero son desfavorables al café y al alcohol. (Para una discusión más detallada de estas cuestiones. véase capítulo 5: «Conformidad y desviación».)

En tercer lugar, el individuo que bebe una taza de café está encadenado a una serie extremadamente complicada de *relaciones sociales y económicas* que se extienden por todo el mundo. La producción, transporte y distribución de café requieren transacciones continuadas entre muchas personas a muchos miles de kilómetros de quien se bebe el café. El estudio de estas transacciones globales constituye una tarea importante de la sociología, puesto que muchos aspectos de nuestras vidas se ven ahora afectados por comunicaciones e intercambios comerciales mundiales.

Finalmente, el acto de beber una taza de café presupone todo un proceso de *desarrollo económico y social pretérito*. Junto con muchos otros componentes de la dieta occidental ahora corrientes —como el té, los plátanos, las patatas y el azúcar blanco—, el café sólo vino a ser ampliamente consumido a partir del siglo XIX. Aunque el café se originó en Oriente Medio, su consumo masivo data del período de la expansión colonial occidental de hace un siglo y medio. Casi todo el café que bebemos en los países occidentales en la actualidad proviene de áreas (Sudamérica y África) que fueron colonizadas por europeos.

Desarrollar la imaginación sociológica significa usar materiales de la antropología (el estudio de las sociedades tradicionales) y de la historia, además de los de la sociología. La dimensión *antropológica* (el estudio de las sociedades tradicionales) de la imaginación sociológica es vital, pues nos permite ver qué caleidoscopio de formas diferentes de vida social humana existe. Al contrastar éstas con las nuestras, aprendemos más acerca de lo distintivo de nuestras pautas específicas de conducta. La dimensión *histórica* de la imaginación sociológica es igualmente fundamental: sólo podemos captar la naturaleza distintiva de nuestro mundo actual si podemos compararlo con el pasado. El pasado es un espejo que el sociólogo debe sostener para entender el presente. Todas estas tareas implican el «pensar distanciándonos» de nuestras propias costumbres y hábitos para desarrollar un entendimiento más profundo de ellos.

Hay todavía otro aspecto de la imaginación sociológica: de hecho, aquel en el que Mills ponía mayor énfasis. Se refiere a *nuestras posibilidades para el futuro*. La sociología nos ayuda no sólo a analizar las pautas existentes de vida social, sino a ver algunos de los «futuros posibles» abiertos para nosotros. El ejercicio imaginativo del trabajo sociológico puede que no sólo nos muestre qué es *lo que ocurre*, sino también qué *podría ocurrir* en caso de intentar producir algún efecto. A menos que estén basados en una comprensión sociológica informada de las tendencias actuales, nuestros intentos para influir en los desarrollos futuros serán ineficaces o frustrados.

¿Es la sociología una ciencia?

La sociología ocupa una posición destacada entre un grupo de disciplinas (entre las que también se incluyen la antropología, la economía y las ciencias políticas) que generalmente se denominan *ciencias sociales*. ¿Pero podemos estudiar realmente la vida social humana de una forma «científica»? Para contestar a esta pregunta, antes que nada hemos de entender las principales características de la ciencia como forma de empresa intelectual. ¿Qué es **ciencia**?

La ciencia es el uso de métodos sistemáticos de investigación, pensamiento teórico y examen lógico de argumentos para desarrollar un cuerpo de conocimiento sobre un objeto particular. El trabajo científico depende de una mezcla de pensamiento osadamente innovador y de la disposición y el control cuidadosos de la evidencia para apoyar o desechar hipótesis y teorías. La información y las ideas acumuladas durante el estudio y el debate científicos son siempre, hasta cierto punto, *tentativas*: abiertas a la revisión, o incluso a ser descartadas totalmente, a la luz de nuevas pruebas o argumentos.

Cuando preguntamos «¿es la sociología una ciencia?» queremos decir dos cosas: «¿Es posible configurar esta disciplina siguiendo de cerca el modelo de los procedimientos de la ciencia natural?» y «¿puede la sociología esperar alcanzar el mismo tipo de conocimiento preciso, bien fundamentado, que los científicos naturales han desarrollado con respecto al mundo físico?» Estas preguntas siempre han sido en alguna medida controvertidas, pero durante un largo período la mayoría de los sociólogos respondió de forma afirmativa. Sostenían que la sociología puede, y debe, asemejarse a la ciencia natural en sus procedimientos y en el carácter de sus descubrimientos (una perspectiva que a veces se conoce como **positivismo**).

Esta concepción se considera ahora ingenua. Igual que el resto de las «ciencias» sociales, la sociología es una disciplina científica en el sentido de que implica métodos de investigación sistemáticos, el análisis de datos, y el examen de teorías a la luz de la evidencia y de la discusión lógica. El estudiar los seres humanos, sin embargo, es diferente de observar los sucesos del mundo físico, y ni el marco lógico ni los descubrimientos de la sociología pueden entenderse adecuadamente desde las comparaciones con la ciencia natural. Al investigar la vida social tratamos con **actividades significativas** para las personas que se dedican a ellas. A diferencia de los objetos de la naturaleza, los seres humanos son seres autoconscientes que confieren sentido y finalidad a lo que hacen. No podemos siquiera describir la vida social con exactitud a menos que ante todo captemos los significados que las personas aplican a su conducta. Por ejemplo, para describir una muerte como «suicidio» es necesario saber algo sobre qué es lo que la persona en cuestión pretendía cuando murió. El «suicidio» sólo puede producirse cuando un individuo trata deliberadamente de autodestruirse. Si una persona se pone accidentalmente delante de un coche y muere no puede decirse que haya cometido un suicidio; esa persona no deseaba la muerte.

El hecho de que no podamos estudiar los seres humanos exactamente igual que los objetos de la naturaleza es, en ciertos aspectos, una ventaja para la sociología; en otros, crea dificultades con las que no tropiezan los científicos de la naturaleza. Los investigadores sociológicos se benefician de poder plantear preguntas directamente a aquellos a los que estudian: otros seres humanos. Por otra parte, las personas que saben que sus actividades se están estudiando muchas veces no se comportarán del mismo modo en que lo hacen normalmente. Por ejemplo, cuando los individuos contestan cuestionarios, consciente o inconscientemente pueden dar una imagen de ellos mismos que difiere de sus actitudes usuales. Pueden incluso tratar de «ayudar» al investigador dándole las respuestas que creen que desea.

Objetividad

Los sociólogos aspiran al distanciamiento en su investigación y pensamiento teórico, intentando estudiar el mundo social sin prejuicios. Un buen sociólogo tratará de dejar a un lado los prejuicios que pueden impedir que las ideas o las pruebas se examinen con imparcialidad. Pero nadie está totalmente libre de prejuicios sobre todos los temas, e, inevitablemente, sólo hasta cierto punto es posible desarrollar tales actitudes con respecto a cuestiones muy disputadas. Sin embargo, la **objetividad** no depende única, ni siquiera fundamentalmente, de la perspectiva de los investigadores concretos. Tiene que ver con métodos de observación y discusión. Aquí el *carácter público* de la disciplina tiene una

importancia esencial. Como los descubrimientos y los informes de la investigación están disponibles para su examen —se publican en artículos, monografías o libros—, los demás pueden comprobar las conclusiones. Las afirmaciones sostenidas sobre la base de los descubrimientos de la investigación pueden examinarse de forma crítica, y otros pueden desechar las inclinaciones personales.

De este modo, la objetividad en la sociología se alcanza sustancialmente mediante los efectos de la *crítica* mutua entre los miembros de la comunidad sociológica. Muchos de los objetos estudiados en la sociología están sujetos a controversia, puesto que conciernen directamente a disputas y luchas de la propia sociedad. Pero mediante el debate público, el examen de las pruebas y de la estructura lógica de los argumentos, estas cuestiones pueden analizarse de forma fructífera y eficaz (Habermas. 1979).

La importancia práctica de la sociología

Comprensión de las situaciones sociales

La sociología tiene muchas implicaciones prácticas para nuestra vida. El pensamiento y la investigación sociológicos contribuyen en la práctica a la elaboración de políticas y a la reforma social de muchas maneras evidentes. La más directa es, simplemente, haciendo *comprender de forma más clara o adecuada* que antes una situación social. Esto puede ser en el nivel del conocimiento fáctico, o mejorando la forma de captar *por qué* ocurre algo (en otras palabras, mediante la comprensión teórica). Por ejemplo, la investigación puede poner de manifiesto que vive en la pobreza una proporción de la población muy superior a lo que antes se creía. Evidentemente, cualquier intento de fomentar mejores niveles de vida tendrá mayores oportunidades de éxito si se basa en una información precisa y sin deficiencias. Sin embargo, cuanto mejor entendamos por qué sigue siendo tan difundida la pobreza, tanto más probable es que puedan llevarse a cabo con éxito políticas en contra de ella.

Conciencia de las diferencias culturales

Una segunda forma en que la sociología ayuda en la elaboración práctica de políticas es ayudando a fomentar una mayor *conciencia cultural* por parte de los diversos grupos sociales. La investigación sociológica proporciona un medio de ver el mundo social desde una diversidad de perspectivas culturales, ayudando, por tanto, a acabar con los prejuicios que los grupos tienen los unos sobre los otros. Es imposible elaborar una política hábil sin tener una refinada conciencia de los cambiantes valores culturales. Las políticas prácticas que no se basen en una conciencia informada de los modos de vida de aquellos a los que afectan tienen muy pocas expectativas de éxito. Así, un asistente social blanco que trabaje en una comunidad antillana de una ciudad británica no podrá ganarse la confianza de sus miembros sin desarrollar una sensibilidad hacia las diferencias culturales que a menudo separan a los negros y' a los blancos en Gran Bretaña.

Valoración de los efectos de las políticas

En tercer lugar, la investigación sociológica tiene implicaciones prácticas por lo que se refiere a la *evaluación de las iniciativas políticas*. Un programa de reforma práctica puede simplemente fracasar en lo que se refiere al logro de los objetivos de quienes lo concibieron, o acarrear una serie de desagradables consecuencias no pretendidas. Por ejemplo, en los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial se construyeron grandes bloques de viviendas en los centros urbanos de muchos países. Estaban pensados para proporcionar viviendas de elevado nivel a grupos de ingresos bajos de las áreas suburbanas, y ofrecían servicios comerciales y de otro tipo muy próximos. Sin embargo, la investigación mostró que muchos de los que se trasladaban desde sus viviendas anteriores a los grandes bloques de apartamentos se sentían aislados y desgraciados. Los elevados edificios y los centros comerciales peatonales se deterioraron rápidamente, y se convirtieron en lugares que favorecían los atracos y otros crímenes violentos.

El aumento del autoconocimiento

En cuarto lugar, y en ciertos aspectos esto es lo más importante de todo, la sociología puede enseñarles a los grupos sociales cosas sobre ellos mismos, aumentar su autoconocimiento. Cuanto más sepan las personas sobre las condiciones de su propia acción, y sobre el funcionamiento de su sociedad en general, tanto más probable es que puedan influir en las circunstancias de su propia vida. No es necesario que pensemos que la única tarea práctica de la sociología es la de ayudar a quienes elaboran las políticas —es decir, a los grupos poderosos— a tomar decisiones informadas. No siempre puede suponerse que quienes están en el poder piensen en los intereses de los menos poderosos o privilegiados al elaborar sus políticas. Grupos informados por sí mismos pueden responder de forma eficaz a las políticas que lleven a efecto los funcionarios del gobierno u otras autoridades, y pueden, por tanto, tomar iniciativas políticas propias. Grupos de «autoayuda» (como Alcohólicos Anónimos) y movimientos sociales (como los movimientos de mujeres) son ejemplos de asociaciones sociales que tratan de producir directamente reformas directas. (Véase capítulo 9: «Grupos y organizaciones».)

El papel del sociólogo en la sociedad

¿Deben los mismos sociólogos defender de forma activa y llevar a efecto acciones públicas en favor de programas prácticos de reforma o cambio social? Hay quienes defienden que la sociología puede preservar su objetividad sólo si quienes la practican son cuidadosamente neutrales en controversias morales y políticas, pero no hay razón alguna para pensar que los estudiosos que se quedan al margen de los debates de actualidad sean necesariamente más imparciales que otros en su examen de las cuestiones sociológicas. Existe un nexo insoslayable entre el estudio de la sociología y las exigencias de la conciencia social. Nadie que tenga conocimientos sociológicos puede ser inconsciente de las desigualdades que existen hoy en el mundo, la falta de justicia social en muchas situaciones sociales o las privaciones sufridas por millones de personas. Sería extraño que los sociólogos no tomaran posición sobre las cuestiones prácticas, y sería tan ilógico como poco práctico intentar prohibirles que recurrieran a su conocimiento sociológico al hacerlo.

Comentarios para concluir

En este capítulo hemos visto la sociología como una disciplina en la que dejamos a un lado nuestra concepción personal del mundo para observar con mayor atención las influencias que conforman nuestras vidas y las ajenas. La sociología surgió como una empresa intelectual definida con el temprano desarrollo de las sociedades industrializadas modernas, y el estudio de tales sociedades sigue siendo su principal interés. Sin embargo, los sociólogos también se preocupan de una amplia gama de cuestiones relativas a la naturaleza de la interacción social y a las sociedades humanas en general. En el siguiente capítulo investigaremos la diversidad de la cultura humana, atendiendo a los enormes contrastes entre las costumbres y los hábitos que siguen pueblos diferentes. Para ello, precisamos embarcarnos en un viaje de exploración cultural alrededor del mundo. Tenemos que volver a seguir intelectualmente los viajes que Cristóbal Colón, el capitán Cook y otros aventureros emprendieron cuando partieron en sus azarosos viajes por el globo. Como sociólogos, sin embargo, no podemos considerarlos únicamente desde el punto de vista del explorador —como viajes de «descubrimiento»— pues estas expediciones iniciaron un proceso de expansión de Occidente que tuvo un impacto dramático en otras culturas y en el posterior desarrollo social del mundo.

Resumen

1. La sociología puede definirse como el estudio sistemático de las sociedades humanas, prestando un énfasis especial a los modernos sistemas industrializados.
2. La sociología surgió como intento por entender los trascendentales cambios que han ocurrido en las sociedades humanas a lo largo de los dos o tres últimos siglos. La industrialización, el urbanismo y nuevos tipos de sistemas políticos están entre los rasgos importantes del mundo social moderno.

3. Los cambios implicados no son sólo cambios a gran escala. Se han producido modificaciones esenciales también en las características más íntimas y personales de la vida de las personas. El desarrollo del énfasis en el amor romántico como base del matrimonio es un ejemplo.
4. Los sociólogos investigan la vida social planteando preguntas claras e intentando encontrar sus respuestas por medio de la investigación sistemática. Estas preguntas pueden ser fácticas, comparativas, sobre el desarrollo o teóricas. En la investigación sociológica es importante distinguir entre los resultados pretendidos y no pretendidos de la acción humana.
5. La práctica de la sociología implica la capacidad para pensar de forma imaginativa y para distanciarse de las ideas preconcebidas sobre las relaciones sociales.
6. La sociología tiene vínculos íntimos con otras ciencias sociales. Todas las ciencias sociales se ocupan de la conducta humana, pero se concentran en aspectos diferentes de la misma. Los nexos entre la sociología, la antropología y la historia son particularmente importantes.
7. La sociología es una *ciencia* en el sentido de que implica métodos sistemáticos de investigación y la evaluación de teorías a la luz de las pruebas y de la discusión lógica. Pero no puede configurarse siguiendo directamente el modelo de las ciencias naturales, pues el estudio de la conducta humana es diferente en aspectos fundamentales del estudio del mundo natural.
8. Los sociólogos intentan ser objetivos en sus estudios del mundo social, abordando su trabajo sin prejuicios. La objetividad no solo depende de las actitudes del investigador, sino también de la evaluación pública de la investigación y de la teoría, que forma parte esencial de la sociología como disciplina académica.
9. La sociología es un objeto de estudio con importantes implicaciones prácticas. Puede contribuir a la crítica de la sociedad y a la reforma social práctica de diversas maneras. En primer lugar, la comprensión perfeccionada de un cierto conjunto de circunstancias sociales muchas veces nos ofrece una mejor oportunidad de controlarlas. En segundo lugar, la sociología proporciona los medios de aumentar nuestra sensibilidad social, permitiendo que las políticas se basen en la conciencia de los valores sociales divergentes. En tercer lugar, podemos investigar las consecuencias (pretendidas y no pretendidas) de la adopción de programas políticos concretos. Finalmente, y esto quizá sea lo más importante, la sociología proporciona autoconocimiento, ofreciendo a los grupos y a los individuos una mayor oportunidad de alterar las condiciones de su propia vida.

Conceptos básicos

sociología

ciencia
objetividad

Términos importantes

creencias de sentido común
preguntas fácticas
preguntas comparativas
preguntas sobre el desarrollo
investigación empírica
preguntas teóricas
consecuencias imprevistas

reproducción social
transformación social
imaginación sociológica
antropología
positivismo
actividades significativas
autoconocimiento

IV. Park, Burgess y McKenzíe: La ecología de la ciudad

1. La escuela de ecología urbana

El estudio de la ciudad se desarrolló en contextos culturales diferentes, más o menos en el mismo período, adoptando un planteamiento metodológico persiguiendo objetivos diversos. En Europa, y particularmente en Alemania, dominaba la tendencia a desarrollar un análisis teórico, basado en el método histórico-comparativo: el caso de Max Weber es ejemplar. En Inglaterra, en cambio, el estudio de la ciudad se relacionaba íntimamente con el espíritu pragmático de intervención y asumía el carácter de la *social welfare survey*. Finalmente, en América, y de modo especial en la Universidad de Chicago, la sociología de la ciudad evolucionaba paralelamente a la ecología, es decir, intentando aplicar una ciencia natural e la organización social urbana. En 1925, gracias a este intento, la sociología urbana recibe un reconocimiento oficial, como disciplina autónoma, por la Asociación americana de sociología que le dedica un coloquio.

Por nuestra parte, tenemos el propósito de examinar aquí los resultados esenciales de este tercer enfoque. Dejando de lado el análisis de las causas de la transposición conceptual y metodológica de las ciencias naturales a las ciencias de la sociedad —causas que podemos descubrir en la preocupación de los sociólogos por independizar la sociología de la filosofía y de otras ciencias sociales académicamente rivales, como la economía y sobre todo en la preocupación de dotar a la sociología de un aparato conceptual y de métodos científicamente irrefutables—, es necesario subrayar aquí el significado de la ciudad como objeto de estudio. La tendencia a hacer coincidir ciudad y sociedad, tendencia que constituye actualmente, en opinión de algunas personas, el principal obstáculo para poder justificar la sociología urbana como disciplina autónoma, proporcionó en aquellos años un firme motivo para crear esta rama del análisis sociológico.

Horkheimer y Adorno sostienen que, después de la Revolución Industrial, la imposibilidad de comprender la sociedad en su globalidad engendraba la contraposición entre dos métodos de conocimiento: por un lado “los intentos de teorización interpretativa”, por el otro la simple exigencia de constatación empírica de los “hechos sociales”. Se trata de una problemática muy bien trazada y rica en matices. Ateniéndonos a estos autores, debemos recordar que la sociedad se presenta a los ojos de quienes la observan como un “dato” cada vez más complejo, de manera que la investigación científica experimente de manera profunda todos aquellos procesos que complican la organización social, es decir, el objeto del análisis.

Se buscaba desesperadamente una vía de salida a esta situación, un método que permitiese unir la certeza y el control de la ciencia moderna con la posibilidad de aclarar la conexión del todo. En otras palabras, se iba a la búsqueda de modelos y tipos de sociedad actual que fuesen a la vez objetos concretos de investigación y concentrasen, casi en el foco de un espacio cóncavo la sustancia difusa del todo. En la **moderna** sociedad de masas, que ha visto avanzar a la par la industrialización y la urbanización, la ciudad parecía ofrecerse, sin más, como modelo de estructura y tendencias sociales típicas y hacia ella se centró la atención de los sociólogos muy tempranamente.

El experimento de la Escuela de Chicago se relaciona con estos propósitos: un grupo de estudiosos se reúne en torno a Robert Ezra Park y a su proyecto de investigaciones sobre el ambiente urbano.

Al lado de los “urbanólogos” en sentido estricto, como E. Burgess, R. McKenzie, E. Zorbaugh y L. Wirth, encontramos, entre otros, a algunos estudiosos como G. H. Mead, W. Ogburn, F. Merrill, R. Redfield, S. Stouffer, H. Lasswell y E. Bogardus, quienes partiendo de un interés común por el análisis de los efectos sociales de la urbanización, inician unas investigaciones que constituyen el principio de diversas especializaciones de la sociología contemporánea: además de la sociología urbana podemos recordar la sociología de la familia, la sociología de la opinión pública y de los *mass•media*, la sociología de las

profesiones y el estudio del *social change*. Este desarrollo de la sociología, articulado sobre varios frentes, se verá fuertemente estimulado por el *American Journal of Sociology* y por la *University of Chicago Press*, dos iniciativas culturales que reflejan la atmósfera de acumulación y de continuidad de estudio y de investigación garantizada por Park. Así pues, es fácil comprender la importancia del debate crítico, iniciado desde hace tiempo, sobre la Escuela “urbana” de Chicago, un debate que asumió a menudo tonos ásperos y que se convirtió en una polémica sobre las tendencias seguidas por la sociología americana en general.

No podemos olvidar que los diferentes exponentes de la Escuela y sus alumnos tienen en común intereses y métodos de investigación. Pero es necesario destacar a los exponentes más importantes de la corriente ecológica que desarrollaron un pensamiento original, incluso para poder distanciarnos de cincuenta años de discusiones más o menos afortunadas y no siempre científicamente interesantes. De un examen tan selectivo surgen como figuras principales R. Park y L. Wirth, mientras que las contribuciones de E. Burgess y de R. McKenzie, aunque estimulantes, son en efecto los resultados de brillantes investigaciones sobre temáticas parkianas. Lo que nos proponemos es un nuevo examen de carácter ahistórico, precisamente porque existe una tendencia general a insistir sobre la importancia histórica de la escuela de Chicago, descuidando, sin embargo la recuperación de sus aportaciones aplicables a la ciudad actual. Esto no significa negar que las observaciones de Park se basen en gran medida en una determinada realidad empírica; significa más bien que es necesario sacar provecho de esta gran experiencia de investigación urbana y resaltar todo lo que pueda orientar al estudioso hacia niveles más profundos de conocimiento. Una finalidad que es posible alcanzar a través del esfuerzo acumulativo y de una puesta a punto de las contribuciones definidas, aunque puedan parecer históricamente superadas y propias de un ambiente diverso, sobre todo para quienes creen que el estudio sociológico de la ciudad es mera sociografía del presente.

2. Robert E. Park y la Chicago de los años veinte

Los problemas de un período histórico y las ansias de una sociedad marcan las principales temáticas de la reflexión y de la búsqueda empírica. El análisis sociológico refleja, a menudo, en las modalidades de su desarrollo el contenido social del lugar de nacimiento. Es más, se podría incluso sostener que la exigencia de sistematización teórica y el empeño en una investigación sobre el terreno prevalecen, alternativamente, en relación con las cuestiones que, en un momento dado y en una determinada sociedad, se imponen como problemas centrales. El brutal crecimiento de la ciudad representa, sin duda en Estados Unidos, en los años veinte, el nudo social y político de cuya solución puede depender la estabilidad del conjunto de la sociedad. Tenemos un buen ejemplo en el crecimiento de Chicago. En 1900 contaba con 1.700.000 habitantes, en 1920 con 2.700.000, en 1930 con 3.400.000; cada diez años, pues, se añaden a la ciudad más de 500.000 nuevos habitantes, y su número se duplica en el breve tiempo de treinta años. Magma de grupos étnicos, de nacionalidades y de clases sociales distintas, la gran ciudad es el punto de llegada de un amplio flujo migratorio proveniente de Europa, de las pequeñas ciudades y de las comunidades rurales de la América de la época. El paro, la falta de viviendas, el crimen y la confusión caracterizan la vida urbana, en neta contraposición con el cuadro social típico de las comunidades de origen de la mayor parte de la población recién llegada a la ciudad. Así pues, la ciudad ocupa el centro de los intereses sociológicos. El estudio de una situación social compleja y en rápida transformación nace de la necesidad de reconstruir un orden social “normal”, aunque concebido sobre la base de la comparación con el ambiente rural, con el clima social de las comunidades locales y con las formas de control social tradicionales. Frente a una ciudad que representa una masa creciente de organismos en lucha para satisfacer las necesidades elementales de supervivencia, el recurso a los estudios de tipo ecológico, que se inspiran en el pensamiento de Darwin, aparece menos abstruso de lo que hoy la crítica quiere hacernos creer. Se puede entonces como prender mucho mejor la tendencia de los investigadores a sobrevalorar la base biológica de la sociedad y a desarrollar el estudio de la “desorganización social” a través de una imponente actividad investigadora sobre el terreno.

La Chicago de los años veinte a treinta constituía un terreno ideal para las indagaciones de quienes se ocupaban de los fenómenos de desorganización social y de variación institucional. Esta ciudad, como ya hemos dicho, era, en aquel período, uno de los casos más macroscópicos de

“explosión” urbana registrados en la historia de la ciudad occidental. La *City of the Big Shoulders* — como la denominó en su famosa oda Carl Sandburg, en 1914— condensaba las tendencias de una sociedad entera que se estaba renovando a través de procesos que alternaban incesantemente desarrollo y crisis.² En este “ojo del tifón” se concentraba, y no podía ser de otra manera, la atención de las Investigaciones. Entre 1916 y 1939 se desarrollaron Investigaciones e interpretaciones que quedan, aunque sea dentro de los límites que inevitablemente presentan los estudios pioneros, como ejemplos insuperables de un estudio organizado sobre la ciudad.

Nos viene entonces a los labios la pregunta: ¿qué sentido tiene examinar de nuevo un análisis como éste, enfocado sobre *una* única ciudad americana y en particular, sobre fenómenos conflictivos que hoy asumen caracteres totalmente diferentes? Para responder a esta pregunta se ha de distinguir primero entre la contribución teórica y la contribución empírica de la Escuela de Chicago. Si bien es verdad que, por lo que concierne a la aportación empírica, las famosas investigaciones de Trasher, Zorbaugh, Anderson y otros quedan ancladas en una realidad ya lejana,³ también es cierto que la contribución teórica de los fundadores de esta escuela y, en particular, la de Park, constituye todavía hoy una fuente aprovechable para extraer conceptos e hipótesis que pueden utilizarse en el estudio de la ciudad occidental contemporánea. Quien contempla la ciudad moderna, aunque sea discutible hoy hablar de “ciudad”, no puede olvidar demasiado fácilmente las elaboraciones teóricas realizadas por la primera generación de la Escuela de Chicago. Y es inútil intentar disimular que la mísera situación teórica de la sociología urbana actual impone, por lo menos, este nuevo examen.

3. Park y la ecología humana

El pensamiento de Park es el más rico en ideas, pero, al mismo tiempo, su lectura resulta más compleja debido a la multiplicidad de los temas tratados en su obra, formada por breves ensayos y por una miscelánea de textos.⁴ Lo que más dificulta el análisis es, quizá, la perenne tensión que se advierte en el curso de toda su investigación entre una sincera preocupación teórica y una voluntad de atestiguar y de registrar fielmente, en toda su riqueza, la fenomenología social de la ciudad. Dos tendencias que representan dos exigencias intelectuales distintas y fundamentales. Su formación profesional bivalente, de periodista y de filósofo social, se refleja en sus escritos provocando discrepancias y cierta sensación de malestar, a causa de la personalidad “huidiza” del autor, de temperamento “teorizante pero no sistemático”, como justamente se ha escrito.⁵ Quien toma en consideración sólo sus construcciones teóricas más abstractas, omitiendo sus escritos aparentemente más realistas y descriptivos, mutua sin duda su trabajo; corre el riesgo, en particular, de dejar en la sombra [a preocupación política que ocupa un lugar preponderante en su búsqueda, y se priva así de una de sus aportaciones meramente teóricas. El empleo de las metáforas ecológicas, por ejemplo, debe estudiarse con cautela, a menos que uno se dé por satisfecho con una estéril lectura literal. La complejidad de la vida urbana exige —según Park— la adopción de una pluralidad de perspectivas si se quiere estudiarla e interpretarla en todas sus facetas. Así pues, son igualmente legítimos los estudios geográficos, los económicos y los ecológicos. No se puede pretender alcanzar la comprensión de la ciudad limitándose al estudio de la organización física. Otros fenómenos, como por ejemplo las profesiones (expresión peculiar de una economía ciudadana basada en la exasperada división del trabajo) y la cultura urbana (típica manifestación de la ciudad en cuanto “sede natural del hombre civilizado”) constituirán el objeto imprescindible de análisis si queremos algo más que una visión parcial y deformada del ambiente urbano.

Esta enunciación metodológica, que requiere un análisis interdisciplinario, no encuentra sin embargo una aplicación concreta en el desarrollo del discurso parkiano y, de hecho, más bien queda desmentida.

La ciudad —escribe *Park*— es sobre todo un estado de ánimo, un conjunto de costumbres y tradiciones, de actitudes y de sentimientos organizados dentro de estas costumbres transmitidas mediante esta tradición. En otras palabras, la ciudad no es solamente un mecanismo físico y una construcción artificial: está implicada en el proceso vital de las gentes que la forman; es un producto de la naturaleza y en particular de la naturaleza humana.⁶

Se evidencia aquí la preocupación de fijar algunos postulados con los que podemos relacionar los orígenes y el carácter específico de la ciudad, así como la preocupación de delimitar el fenómeno

urbano dentro de un marco teórico más amplio que, por cierto, no tiene en igual consideración la aportación interdisciplinaria mencionada más arriba.

Sí queremos entender el alcance y los límites de la ecología urbana tal como la concibe Park, es necesario remontarse al marco más amplio propio de la ecología humana, de la cual, por otro lado, es considerado como uno de los fundadores. En este marco debemos detenernos brevemente, aunque, en apariencia, esta digresión nos pueda parecer extraña a los fines declarados en nuestro nuevo enfoque. La ecología humana, en la Interpretación parkiana, como viene definida en el ensayo-manifiesto *Human Ecology*, expresa, más que una exigencia interdisciplinaria, la voluntad de restablecer la perspectiva del darwinismo social en el análisis de la sociedad contemporánea. En este texto se refiere obligatoriamente no sólo a Darwin, sino además a las interpretaciones de su obra realizadas por los naturalistas y por algunos geógrafos. La ecología humana, “ciencia distinta y separada”, se presenta a manera de una concepción filosófica del mundo, organizada alrededor de algunos conceptos claves y caracterizados por un darwinismo social modernizado. Dentro de esta perspectiva se abandona la idea de evolución conjuntamente con la otra idea de selección de la especie y, en cambio, se resalta tanto el principio de la lucha por la existencia, como la tendencia a la solidaridad entre especies de un mismo conjunto humano. Con referencia a la ecología humana, Park se remite no sólo a una actitud científica que atribuye a los naturalistas —una actitud antiespeculativa, basada en la verificación empírica para la cual, por otro lado, no le hubiera sido difícil en los años veinte encontrar otros modelos—, sino ante todo a una concepción de orden social definido sin ambigüedades.

Esta manifestación de un orden viviente, mutable pero persistente entre organismos en competición —organismos que presentan intereses en conflicto pero relacionados— proporciona las bases para una concepción de un orden social que trasciende a especie particular y de una sociedad fundada sobre una base biótica más que cultural.⁷

Aquí la lucha por la existencia, en la que Park insiste, no es ya tanto una lucha entre individuos o entre especies, como una lucha entre cada especie y su ambiente; es la lucha de agregados humanos que se organizan, como en las comunidades animales, y que unen todas sus energías para resistir la presión de las fuerzas externas, no mejor definidas. Park evidencia las relaciones que se establecen entre las diversas especies en el interior de un mismo hábitat y subraya que los naturalistas advierten una tendencia al cierre progresivo de los hábitat, con un desarrollo paralelo de la cooperación entre miembros de cada especie y también entre especies diferentes y en competición, tendencia constitutiva de comunidades más amplias, unidades básicas de la vida orgánica.

En el interior de los confines de un sistema la unidad individual de la población está implicada en un proceso de cooperación competitiva que ha dado a dicha interrelación el carácter de economía natural. A este tipo de hábitat y a sus habitantes —sean plantas, animales u hombres— los ecólogos han aplicado el término “comunidad”. Las características de una comunidad así definidas son: a) una población territorialmente organizada. b) más o menos arraigada al suelo que ocupa, c) cuyas unidades particulares viven en relación de mutua dependencia, en simbiosis. Verdadero y propio “superorganismo”, la comunidad tiende a organizarse para defender su propia identidad recurriendo al mecanismo de la competición.

Citando a Spencer, Park precisa que la comunidad adopta un mecanismo (de competición) para regular el número de sus miembros y para preservar el equilibrio entre las especies en competencia que en concreto la componen. Manteniendo este equilibrio biótico, la comunidad preserva su identidad e integridad a través de los cambios y vicisitudes a las que se ve sometida en el curso de la evolución desde la primera hasta la última fase de su existencia.⁸

En el esquema parkiano las fuerzas contra las cuales hay que defender esta identidad no están representadas por las otras comunidades, sino por procesos internos a la comunidad o a su ambiente. Las mayores amenazas se identifican, en efecto, con la “crisis ambiental”, es decir, con las modificaciones de la relación entre población y recursos naturales del hábitat. Con esta crisis se inicia un mecanismo, constantemente verificado, de aumento salvaje de la competición hasta la llegada de una nueva fase de la división del trabajo social adaptada a las nuevas condiciones de vida, y hasta que la cooperación no quede sustituida por la competición. A esta fase estática, destinada a ser destruida por las crisis ambientales, podría aplicarse, cuando se trata de comunidades humanas, el concepto de

“sociedad”. “Se puede considerar presente el tipo de orden denominado sociedad cuando la competición declina hasta cierto estadio. Desde el punto de vista ecológico se habla de sociedad simplemente con referencia a un área donde la competición biótica se ha atenuado y donde la lucha por la existencia ha asumido formas más sutiles y sublimadas”.⁹ Esta fase de sociedad sería artificialmente reforzada, en el caso de las comunidades humanas, por algunas de sus características específicas, o sea, por una “estructura institucional radicada en las costumbres y en las tradiciones”,¹⁰ erigida sobre la comunidad biótica. Esta estructura funcionaría como instrumento de supervivencia en el sentido de que tiende a mejorar el grado de resistencia a la crisis por parte de la sociedad, gracias a un perfeccionamiento del mecanismo de competición que comporta su disminución en el sistema social entero y una consolidación cultural de las comunicaciones. “En las sociedades humanas, en contraste con las animales, la competición y la libertad del individuo se hallan limitadas por la costumbre y por el consenso, pero los efectos de la competición biótica permanecen evidentes en el orden social y en la sucesión de los acontecimientos”¹¹

Esta perspectiva, aplicada al estudio de la ciudad, induce a Park a opinar que la cultura urbana, constelación de Instituciones y organización moral, no tiene carácter autónomo, separado de “leyes naturales”. Más todavía, la sociedad urbana, al igual que cualquier otra sociedad, haría derivar, en último término, sus instituciones de la combinación de fuerzas “vitales” que actúan en el ámbito de “cualquier área natural de morada humana” y que tienden *naturalmente* a la generación de una preagrupación organizada. El conjunto cultural urbano está dotado de tipicidad con respecto al pueblo y, más en general, con respecto a la vida rural, pero, juntamente a estos aspectos de la vida social, hay que interpretarlo como una respuesta a las necesidades de los individuos que lo constituyen. Además, la totalidad, la ciudad como entidad global, prevalece sobre las partes componentes, adquiere su autonomía y ejerce su influencia. La organización física y la organización moral de la ciudad actúan una sobre otra, se influyen recíprocamente. La amplia organización de los habitantes, “una vez formada se impone como un hecho externo bruto”¹² para después plasmarlos según el esquema y los intereses que ella incorpora”. Esto significa sustancialmente que la organización urbana es sólo un “reflejo”, una de las muchas soluciones posibles al problema de la relación hombre-ambiente: relación que se conforma a los principios ecológicos fundamentales.

4. Comunidad urbana y competición

En primer lugar, es necesario aclarar que este enfoque se aplica a un tipo de ciudad concebido, más o menos explícitamente, como ambiente socialmente aislado. De hecho, la ciudad se contemplará como una entidad *per se*, una unidad ecológica, inserta por supuesto en un territorio nacional y en una red de relaciones con otras ciudades, pero que puede considerarse todavía como comunidad autónoma. Park no nos habla aún de la megalópolis. Park se ocupa principalmente de la gran ciudad Industrial y la considera un “laboratorio social” que se subdivide en una serie de subáreas “naturales” a las que se puede aplicar técnicas de estudio y de observación análogas a las que se aplican al mundo natural.¹³

El orden ecológico de la ciudad se presenta como el resultado de una serie de procesos de interacción. Y, más precisamente, es el resultado de algunos tipos fundamentales de interacción: competición, conflicto, adaptación y asimilación. La competición se identifica, como ya hemos visto, con la lucha por la existencia. Se trata de un principio immanente, constante e impersonal que actúa a nivel biótico, con la función de controlar y de regular las relaciones entre los organismos. De la competición, de la lucha por la vida, no sólo nace la organización ecológica, sino también “la organización profesional de la comunidad” fundada en la división del trabajo. Park parece configurar como inevitable y constrictivo este proceso que informa la organización social y económica y que parece no dejar sitio a la libertad individual para manifestarse. “Antes o después, cada individuo es impulsado por la rivalidad (*competition*) con todos los demás miembros de la comunidad a hacer las cosas que puede hacer más que las que quisiera hacer. Raramente nuestras ambiciones secretas se realizan en nuestras ocupaciones efectivas. La lucha por la vida no sólo determina, en último análisis, el lugar donde vivimos dentro de la comunidad, sino también lo que hacemos”.¹⁴

La competición, a nivel social, asume la forma de conflicto.¹⁵ El conflicto tiene esencialmente una naturaleza social no sólo en el sentido de considerar el proceso de competición cuando se manifiesta en una esfera diferente a la biótica, sino también porque implica una toma de conciencia. Los individuos, en cuanto seres pensantes, advierten su obligación de “competir” e intervienen en el proceso

con su fuerza de seres racionales, aunque sin posibilidad de contrastar con éxito la acción de las fuerzas subsociales. Esto significa que en la base de la interacción y del conflicto se sitúa, como proceso originario y predominante, el proceso de competición. Del conflicto social nace una sociedad políticamente organizada, dotada de normas que afirman aquel elemento constrictivo inherente a la competición. Park escribe:

En cierta medida tienen razón algunos sociólogos al afirmar que han concebido la sociedad como provista de una existencia del todo independiente de los individuos que la componen en un momento dado. En estas circunstancias *la condición natural del individuo en la sociedad es una condición de conflicto* —conflicto con los otros individuos naturalmente, pero sobre todo con las convenciones y las reglas del grupo social del cual es miembro—. La libertad personal, la expresión del sí mismo... es, por tanto, una búsqueda, si no infructuosa, sí sin término.¹⁶

Lucha por la vida y conflicto constituyen, pues, las condiciones que presiden la relación entre los hombres y la relación hambre-ambiente, determinando cierta distribución territorial de los individuos y su “vocación” profesional. La organización comunitaria, como veremos mejor más adelante, representa una situación determinada de manera mecanicista por la acción reguladora de estos mismos principios. En consecuencia, frente a situaciones de esta naturaleza, los individuos tendrán problemas de adaptación a cierto orden social —una vez resueltos, podrán quizás atenuar las consecuencias de la condición conflictiva—, o problemas de asimilación recíproca, que se resolverán por medio de profundos y continuos contactos sociales.¹⁷ De hecho, Park, continuando la teoría de W. J. Thomas sobre los cuatro deseos fundamentales del hombre (deseo de nuevas experiencias, de seguridad, de respuesta y de reconocimiento), opina que de una manera o de otra estos deseos *deben* realizarse.¹⁸ Tal finalidad ha de alcanzarse en cualquier tipo de comunidad; también y sobre todo en situaciones de cambio social rápido y violento. Park cita, como ejemplo, el caso de crecimiento demográfico por incremento social, es decir, debido a un flujo migratorio. Revela que en este caso el proceso de asimilación —una forma de metabolismo del organismo social— incluye problemas gravísimos que se resuelven de manera distinta en relación a grupos culturalmente distintos. Estos problemas implican una intervención especialmente a nivel de “educación” y sacuden la estabilidad del orden social preexistente.¹⁹

“Predominio” (*dominance*) y “sucesión”, en fin, constituyen otros dos procesos complementarios a los precedentes, deducidos por analogía de la ecología animal y vegetal y extensible a la ecología urbana. Predominio y sucesión son funciones dependientes —por citar literalmente a Park— de la competición y actúan para establecer y mantener el orden comunitario.²⁰ La competición económica de las industrias y de las organizaciones comerciales para poder situarse en una posición estratégica en un territorio dado determina, a largo plazo, las características esenciales de la comunidad urbana y genera el área de predominio (*area of dominance*) es decir, el área donde el precio del suelo es más elevado. El principio del predominio tiene tendencia a establecer el orden ecológico de la ciudad y las relaciones recíprocas entre las diferentes áreas de la ciudad.

La realidad urbana es, sin embargo, una realidad dinámica que pasa de una primera fase de inestabilidad a una fase sucesiva de relativa estabilidad. Con el término “sucesión” se indica precisamente aquella serie de acontecimientos que sobresalen en la comunidad cuando ésta se desarrolla y crece transformándose en sus características esenciales. Es típico el caso de un grupo étnico que invade un área y *sustituye* —convirtiéndose en grupo dominante— al grupo étnicamente distinto que ocupaba antes la zona. Otro caso de sucesión se verifica después de la transformación de función y de uso del área, por ejemplo, cuando ésta pasa a ser de zona residencial a zona de carácter comercial. Los ejemplos podrían multiplicarse, pero es más útil señalar, con Park que el estudio de los fenómenos de sucesión implica el estudio de los procesos que hacen surgir una nueva sociedad del seno de la vieja. Así pues, los Investigadores no deben limitarse al análisis morfológico del cambio, han de analizar también sus causas.²¹ Pero, por desgracia, tanto para Park como para los demás ecólogos urbanos, este principio metodológico permanecerá en la esfera de las intenciones no realizadas.

5. La organización urbana entre comunidad y casta

Park sabe perfectamente que aun en la caótica vida ciudadana conviven, junto a la competición, otras tendencias que mantienen unidos a los hombres en una comunidad de ideales y de aspiraciones,

a pesar de aquellos impulsos “naturales” que les llevan al conflicto. Por tanto, la organización social se articula, incluso en la ciudad, en dos niveles analíticamente distintos y característicos de las comunidades humanas: el biótico y el cultural. Ambos niveles se uniforman a principios distintos: si la ley de la lucha por la sobrevivencia prevalece a nivel biótico, el principio de la comunicación y del consenso, la tradición y el orden moral prevalecen a nivel cultural.

El equilibrio biótico —sostiene Park— y el equilibrio social se mantienen simultáneamente por la interacción de cuatro factores: población, tecnología, costumbres y creencias (cultura no material) y recursos naturales ofrecidos por el hábitat. La ecología humana intenta analizar dos órdenes de procesos: en primer lugar los que mantienen el equilibrio biótico y el equilibrio social cuando éstos se hallan establecidos; en segundo lugar, intenta interpretar aquellos procesos que, después de perturbaciones del equilibrio establecido, implican el paso de un orden relativamente estable a otro.²²

Ambos niveles, que Park denomina respectivamente comunidad y sociedad,²³ son interdependientes. Las fuerzas que se liberan a nivel biótico en las organizaciones sociales más evolucionadas —la ciudad representa su prototipo— se manifiestan bajo formas más sutiles y sublimadas. La *cultural superstructure* se basa en la *biotic substructure*: es decir, los valores culturales, el orden moral, son la expresión de un orden ecológico que representa la base esencial de la sociedad.

Este breve *excursus* pone en evidencia las dos tendencias fundamentales, indisolubles aunque a veces contradictorias, del pensamiento de Park. Por un lado, la elaboración teórica, basada en fragmentos conceptuales copiados del vocabulario de los naturalistas, cuya tendencia es la de asimilar la ciudad a otras comunidades humanas y negar, implícitamente, la peculiaridad del ambiente urbano; por el otro, la tendencia a exaltar, o más simplemente la voluntad de definir, todo lo que en su ciudad, la Chicago de los años veinte, es diferente, típico y característico. Park propone una definición de ciudad como laboratorio social, ideal para aquellos investigadores que trabajan en un proyecto operativo, pero la ciudad es también comunidad humana que vive en un estado de crisis ambiental. Sin embargo, la teorización ecológica no asume su verdadera significación si no se la compara con este deseo, casi obsesivo, de caracterizar lo urbano, que se manifiesta con mayor claridad en los escritos de Park dedicados a los oficios, a las profesiones y a los personajes característicos de la vida en la gran ciudad.²⁴

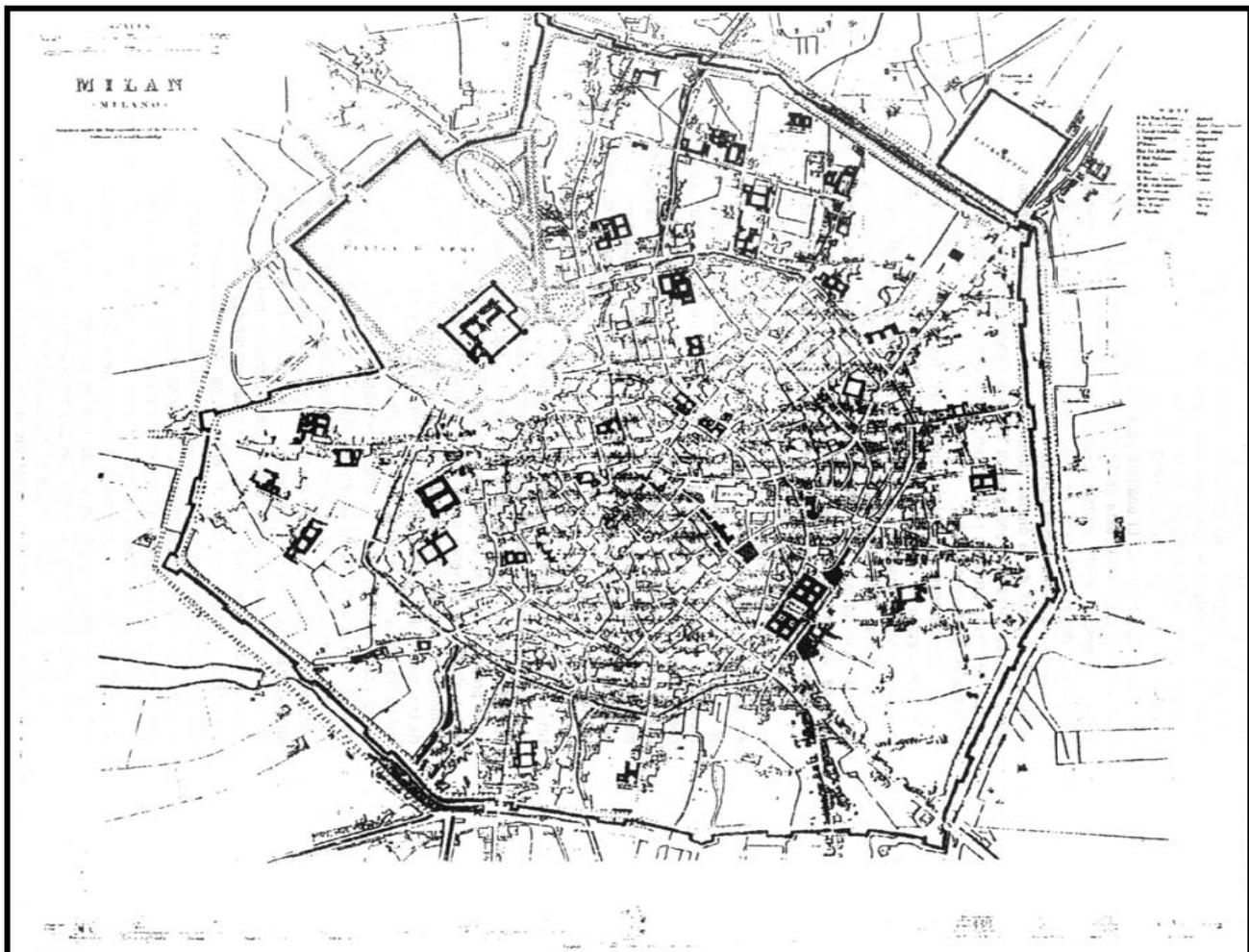
Park no expone una verdadera teoría, de la ciudad, y también en este sentido la herencia de Simmel en sus escritos es menos importante de lo que a menudo se ha dicho. La ciudad es un ambiente definido de manera antitética a la pequeña comunidad; en ella aparece, como aspecto dominante, una cultura material que alienta nuevas solidaridades no ya en una comunidad de sentimientos sino en una convergencia de intereses. “En estos últimos años, los modernos métodos de transporte y de comunicación urbanos —el ferrocarril eléctrico, el automóvil, el teléfono y la radio— han cambiado, de manera silenciosa y rápida la organización social e industrial de la ciudad moderna.”²⁵ La mutación institucional en la ciudad se relaciona también con la debilitación de las relaciones sociales de tipo primario. El análisis parkiano a este respecto, diverge —y no en poca medida— de la propuesta de Simmel y es quizá menos original. Park habla, todavía, a menudo de una mutación en las instituciones que representan la expresión natural de las relaciones de tipo primario. “En una gran ciudad, donde la población es inestable, donde padres e hijos trabajan fuera de casa y a menudo en lugares alejados de la ciudad, donde millares de personas viven durante años cerca unas de otras sin conocerse ni siquiera superficialmente, estas relaciones íntimas del grupo primario se debilitan, y el orden moral en que se apoyaban se disuelve gradualmente.”²⁶

Park atribuye al ambiente urbano una fuerte potencialidad de secularización, interpretada en relación a las posibilidades de selección ofrecidas al individuo por la vida ciudadana y en función de la fuerte competencia existente entre múltiples sectas. Esta competición transforma los organismos religiosos en entes de servicio social que, según Park, contribuyen a propagar, en la ciudad, una serie de subcomunidades. Se reforman así ciertas formas de solidaridad que refuerzan la relación primaria y alimentan la “esfera del sentimiento.”

Los términos más adecuados para resumir los caracteres de la ciudad parkiana tienen, sin embargo, una evidente derivación durkheimiana: la ciudad es una sociedad en fase de efervescencia social prolongada. La ciudad, tal como la describe Park, evoca raramente la Idea de una comunidad orgánica; más a menudo la ciudad se caracteriza como “estructura institucional basada en las

costumbres y en las tradiciones” erigidas sobre la “comunidad biótica”, una estructura que resiste la transformación desde el exterior y que favorece la mutación desde el interior, según una línea de razonamiento que puede asimilarse casi demasiado fácilmente con la de Durkheim cuando expone su concepto de “conciencia colectiva”.

Las comunidades urbanas se definen, como se sabe, por cuatro elementos: población, costumbres y creencias, patrimonio de conocimientos tecnológicos, recursos naturales del hábitat. Los elementos culturales desarrollan una importante función en la supervivencia de la comunidad, y por esta razón ocupan un lugar preponderante en el análisis ecológico.²⁷ La obra de Park, considerada de forma global, se presenta como una interpretación de la influencia de la crisis ambiental en los mecanismos culturales de comunicación activos en el ámbito de la sociedad. Por crisis ambiental se entiende la compleja situación determinada cuando la presión de la población, respecto a los recursos del hábitat, alcanza cierto grado de Intensidad. El ambiente urbano se concibe como un producto mecánico de la densidad física, en una visión que es totalmente antitética a la de Simmel, quien propone un modelo de ciudad como símbolo de la sociedad y fruto de una evolución cultural y mental comprobable a escala colectiva. En cambio, en el pensamiento de Park mentalidad y cultura son dictadas, en gran parte, por la simple relación Intercurrente entre población y territorio. Las férreas leyes de la densidad interfieren en los modos de organización social, y no resulta nada fácil defender este tipo de enfoque de las acusaciones de determinismo biológico cuando se tropieza con postulados de este tenor: “la organización de la ciudad, el carácter del ambiente urbano y de la disciplina que impone están determinados, en último término, por la entidad de la población, por su concentración y por su distribución dentro del área ciudadana.”²⁸ Tal afirmación, llevada a sus últimas consecuencias, corre el riesgo de convertir en superfluo todo esfuerzo interpretativo ulterior y todo intento de intervención sobre la realidad urbana; pero Park, como veremos, no cae fácilmente en el puro determinismo ambiental, a pesar de que concibe el hábitat urbano centrado en la dimensión demográfica de la ciudad, o, mejor dicho, en la presión demográfica (intensidad del ritmo de urbanización).



6. Orden y cambio social en la ciudad

La ciudad, caracterizada por la inestabilidad y por la creciente dependencia del individuo respecto a la comunidad, “exalta el bien y el mal de la naturaleza humana.” En el estudio de la ciudad Park se deja llevar por presupuestos teóricos indudablemente durkheimianos; de hecho considera que “el hombre nace con las pasiones, los instintos y los apetitos incontrolados e indisciplinados. En el interés del bienestar común, la civilización reclama a veces la supresión y, siempre, el control de estas disposiciones naturales y salvajes. Imponiendo al Individuo su disciplina y plasmándolo según su modelo aceptado por la comunidad las suprime a veces, pero más a menudo encuentra una expresión sustitutiva bajo formas socialmente válidas o, por lo menos, inocuas.”²⁹ Y siempre dentro de esta óptica, podemos comprender la fe Inquebrantable de Park en las ciencias sociales como Instrumento de Intervención sobre la vida urbana, el interés preponderante por la dimensión de la integración social y la implícita superposición entre control social y defensa del orden social concebido como defensa de la “civilización.”

Control social y comportamiento colectivo constituyen dos aspectos de la vida social que contribuyen a explicar su dinamismo y que son de gran actualidad -para quienes observan la ciudad occidental en sus desarrollos político-sociales más recientes. Y es precisamente en las páginas dedicadas a estos temas donde mejor podemos apreciar la influencia de Durkheim en la Escuela de Chicago.

Park relaciona la mutación de la organización social de la ciudad moderna con el desarrollo de la tecnología y de los medios de transporte, indisolublemente asociado a la urbanización.³⁰ “La naturaleza general de estas mutaciones es evidente en el hecho de que el desarrollo de las ciudades se acompaña de la sustitución de las relaciones indirectas y “secundarias” por las relaciones directas, inmediatas y “primarias” en las asociaciones de individuos en la comunidad... Bajo las influencias disgregantes de la vida ciudadana, la mayor parte de nuestras instituciones tradicionales —la Iglesia, la escuela, la familia— se modificaron de forma notable.”³¹ Juntamente con la disolución progresiva de este tipo de relaciones sociales y de las Instituciones fundamentales asistimos a la debilitación y a la desaparición gradual de aquel orden moral tradicional que se basaba en dichas relaciones.

La relajación de aquellos vínculos que unían al individuo con un determinado espacio donde se agotaba su vida de ser social y la disminución de la influencia de los grupos primarios favorecen en gran medida, según Park, el aumento de la desorganización social, de la confusión y del crimen en la gran ciudad. En breve se alterarán aquellas condiciones preexistentes que garantizaban cierto tipo de control social. Mientras Durkheim hablaba de anomia, Park habla de “movilización del individuo” y —siguiendo a W. I. Thomas— de “individualización”, es decir, habla de procesos de los cuales también subraya las implicaciones positivas.

Aquí Park demuestra que sabe desprenderse de dos condicionamientos típicos de su escuela y de algunas corrientes de la sociología americana: a) la nostalgia por la comunidad preindustrial, paraíso perdido de la humanidad y b) la exaltación acrítica de los valores fundamentales del *american way of life*.

Escribe:

Gran parte de los habitantes de la ciudad, incluidos aquellos que viven en viviendas populares y en apartamentos [...] se cruzan, pero no se conocen entre ellos [...]. Esto permite a los individuos pasar rápidamente y fácilmente de un ambiente moral a otro, y alienta el fascinante aunque peligroso experimento de vivir al mismo tiempo en mundos diversos contiguos y sin embargo completamente separados. Todo ello tiende a conferir a la vida ciudadana un carácter superficial y casual, a complicar las relaciones sociales y a producir nuevos y divergentes tipos de individuos...

Park subraya además que la constricción inherente al sistema social urbano ofrece, como contrapartida, una potencial libertad de expresión, especialmente para quienes proceden de una pequeña comunidad donde el control social es muy opresivo. “A la larga, cada individuo encuentra, entre las diversas manifestaciones de la vida ciudadana, el tipo de ambiente en el que puede desarrollarse y sentirse a gusto; encontrará en poco tiempo el clima moral donde su peculiar naturaleza podrá hallar los estímulos que confieren una expresión completa y libre a sus disposiciones innatas.” Así se explica la atracción continua que ejerce la gran ciudad.

Se puede sostener que motivos de este tipo —prosigue Park— tienen su raíz no ya en el

interés, ni siquiera en el sentimiento, sino en algo más originario y profundo que impele a muchos, si no a la mayor parte de los jóvenes, hombres o mujeres, desde la seguridad de sus casas del campo hacia la gran confusión y explosiva excitación de la vida ciudadana. En una pequeña comunidad el hombre desprovisto de excentricidad y de talento parece disponer de mayores posibilidades de éxito. La pequeña comunidad tolera con frecuencia excentricidad; la ciudad, por el contrario, la recompensa. En la pequeña comunidad el criminal, el anormal y el hombre de talento no encuentran aquellas amplias posibilidades de desarrollar sus capacidades innatas que se encuentran invariablemente en una gran ciudad.³²

Park define como “regiones morales” aquellas zonas de la ciudad “donde prevalece un código moral desviado”. Si bien es verdad que los valores típicos de la *middle-class* americana siguen siendo el parámetro fundamental para comparar la desviación, también lo es que Park no se deja condicionar demasiado por este parámetro. El afirma, de hecho, que “debemos aceptar estas regiones morales y las personas más o menos excéntricas y excepcionales que allí viven, por lo menos en cierto sentido, como parte integrante de la vida natural, si no normal, de la ciudad.”³³

Por otro lado, está claro que incluso el individuo “excepcional” busca a sus símiles y que encuentra en los demás un sostén “moral” del que no puede prescindir. Una vez más se confirma que la ciudad se sostiene no sólo en la competición, sino también en la comunicación que se desarrolla entre sus habitantes.

Según Park, para llegar a una interpretación exhaustiva del control social es necesario tener una idea clara del comportamiento colectivo.

La ciudad, y en particular la gran ciudad —donde más que en otros lugares las relaciones deben ser verosímilmente impersonales, racionales y definidas en términos de intereses y de dinero—, es un verdadero y propio laboratorio para la investigación del comportamiento colectivo. En el ambiente urbano las huelgas y los pequeños movimientos revolucionarios son endémicos. La ciudad, y especialmente la metrópoli, se halla en un *equilibrio inestable*; en consecuencia, los amplios agregados accidentales y mutables que constituyen nuestra población urbana están en estado de perpetua agitación, agitados por el viento de cada nueva doctrina, sujetos a continuas alarmas, por lo cual la comunidad se encuentra en una situación de crisis permanente.³⁴

El problema de quienes estudian la ciudad consiste en identificar las fases de este proceso continuo. La forma más simple de acción colectiva viene dada por la inquietud social (*social unrest*): se trata de una primera fase que transforma la agitación individual en una acción social por medio de una “reacción circular” de transmisión y de reflejo del descontento de un individuo a otro.³⁵ Las fases sucesivas están constituidas por los movimientos de masas y por la formación de nuevas instituciones o, al menos, por una modificación de las instituciones precedentes. La ciudad se ordena así sobre una nueva forma de equilibrio relativamente estable. Nacen formas “secundarias” de control social: la moda ocupa el lugar de la costumbre, y “la opinión pública se convierte en la fuerza dominante del control social”, así como la prensa,³⁶ la publicidad y los nuevos tipos profesionales.

La Identificación de estas nuevas formas de integración o, mejor dicho, citando una expresión de Park, de estos modos de “organización de las energías” incumbe precisamente al sociólogo. La Investigación sociológica asume entonces una importante dimensión política y se pone al servicio de un ideal. La comunidad ideal de Park está constituida por un conjunto articulado de grupos libres de desarrollar su identidad y determinada por un carácter democrático entendido como comunicación, cooperación y liberación de vínculos “feudales”. Park pronostica una síntesis entre “individualización” y comunidad como esferas del sentimiento, una reconciliación entre dos ciudades símbolos del objetivo de su trabajo. Su finalidad, más allá de cualquier actitud que mire al pasado, parece ser la de querer mantener la ciudad-comunidad en el seno de la ciudad-ambiente urbano. Sin embargo, es nuestro deber señalar que la voluntad reformista de Park encuentra una de sus mayores limitaciones en su incapacidad de interpretar críticamente las estructuras económicas del orden social en el que vive el habitante de la ciudad. Park, por ejemplo, no pone nunca en tela de juicio el mecanismo de la renta inmobiliaria. Una vez más la espina dorsal de la teoría parkiana está constituida por el enfoque ecológico que lo lleva a afirmar que la interacción y la comunicación entre los individuos tiene lugar, sobre todo, en las esferas del instinto y del sentimiento. “El control social surge más o menos espontáneamente en respuesta directa a las influencias personales y al sentimiento público; es el resultado de un acuerdo personal más que la formulación de un principio racional y abstracto.”³⁷

Afirmaciones como ésta, que prescinden de una valoración del poder en la ciudad, de una individualización de los grupos más influyentes, de la dinámica conflictiva entre grupos sociales con intereses divergentes, no pueden sino dejarnos perplejos.³⁸

7. Estructura biótica y cultura

La sobrevaloración de la importancia del sentimiento comunitario en los procesos de control social, basada en la distinción entre comunidad y sociedad, constituye sin duda el talón de Aquiles de la teoría parkiana. En contra de esta dicotomía se lanzaron acreditados críticos, a menudo con una violencia injustificada o, por lo menos, excesiva.³⁹ Hay quien reprocha a Park no haber aclarado suficientemente la relación entre ambos niveles (L. Reissmann); hay quien cree, con razón, que esta premisa teórica del esquema dicotómico no fue seguida por los propios ecólogos cuando desarrollaron los estudios empíricos, malinterpretando el concepto de comunidad y superponiéndolo al de sociedad (M. A. A1ihan).⁴⁰ Y, por fin, hay quien sostiene que no es posible comprender ciertos fenómenos como la competición y la división del trabajo, es decir, que no es posible comprender los procesos fundamentales de la ciudad industrial si no se considera como variable independiente un sistema de valores (W. L. Kolb).

Creemos correcto el reproche que se le hace a Park de no especificar de forma clara la distinción entre comunidad y sociedad, y precisamente porque de esta distinción deriva, en definitiva, la autonomía y la justificación de la teoría ecológica, pero también es verdad que es suficiente una atenta lectura de este autor para darse cuenta del peso que atribuye a los aspectos morales de la sociedad, aunque no use explícitamente el término *value-orientations*.⁴¹ La “superestructura” cultural (*cultural superstructure*) se impone automáticamente, como elemento de dirección y de control, sobre la estructura de base biótica (*biotic superstructure*); la competición encuentra un elemento de freno y de regulación en la tradición y en la cultura. El mismo afirma que, “sea como fuere, las interacciones entre los seres humanos son muy variadas y más complicadas de lo que indica esta dicotomía, simbiótico y cultural.”⁴²

Pero —según Park— el sociólogo, para desarrollar su actividad de investigación, debe empezar por ocuparse de la comunidad. La comunidad es un objeto visible, con territorio y con límites. Sus instituciones, la población y sus elementos fundamentales pueden proyectarse en un mapa y pueden tratarse según el método estadístico. En esta selección metodológica se inspiran todos los estudios empíricos desarrollados en la Chicago de los años veinte, pero precisamente a esta misma selección se deben también las principales debilidades, los injustificados apriorismos, las limitaciones del enfoque ecológico. Sin embargo, para nuestro fin no es necesario detenernos demasiado en esta crítica, ya clásica; otras aporías se manifiestan de modo evidente como expresión de un positivismo exacerbado. Cuando Park afirma que “las mismas fuerzas producen por doquier los mismos resultados”, quiere defender, en primera instancia, la legitimidad de un análisis científico de los fenómenos sociales. La confusión entre dos términos, “fuerzas” y “factores”, hace, no obstante, que la ciencia ecológica se deslice hacia una especie de animismo precientífico. Según Park, algunos elementos externos a la ciudad —las “fuerzas”— actúan sobre la comunidad como sobre cualquier área natural, provocando una reagrupación ordenada y típica de su población y de sus instituciones. La ecología humana se define como el estudio de estas fuerzas. En otros términos, la ecología, entendida de esta manera, no se interesa por los procesos mediante los cuales las “fuerzas” intervienen en la comunidad. Es inútil subrayar que el determinismo que deriva de este planteamiento entra en contradicción directa con la exigencia, muchas veces manifestada por Park, de favorecer un “cambio desde el interior” de las comunidades humanas, sobre una base cultural. Más en general, se puede señalar que el esquema ecológico encuentra un límite decisivo propio como instrumento de explicación de los procesos de cambio social activos en el interior de la comunidad urbana. Este límite se relaciona, sin duda alguna, con la negativa de Park de asumir las premisas fundamentales del evolucionismo darwiniano que dan coherencia al darwinismo social. Nos encontramos en presencia de un darwinismo social edulcorado, en el cual, después de la censura del principio de selección natural y de su medio de transmisión: el factor hereditario, sólo queda la lucha entre las especies y desaparece el evolucionismo. Park no aclara nunca plenamente lo que ocurre en caso de “crisis”, en qué se traduce la reorganización del equilibrio social que interviene sucesivamente, cuáles son las cualidades individuales requeridas para resistir mejor a la crisis y para enfrentarse con la competición. Entre otras cosas, hay que señalar que Park habla de

lucha, y que la “especialización”, en su visión, no sustituye enteramente a la competición. La hipótesis de fondo parece ser la de una relativa estabilidad de las áreas naturales que, sin embargo, se transformarían lentamente dentro de sus propias delimitaciones geográficas, y de una movilidad intensa de los individuos que aumenta con el proceso de urbanización. Los procesos del factor hereditario, no sólo los materiales, sino incluso los de los sentimientos comunitarios, se eliminarán del análisis en beneficio de determinismos ecológicos poco definidos.

El vicio real del enfoque ecológico se encuentra en la indebida superposición entre factores explicativos y fenómenos a explicar. El meollo de la investigación ecológica, según Park, reside en el estudio de las relaciones entre equilibrio biótico y equilibrio social.⁴³ La “balanza biótica”, definida por la relación recursos del hábitat/población, es también un producto social; los recursos del hábitat se determinan a través de las fuerzas productivas, del estado de la tecnología y de las relaciones de producción, de los cuales deberían ser factor explicativo. El razonamiento ecológico propuesto por Park conduce al investigador hacia una comparación entre una serie casi infinita de elementos que se explican a sí mismos, dentro de un marco teórico, cuya única definición sería de carácter espacial, la del hábitat, que queda sin embargo indefinida en sus posibilidades de clara individualización por parte del investigador. En este sentido la ecología urbana como esquema de explicación científica corre el riesgo de adquirir connotaciones tautológicas.

8. El concepto de área natural

Una vez expuestas las incongruencias y el simplismo de estos argumentos teóricos y metodológicos, también debemos señalar que en el pensamiento parkiano se encuentran algunos elementos que no se pueden reducir a mera etapa histórica de la investigación empírica sobre la ciudad y cuya originalidad es todavía poco conocida. Una miríada de esquemas analíticos, expresados en formas de conceptos operativos, constituye quizá su contribución más significativa. Se habla de conceptos operativos con referencia a su indeterminación, a la variabilidad de **SUS** contornos y a su carácter de instrumentos empíricos de reflexión, base para la construcción de modelos interpretativos *ad hoc*.

Consideremos, por ejemplo, el concepto operativo más conocido, el de área natural. Y examinemos su contenido. Es fruto de una perspectiva analítica, iniciada por Park, cuya utilidad es todavía hoy indiscutible como primera etapa necesaria para un estudio sociológico de la ciudad. La ciudad, con su crecimiento y su organización, es el producto de un conjunto de fuerzas que se pueden describir e interpretar, como ya hemos visto, a través de un enfoque particular: el enfoque ecológico. Cada ciudad, aunque tenga una organización y una historia particulares, desarrolla tendencias y crea situaciones que, dentro de ciertos límites, se encuentran de forma similar por doquier. Estas fuerzas, que actúan constantemente, generan en el tejido urbano una determinada distribución de la población y cumplen funciones muy definidas. Según Park, la comunidad urbana se ofrece al observador atento como un conjunto de áreas más pequeñas, distintas unas de otras, pero todas más o menos típicas, que están definidas por una característica clave: su “función” o principio catalizador de la comunidad que allí vive. Toda gran ciudad tiene su centro comercial, sus áreas exclusivamente residenciales, sus áreas industriales, sus ciudades satélites. “Toda ciudad americana tiene sus *slums* (barrios bajos); sus “ghettos”; sus colonias de inmigrantes, zonas que conservan una cultura más o menos extranjera y exótica. Casi toda gran ciudad tiene sus barrios habitados por bohemios y vagabundos, donde la vida es más libre, más aventurera y más solitaria que en cualquier otra zona. Estas son las denominadas áreas naturales”⁴⁴

Pero, ¿qué determina exactamente este atributo “natural” que la Escuela de Chicago y Park en particular emplean de modo tan amplio? Una zona es un área natural —responde Park— en varios sentidos.⁴⁵ En primer lugar, porque nace existe y se desarrolla sin planificación alguna y porque persigue una función, aun cuando —se trata sobre todo del caso del *slum*— esta función no se considera, por lo general, deseable. Las áreas monofuncionales, por ejemplo, responden, según Park, a las necesidades de la producción en una sociedad “diferenciada”. Puesto que la proximidad y la relación de vecindad representan la base de toda asociación elemental no sólo en la pequeña comunidad, sino también en la vida ciudadana, las áreas naturales constituyen la versión urbana de la respuesta a una necesidad de asociacionismo. Las “fuerzas” que provocan cierta inestabilidad en la población y la movilidad que ofrecen los medios de transporte debilitan la ciudad-comunidad que pierde significación

para el individuo. Al mismo tiempo se refuerzan los vínculos de vecindad; un ejemplo patente nos lo ofrece el aislamiento de los inmigrados y de las colectividades raciales, que se mantienen allí donde existe el prejuicio racial, es decir: “allí donde los individuos de la misma raza o de la misma ocupación viven conjuntamente en grupos aislados, el sentimiento de vecindad tiende a fundirse con los antagonismos raciales y con los intereses de clase.”⁴⁶

En segundo lugar, este tipo de área urbana es natural porque tiene una historia “natural”, se convierte ella misma en elemento biológico sometido a las leyes de la naturaleza. Es el producto, en términos históricos, de quien ha vivido allí y de quien allí continúa viviendo.

Con el paso del tiempo cada zona o cada barrio de la ciudad asumen algo del carácter de sus habitantes; cada parte distinta de la ciudad se colorea inevitablemente de los sentimientos particulares de su población. En consecuencia, aquello que al principio era una simple expresión geográfica se transforma en una vecindad, esto es, en una localidad caracterizada por unos sentimientos propios, por unas tradiciones propias y por una historia propia. Dentro de esta vecindad se mantiene, de todos modos, la continuidad de los procesos históricos: el pasado se impone sobre el presente, y la vida de cada localidad transcurre con un determinado impulso, más o menos independiente de la amplia esfera de vida e intereses que la rodean.

El carácter “natural” de las áreas urbanas deriva del hecho de que la ciudad no se concibe —ya lo hemos visto— como mero producto artificial, sino que, dentro de ciertos límites, es también un organismo que obedece sus leyes y cumple con determinadas funciones, diversas y típicas para cada área.

Finalmente, estas áreas son “naturales” también desde otro punto de vista. Las diversas áreas de la ciudad, consideradas como expresión del carácter lógico (“natural”) de las acciones humanas, son naturales en el sentido de que son susceptibles de conceptualización. Y esto en virtud de la ecuación, establecida por Park en polémica metodológica, naturaleza = posibilidad de conocimiento científico: “incluso podemos llamar naturaleza de las cosas lo que entra en los conceptos, o, para expresarnos del modo más conciso posible: la naturaleza es la realidad con referencia a lo general. Así la palabra adquiere en primer lugar una significación lógica.”⁴⁸

Es evidente que un concepto caracterizado de manera tan compleja no podía dejar de suscitar ásperas críticas y ciertas reservas. Calificar algunos fenómenos como naturales significa, entre otras cosas, avatar, aunque de manera no intencional, cierto conservadurismo. Considerar el Central Business District, los terrenos más costosos, como una “zona natural”, significa aceptar el libre mercado del suelo como un principio inmutable y no sindicable. En efecto, Park no pensó nunca en poner en tela de juicio ni el tipo de organización de acceso al territorio ni su empleo, que tenía muy a la vista. El recurso al concepto con finalidad de investigación empírica es también limitado. El mismo Park prefirió relegar su función heurística casi exclusivamente al ámbito del estudio del comportamiento desviado, sin desarrollar otras implicaciones potencialmente contenidas en él y útiles, quizá, para una teoría sociológica de la ciudad.⁴⁹

Por otro lado, insiste en los límites de la tendencia al auto perpetuación de estas áreas. Por ejemplo, en la zona denominada de segundo asentamiento, formada por los barrios más “salubres”, se registra una nueva situación cosmopolita, también inestable, derivada de la vecindad de individuos que participaron y se aprovecharon del proceso de selección social y que provienen de otras áreas de la ciudad, étnica y culturalmente distintas.

En definitiva, las críticas realizadas a este concepto, si bien justificadas, deben usarse con cierta cautela, aunque no puedan aducirse motivos serios para su rechazo. No es posible concordar plenamente con la valoración crítica propuesta por M. Stein. Este señala que: a) las áreas naturales no han formado recientemente ningún objeto notable de investigación; b) los “ghettos” y los *slums*, estudiados por la Escuela de Chicago en los años veinte, son distintos a las áreas segregadas de nuestro tiempo; c) los estudios de Park y de sus colegas sobre Chicago y sus subcomunidades se pueden valorar positivamente como contribuciones de un estudio específico del caso relativo a los efectos de una particular forma de urbanización sobre una comunidad particular y en un determinado intervalo de tiempo.⁵⁰ No es fácil desmentir esta severa valoración de Stein. Ni Park, ni sus colegas o alumnos desarrollaron sistemáticamente investigaciones comparadas en otras ciudades.

¿Qué queda entonces de la teoría de Park y de sus hipótesis sobre las áreas naturales? ¿En

qué pueden servir al investigador contemporáneo que se enfrenta con el problema de la organización urbana? Según Stein, el trabajo teórico-empírico de la Escuela de Chicago puede servir de guía para el estudio de los problemas de fondo de la organización y de la desorganización de las ciudades americanas de los años veinte. Actualmente su utilización es todavía viable, puesto que para el estudio profundo de una ciudad moderna es necesario relacionarse con la situación social precedente. El problema de urbanización es, en efecto, un hecho histórico y social que se desarrolla de manera diferente según los contextos y las épocas. Para interpretarlo en las formas y en las consecuencias en que hoy se manifiesta hay que tener presente los modelos pasados que, de manera distinta, condicionan precisamente los actuales aspectos.

En líneas generales, podemos decir que sí es justo que los sociólogos adopten en la investigación empírica una perspectiva histórica que les ayude a interpretar los fenómenos analizados, más lo es todavía que todo ello sirva para el estudio de la ciudad contemporánea que constituye una realidad dinámica por excelencia. No se puede, sin embargo, reducir en medida tan excesiva como lo hace Stein toda la contribución de la Escuela de Chicago.

A este propósito, es interesante recordar las conclusiones de una verificación empírica sistemática, aunque ya antigua, efectuada por P. Hatt. Su estudio sobre el centro del Seattle tiene el mérito de "distinguir entre las áreas naturales vistas como construcciones lógicas, estadísticas, integradas en un programa de investigación (o de administración) y el concepto de área natural como conjunto de factores espaciales y sociales que actúan con un carácter constrictivo sobre los habitantes de un área definida geográficamente y culturalmente."⁵¹ Concebida como instrumento de investigación adaptable al problema específico que se somete al análisis, el área natural constituye un esquema de organización de los datos empíricos cuantitativos difícilmente reemplazable. Es cierto asimismo que con el concepto de área natural se afirma la primera contribución importante del análisis sociológico a la planificación territorial.

Park nos advierte que existen obstáculos en la posible realización de una rígida planificación urbana; el estudio y el control de las relaciones sociales en el contexto urbano pueden efectuarse con éxito sólo si también se tiene en cuenta estos elementos no convencionales.⁵² De hecho, no hay duda de que el principio de la competición, especialmente en una economía de libre mercado, explica la dinámica urbana, pero también es cierto que la segregación de la población en las diferentes áreas naturales, caracterizadas por un valor distinto del suelo, puede explicarse de otra manera. En realidad, en la segregación juegan un papel importante y autónomo ciertos factores culturales que refuerzan la atracción y la repulsión, provocando aislamiento pero también solidaridad. Hay que hacer notar además que en el área natural actúan procesos particulares de socialización; en ella se desarrolla un proceso de integración gradual del inmigrado, del recién llegado; se persigue una función de defensa frente a ciertas subcomunidades diferentes y hostiles, y se forja además la ciudad futura.

En el pensamiento de Park, Burgess y McKenzie, por citar los autores más famosos, se encuentran categorías e indicaciones conceptuales susceptibles de una aplicación que va más allá del contexto específico y social de la época que las ha inspirado. El concepto de área natural es criticable, pero, si se considera a un nivel más alto de abstracción, ofrece unos puntos interpretativos útiles también para el sociólogo urbano actual. La ciudad es ciertamente una entidad cualitativamente diferente de las partes que la componen, pero para comprenderla es necesario considerar también estas partes en su historia, en su "naturaleza", en sus relaciones recíprocas. Y, de este modo, el investigador podrá aprovechar la contribución parkiana.

Algunos elementos fundamentales de la sociedad urbana: una determinada dimensión demográfica, cierta organización del espacio en el interior del asentamiento, ciertos valores y ciertos comportamientos, constituyen los efectos "naturales" del proceso de desarrollo tecnológico y de la industrialización. Se componen de diferente manera, generando contradicciones, desequilibrios, fenómenos de movilidad y mecanismos de formación y de organización de subcomunidades en el asentamiento más amplio; todos estos aspectos ponen en evidencia, aunque sea con las diferencias provocadas por circunstancias distintas, los mecanismos identificados por Park y sus colegas.

La ciudad, concebida como mosaico de agregados sociales no planificados, constituye el modelo de análisis más conocido entre los propuestos por Park y, precisamente, en función del concepto de área natural. Sin embargo, no es el único; en sus escritos se encuentran fácilmente otros esquemas analíticos fecundos, algunos sólo esbozados. Tres particularmente importantes. Se refieren a:

1. la urbanización y sus relaciones con los mecanismos de control Social;⁵³
2. la lucha por el espacio, sin explicar nunca con claridad lo que significa para un grupo el poder sobre un determinado espacio. Aparentemente existe una conexión entre el asentamiento de un grupo en el espacio urbano central y la dominación cultural de este mismo grupo. El centro de las ciudades es también centro estratégico de la superestructura de la sociedad, aquel centro de donde emanan los valores fundamentales para el consenso; en este sentido se podrá incluso sostener, quizá paradójicamente, que Park anuncia a Castells;
3. la ciudad como sistema político, unidad funcional, cuya supervivencia depende de los flujos de comunicación y de la capacidad de adaptación. Aparecen así, en Park, los precedentes de los análisis funcionalistas de la política urbana, un filón que se ha desarrollado sólo recientemente.

9. Ernest W. Burgess: la expansión urbana como proceso

Mientras el análisis de Park tenía como finalidad aclarar los mecanismos que dirigen la organización social de la ciudad, Ernest W. Burgess intentaba elaborar los instrumentos conceptuales de utilización más inmediata: su conocida hipótesis de los círculos concéntricos constituye, tal vez, la aportación más famosa de la Escuela de Chicago.

Burgess intenta expresar, en su modelo circular, las ideas esenciales para un estudio de la expansión de la ciudad como producto de un proceso que se desarrolla en varias fases. Una serie de cinco círculos concéntricos representaría, simultáneamente, las fases sucesivas de expansión en un determinado territorio y la diversidad sociocultural de las áreas determinadas por el desarrollo urbano. Nos encontramos frente a un diagrama que condensa las tendencias de expansión de toda forma urbana, tendencias de expansión que se manifiestan radialmente a partir de un centro. El centro representa el asentamiento originario. Contiene en sí mismo, como un microcosmo, la ciudad tal como se irá nucleando sucesivamente en una serie de zonas diferenciadas; cada una de ellas cumple funciones particulares, indispensables al conjunto.

Alrededor del barrio comercial central (*Central Business District*)⁵⁴ se encuentra normalmente un área de transición que está ocupada por empresas comerciales y pequeñas industrias. Una tercera área está habitada por los obreros de la industria que han huido del área deteriorada, pero que quieren vivir cerca del lugar de trabajo. Después de esta zona está el área residencial ocupada por edificios de apartamentos de lujo, o por barrios privilegiados y “restringidos” con viviendas. Más allá de los confines de la ciudad está la zona de los trabajadores pendulares, constituida por las áreas suburbanas o ciudades satélites, y situada a media o una hora de viaje del barrio comercial.⁵⁵

Los confines de las zonas, tal como se presentan en el diagrama, constituirían, si es lícito leer entre líneas el escrito de Burgess, una especie de fotografía de la ciudad en un determinado grado de su expansión, grado que por cierto no es definido y es susceptible de ulteriores mutaciones. Bastaría pensar en lo que puede suceder en una conurbación cuando los procesos de expansión de dos o más ciudades —procesos que pueden realizarse con variable intensidad— hagan que los círculos periféricos se superpongan a los de otra ciudad.

El proceso de expansión urbana se realiza por medio de un conjunto de dos procesos complementarios: extensión-sucesión, centralización-descentralización. Cada zona tiene tendencia a extenderse en superficie, lo que provoca como inmediata consecuencia la invasión del área contigua y una verdadera y propia sustitución de los habitantes. A las “grandes familias” suceden los trabajadores independientes. En el área deteriorada, habitada ahora por neoinmigrantes y por delincuentes habituales, residían pocos años antes los trabajadores autóctonos.

El barrio comercial central es el corazón del organismo ciudadano. Ejerce una atracción determinante sobre todas las demás zonas⁵⁶ gracias a los servicios públicos y a los equipamientos recreativo-culturales o de diferente tipo que allí actúan. También el sistema de transportes tiende a hacer gravitar hacia el núcleo central la población de la ciudad, pero las dificultades ocasionadas por la congestión de este núcleo y la creciente complejidad de los transportes urbanos favorecen un proceso que actúa en dirección opuesta: la descentralización urbana.

Burgess habla apenas de descentralización. Quizá porque, en la época en que escribía, este proceso todavía no podía valorarse en toda su importancia, en cuanto a reorganización racional y democrática del sistema social urbano. Burgess, de hecho, se limita a señalar las novedades patentes en el sistema distributivo comercial, novedades causadas por el nacimiento de las áreas comerciales menores que, sin embargo, continúan dependiendo, en una especie de descentralización-centralizada, del núcleo comercial originario. El modelo mono-céntrico de Burgess queda a salvo y permanece invariable en su linealidad.

La hipótesis propuesta por Burgess tuvo acogidas muy diferentes: muchos la aceptaron como modelo para la interpretación de los datos más variados sobre desorganización social en el territorio urbano;⁵⁷ otros la encontraron válida para aplicarla a contextos urbanos específicos,⁵⁸ pero no faltaron las críticas que, a menudo, desembocaron en propuestas de modelos alternativos.⁵⁹ De las críticas más significativas nos ocuparemos aquí, aunque sea brevemente.

En primer lugar, se sostiene un razonamiento que parece casi obvio: existe el hecho indiscutible de que la forma de muchísimas ciudades no se adapta —o muy poco— a un modelo espacial circular;⁶⁰ es más, con frecuencia las ciudades revelan una forma única, propia y, de todas maneras, fuertemente irregular, en relación a la hipótesis del desarrollo en zonas perfectamente concéntricas. El mismo Burgess está dispuesto a admitir la acción de elementos que caracterizan de manera irregular, por lo que se refiere a su hipótesis, las específicas situaciones urbanas. A pesar de esto, considera que estas “irregularidades” son fruto de la acción de factores “distorsionadores” que no invalidan su esquema a nivel general.⁶¹ Además, no se puede negar que en la ciudad se desarrolla, por regla general, un proceso de crecimiento que tiene como efecto la formación de una estructura urbana distinta según las zonas. Esta tendencia debe tomarse en consideración si se quiere dar una interpretación de la dinámica urbana lo más comprensiva posible.

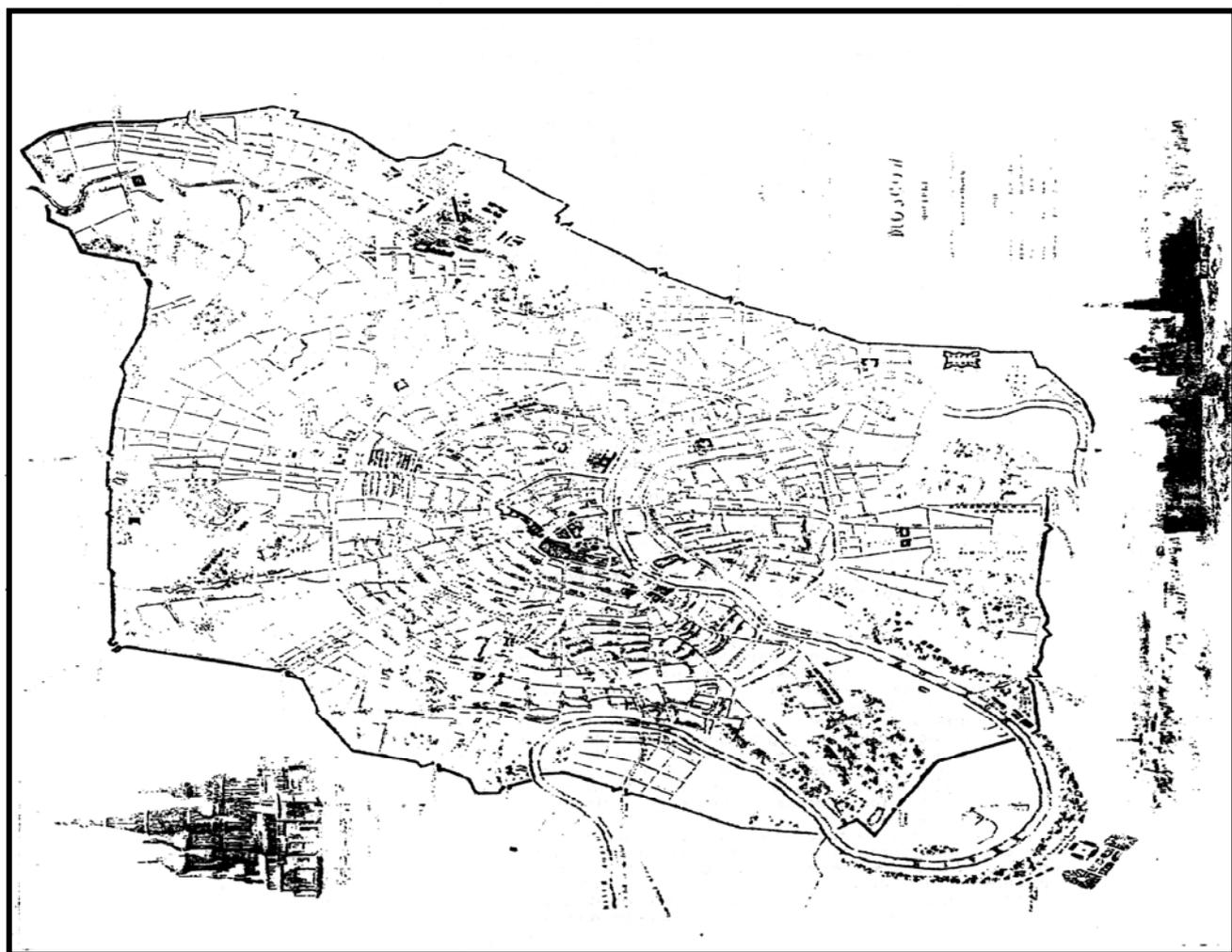
M. R. Davie desarrolló una crítica todavía más dura al modelo Burgess. Sostiene que dentro de cada espacio formado por círculos concéntricos se encuentran los datos más heterogéneos y que no existe correspondencia alguna entre zonas circulares y áreas naturales, puesto que estos espacios geométricos “cortan” los vínculos culturales y funcionales. Sostiene, además, que el centro comercial, es decir, el corazón de la ciudad, tiene tendencia a asumir formas irregulares o, por lo menos, en ángulo recto más que circulares. Sin embargo, estas críticas parecen derivar más bien de una interpretación equivocada de los argumentos ecológicos. La estructura espacial de un área, tal como se proyecta sobre un mapa, no debe necesariamente coincidir con la estructura ecológica del área. La estructura ecológica queda determinada por un proceso de abstracción a partir de la pura estructura espacial y física de la zona, en términos de distancia ecológica de coste-tiempo. R. McKenzie, por ejemplo, hace una clara distinción entre distancia ecológica y distancia línea1,⁶² afirmando que la distancia ecológica no se valora con las mismas unidades de medida que la distancia espacial, sino en términos de unidad-tiempo empleado en recorrerla. De todo esto resulta que dos o más puntos situados a distancias distintas con referencia a un punto X (que se asume como centro de una área determinada) pueden, en términos ecológicos, es decir, en términos de coste-tiempo, situarse todos a una distancia equivalente de dicho punto X. Davie, como otros, se olvidó de esta distinción, y su crítica bajo este aspecto, aunque menos burda que la precedente, no destruye la hipótesis Burgess. En términos de coste-tiempo, dadas como constantes ciertas características de los transportes urbanos, la estructura espacial a retículos rectangulares del *Central Business District* se superpone a una forma circular ideal.⁶³

No se puede olvidar, además, el concepto de “gradiente”. Cuando se habla de gradiente, se hace referencia al gradual “crecimiento” o “decrecimiento” de fenómeno a medida que nos alejamos de un centro dominante. Es evidente entonces que también Burgess conocía perfectamente el hecho de que las características de cada una de sus zonas (o áreas naturales, dado que él tiene tendencia a insertarlas en su esquema) no eran por cierto distintas, de forma clara, en relación a los confines circulares. En cambio, era más plausible suponer que estos caracteres se presentasen en la realidad con una intensidad distinta de una zona a otra y que los confines se fijaron convencionalmente para fines analíticos.

Se ha señalado además que Burgess excluía de su hipótesis la presencia de la industria pesada. Por tanto, se le discutió que este factor de desarrollo fuese —como él sostenía— un elemento deformador del asentamiento ecológico urbano. En efecto, es necesaria una nueva formulación del modelo de círculos concéntricos, puesto que se trata de un modelo históricamente relativo a una determinada fase de desarrollo de la ciudad. La hipótesis Burgess constituye una interpretación de datos específicos sobre una ciudad determinada en un momento dado de su historia; su valor general y su aplicación a contextos urbanos diferentes están condicionados por la historia de la ciudad. Cuantos

más centros dominantes sustituyan el centro dominante originario, y la ciudad policéntrica se convierta —como ya ha ocurrido— en una realidad operante, o bien, más simplemente, en los casos donde la gran industria se convierta en uno de los motores de la economía urbana, más nos encontraremos frente a una forma urbana *superior*, y la hipótesis Burgess será inaplicable o, al menos, sólo parcialmente aplicable.⁶⁴

Sin embargo, por regla general, algunas de sus interpretaciones del desarrollo urbano despiertan cierta perplejidad. Por ejemplo, es evidente que la dislocación residencial de los habitantes no puede explicarse meramente en términos de distancia lineal partiendo del *Central Business District*, como sugirió en su modelo. Nos parece justo objetar que la distribución de la población en el ámbito del territorio urbano y extraurbano tiene lugar en función de una gama de variables como son: la localización espacial (precedente o sucesiva en orden de tiempo) de los demás grupos sociales, económica y étnicamente diferentes: el tipo de vivienda, y la antigüedad de la ciudad.⁶⁵ Se trata evidentemente de un límite interpretativo, ocasionado por la generalidad de un enfoque pionero e impreciso, aunque rico en intuiciones.⁶⁶



10. R. D. McKenzie: comunidad y desarrollo urbano

El tercer gran nombre de la Escuela de Chicago es Roderick McKenzie. La contribución de este investigador tiene importancia sobre todo porque, a diferencia de los dos autores precedentes, su objetivo específico es la metrópoli y porque fue uno de los primeros sociólogos que se ocupó de esta nueva "dimensión" de la organización urbana.

Sin embargo, debemos señalar, siguiendo la sugerencia de Martindale,⁶⁷ que McKenzie se ocupó también de una sistematización más cuidadosa del pensamiento ecológico aplicado a la ciudad. Dado que el enfoque ecológico domina la concepción de este autor en lo referente a organización social

en el espacio urbano, nos parece conveniente, a este propósito, referir aquí algunas de sus consideraciones.

La ecología humana, según McKenzie, estudia “las relaciones espaciales y temporales de los seres humanos bajo la influencia de las fuerzas, selectivas, distributivas y apropiadas que actúan en el ambiente”. Desde el punto de vista ecológico se pueden distinguir cuatro tipos de comunidades.⁶⁸ El primer tipo es “la comunidad de servicio primario”, como por ejemplo el centro agrícola, minero o pesquero, es decir, el centro caracterizado por la ausencia de actividad industrial y con la dimensión limitada. La ciudad comercial constituye el segundo tipo de comunidad; desarrolla eminentemente “la función secundaria en el proceso distributivo de las mercancías” desde las comunidades primarias a los mercados mundiales y de éstos a las comunidades primarias. El tercer tipo comunitario es la ciudad industrial que desarrolla también las funciones efectuadas por los dos primeros tipos de comunidad. Una comunidad industrial no tiene límites en cuanto a dimensión: su expansión se relaciona con su capacidad productiva y con la organización comercial de sus industrias. “El cuarto tipo es una comunidad sin base económica autónoma. Consigue sus medios de subsistencia en otras partes del mundo, y es posible que no desarrolle función alguna (directa) en la producción y en la distribución de las mercancías.” Ejemplos de este tipo comunitario son las ciudades universitarias, las ciudades basadas en una economía turística, las que Weber denomina ciudades de consumidores.⁶⁹

Se observará que esta clasificación recuerda la de Max Weber; este último adoptaba un criterio económico —como criterio parcial— con el fin de individualizar varias categorías de ciudades. Ahora bien, se puede reprochar a McKenzie el haber adoptado un enfoque limitativo, precisamente porque es exclusivamente económico en la elaboración de esta tipología de las comunidades.

La comunidad, y por tanto también la ciudad en sus varias formas, obedece, según McKenzie a una ley de desarrollo cíclico. Existe una tendencia a la expansión hasta un determinado límite (punto culminante o apogeo) en el que la comunidad alcanza un estado de equilibrio entre dimensión y recursos económicos. Pero este estado se altere a menudo por la Intervención de un nuevo elemento. Un nuevo sistema de comunicaciones, un nuevo tipo de Industria o una reorganización de la base económica existente determinan el Inicio de un nuevo ciclo de adaptación que no implica necesariamente el descenso de la comunidad. De hecho, existen dos posibilidades. Puede ocurrir que se reduzca la base económica local y que por ello parte de la población se vea obligada a emigrar o, al menos, a un movimiento de desplazamiento pendular que la reintegre, incluso cotidianamente, gracias a los medios de transporte, a la comunidad originaria. Pero también puede verificarse el comienzo de un ciclo de desarrollo y de ulterior diferenciación.

A este propósito, McKenzie, como ya lo hicieron sus colegas, subraya los peligros que pueden derivar para el orden social de un desarrollo comunitario violento e imprevisto, olas migraciones de población, derivadas de estas imprevistas fuerzas de atracción y generadas por excepcionales formas de liberación en el desarrollo de la comunidad, pueden producir un desarrollo que va mucho más alié de la culminación natural de su desarrollo cíclico, dando lugar a una situación de crisis, a una Inesperada recaída, a una desorganización e incluso al pánico. Las denominadas “ciudades del boom” experimentaron estos movimientos de masa de la población más allá de la culminación natural”.⁷⁰

11. El vecindario

McKenzie se interesa principalmente por la “supercomunidad” metropolitana. Pero esto no le impide interesarse por el análisis de formas comunitarias de dimensión más limitada. En realidad, está íntimamente convencido de que para interpretar adecuadamente la organización urbana en sus dimensiones regionales e interregionales se debe estudiar también el centro de la ciudad y la comunidad local.⁷¹ Postule, por tanto, una estrecha interdependencia entre niveles espacialmente distantes y diferentes y, en particular, entre centro y periferia. Y nos parece oportuno señalar ahora algunas anotaciones interesantes sobre la vida del vecindario.⁷²

“El efecto general de los continuos procesos de invasión y de ordenación subdivide la comunidad desarrollada en áreas bien definidas, cada una con su propia capacidad selectiva y su propia cultura”.⁷³ Se trata de las áreas naturales, que también McKenzie define en relación al valor de los terrenos, creyendo que éste sea un índice suficiente para caracterizarlas respecto al centro ciudadano y para determinar su clasificación. Añade, sin embargo, algunas observaciones sobre la

distribución de los habitantes en el tejido urbano en relación a caracteres como edad, sexo y estado civil, que confieren al concepto de área natural una connotación menos vinculada a las rígidas referencias económicas. McKenzie observa que en el centro de la ciudad se registra un constante aumento de población y que contemporáneamente se manifiesta un rápido descenso de sujetos en edad escolar. “El tipo de población más estable, es decir, las parejas casadas con niños, se alejan del centro de la ciudad, mientras que los adultos más móviles y con menor responsabilidad se amontonan en las zonas de los hoteles y de las viviendas próximas al corazón de la comunidad”. Es un fenómeno con importantes consecuencias, sobre todo para el control social: al tipo de población que abandona el centro ciudadano —y que McKenzie hubiese podido describir mejor usando también otras variables— se atribuyen valores y comportamientos relacionados con la tradición. De hecho: “Los vecindarios donde reside el tipo de población más estable, donde prevalecen mujeres y niños, son los guardianes de las costumbres que tienen una función estabilizadora y represiva”.⁷⁴

El vecindario tenía para todos los miembros de la Escuela de Chicago una función importante en cuanto que representaba una continuación, o mejor dicho, la supervivencia de formas de solidaridad social preindustriales dentro de la caótica gran ciudad. Burgess recomendaba el estudio del vecindario como forma de comunidad local en estrecha relación con toda la evolución de la vida ciudadana⁷⁵. Park subrayaba que “los Intereses y las asociaciones locales generan sentimientos locales y que en un sistema donde la residencia constituye la base de la participación en el gobierno el vecindario se convierte en el fundamento del control político”.

Observaba, además, que esta forma comunitaria —fundamental para la democracia— tenía tendencia a disolverse con la expansión de la ciudad y que con el aumento de la movilidad de la población en el territorio nacían nuevas solidaridades en las colonias de los inmigrados y en los “ghettos” raciales.⁷⁶

McKenzie tiene en cuenta estas observaciones parkianas. Una vez sentado que el sentimiento de vecindario surge más fácilmente cuando el orden físico de la ciudad permite una precisa diferencia entre vecindario y comunidad más amplia, McKenzie sostiene que para el desarrollo del vecindario son necesarias tanto la homogeneidad como la estabilidad de la población, acompañadas de un alto porcentaje de propietarios de viviendas. Es evidente que se refiere a un tipo particular de vecindario que sobrevive gracias a la función estabilizadora de la propiedad inmobiliaria, la cual se opondría —con relativo éxito— a la alta movilidad residencial urbana, típica de la mayoría de la población de las grandes ciudades. También ciertos aspectos meramente cuantitativos, como el número de las familias o la configuración urbanística de un área, al igual que otras condiciones, influyen en la participación en la vida de la comunidad local; pero no hay que hacerse ilusiones —observa justamente McKenzie—, esta participación no es un hecho espontáneo y natural como muchos creen. En realidad, el Interés por los acontecimientos locales es casi siempre el resultado, más o menos artificial, de un esfuerzo de promoción de unos pocos elementos dotados de capacidad y entusiasmo. Finalmente, observa McKenzie —sin desarrollar ulteriormente este punto—, si la acción de grupo tiene un valor *per se* de naturaleza moral, también el valor económico de las zonas con una intensa, vida de vecindad se eleva, hasta el punto de que los agentes inmobiliarios favorecen estas actividades de carácter social.⁷⁷ Se trata de un fenómeno rico en implicaciones: en la ciudad, incluso la relación de tipo primario se convierte en mercancía, transformándose y asumiendo formas funcionales para satisfacer un tipo particular de necesidades.⁷⁸

12. El desarrollo urbano y la “supercomunidad” metropolitana

La ciudad tiene tendencia a desarrollarse a través de una centralización creciente, a la que más tarde seguirá un proceso de descentralización. La estructura física de la ciudad sigue siendo siempre el objeto preferente del análisis ecológico. Según McKenzie, la ecología no se agota en el análisis de la organización espacial del comportamiento social, pero la configuración de las calles y de las demás vías de comunicación constituye la espina dorsal de la vida ciudadana. Con la expansión cuantitativa de la ciudad se desarrolla, de modo particular, un proceso de diferenciación y de segregación social. Se desarrolla la competición para lograr posiciones más ventajosas, acompañada de una serie de “invasiones”. La ciudad se convierte así en un escenario de amplias transformaciones que, sin embargo, no alcanzan nunca, para McKenzie, el grado de conflictos radicales y violentos o, de todos modos, relacionados con el choque de intereses divergentes entre grupos socialmente diferenciados. Se describe y se enmarca el mecanismo de la mutación social urbana dentro del ámbito teórico que sitúa

en primer plano la relación entre hombre y ambiente físico.

El estudioso de la ciudad registra con meticulosidad los desplazamientos. calcula escrupulosamente las frecuencias de los casos de comportamiento desviado y su posición en el territorio, clasifica los tipos de invasión y las condiciones que las generan. Pero podemos observar que no se ocupa, o muy poco, de las actitudes, de los Intereses, de las necesidades de los sujetos y de los grupos Implicados, como protagonistas o como simples comparsas, en estos procesos que forman la gran ciudad. No se puede negar que los desplazamientos de la población estén condicionados por las transformaciones de los medios de transporte, por el deterioro de los asentamientos y el desarrollo Industrial. También es verdad que la redistribución de esta población va unida a «un proceso de desplazamiento y de selección, determinado por las características del Invasor y por el área Invadida., pero, ¿acaso podemos decir que, una vez averiguado todo esto, hemos comprendido de verdad cómo “funciona” la ciudad? La perspectiva ecológica ¿es una perspectiva que nos suministra una interpretación concluyente?, ¿no será, quizás, una perspectiva de análisis limitada por la manía taxonómica de quien la adopta? Basta recordar las investigaciones de los Lund para observar inmediatamente cuáles son las transformaciones que ocasiona el proceso de urbanización en el ordenamiento Institucional de una comunidad y qué tipo de observaciones Interpretativas y qué problemática olvida el enfoque ecológico.

El interés que McKenzie demuestra por el cambio, unido a la convicción de que la cultura tecnológica constituye la fuerza Innovadora dominante de la época, orientará sus estudios hacia la nueva dimensión que asumió la ciudad. Amos Hawley subraya⁷⁹ la atracción casi romántica que McKenzie sentía por la capacidad humana para superar el condicionamiento de la distancia.

La conquista del territorio y la posibilidad de fáciles y rápidos desplazamientos tienen consecuencias en la organización de la comunidad. Ya hemos observado cómo para McKenzie la expansión urbana Implica procesos ecológicos centrífugos y centrípetos⁸⁰ gracias a los cuales el centro podrá desarrollar un número creciente de funciones sobre un tejido urbano que se dilata progresivamente. Es evidente que el aumento de las dimensiones del sistema puede provocar una crisis precisamente en sus centros vitales; pero, gracias a la cultura tecnológica y al crecimiento de la productividad, se superarán tanto los costes y tiempos del movimiento como los problemas de congestión. Está claro pues que, dentro de esta concepción del cambio social en la ciudad, juegan varios factores y que, en este caso, McKenzie parece rechazar una perspectiva de carácter exclusivamente ecológico sin privilegiar factor alguno.⁸¹

Pero examinemos ahora con más detenimiento su aportación teórica sobre el tema “metrópoli”, aportación que constituye el resultado de una larga actividad de investigación empírica⁸². El crecimiento metropolitano consiste en la redistribución de la población de un determinado país alrededor de las ciudades dominantes. Esta redistribución, causada en primer lugar por el desarrollo industrial y, en una segunda fase, por el desarrollo del sector terciario, se realiza gracias a los modernos medios de comunicación. “Reduciendo la escala de la distancia local, el vehículo a motor ensanchaba el horizonte comunitario e introducía una división territorial del trabajo única en la historia de los asentamientos. El gran centro pudo extender el radio de su influencia; su población y muchas de sus instituciones, liberadas gracias al dominio del transporte ferroviario, se dispersaron por todo el territorio circundante.” Desaparece, en consecuencia, la distinción precisa entre lo rural y lo urbano. Se desarrolla un sistema donde el espacio social se organiza sobre nuevas bases en torno a un polo dominante y propulsor: el sistema metropolitano que tiende a extenderse y a uniformar todos los demás asentamientos “menores” existentes en su área territorial de influencia.

Ciudades y pueblos en otro tiempo independientes, y también las zonas agrícolas, se han convertido en parte de este complejo urbano. Este nuevo tipo de supercomunidad organizada en torno a un punto central dominante, que abarca numerosos centros diferenciados de actividad, no coincide con el fenómeno metropolitano determinado por la vía férrea, ya sea por la complejidad de su división del trabajo ya sea por la movilidad de su población. Su vocación territorial viene definida en términos de transporte motorizado y de competencia con otras regiones. Este nuevo tipo de comunidad metropolitana se relega a las grandes ciudades. Se convierte en la unidad comunitaria donde se conforman las relaciones locales de un extremo a otro del país.⁸³

La supercomunidad metropolitana comprende diversas comunidades de influencia económico-cultural menor. “En este modelo una ciudad dominante [...] funciona como unidad integradora. En otras palabras, se está desarrollando en los Estados Unidos, y de hecho en todo el mundo moderno, un

modelo de asentamiento que se puede definir como regionalismo urbano. Este nuevo tipo de regionalismo urbano difiere del regionalismo de las épocas precedentes en que es más un producto del contacto y de la división del trabajo que de un aislamiento meramente geográfico." Por tanto, la metrópoli no se compone simplemente de un centro y de un territorio contiguo. La metrópoli es un "mosaico" muy especializado, compuesto de subáreas de cuya unión surge una nueva entidad funcional. A través del proceso de diferenciación las unidades antes aisladas, centros urbanos semi-independientes, asumen ahora nuevas funciones especializadas dentro de un proceso de división del trabajo que gira alrededor de la comunidad metropolitana concebida como unidad global. McKenzie la llama indiferentemente *superclty*, *supercommunity*, *metropolitan community*, o *city region*.⁸⁵

Hay que hacer notar, sin embargo, de paso, que el proceso de diferenciación funcional comporta también la desaparición definitiva de las comunidades menores. La profusión del automóvil, por ejemplo, ha destruido la autonomía de mercado de muchos pequeños centros, facilitando el acceso a los mercados de las grandes ciudades. No puede olvidarse que el desarrollo metropolitano incluye costes sociales y que, en concomitancia con todo eso, se verifican fenómenos como la urbanización y el abandono de los campos y de las ciudades más pequeñas, fenómenos de los que derivan contradicciones en términos económicos y sociales dentro de una determinada sociedad. Se trata de una problemática compleja que incluye una serie de interrogantes a los que el investigador social debe dar una respuesta basada en la interpretación de los datos que esta nueva realidad le ofrece de forma violenta.

Las comunidades metropolitanas, según McKenzie, asumen un carácter uniforme en su estructura económica e institucional. Mas este hecho no impide que en el interior de la ciudad, autosuficiente desde el punto de vista económico y cultural, domine la heterogeneidad, debida también a la alta especialización de las ocupaciones. Se observa además una tendencia centrífuga que implica tanto a quienes pertenecen a las *white-collar classes* (descentralización suburbana de las residencias) como a la gran industria (localización periférica de los establecimientos). Obviamente, hay que buscar las causas de esta tendencia en la congestión urbana. Se verifica asimismo un proceso cambiante en el valor económico de las áreas urbanas, en dependencia de su deterioro y de la alta demanda de áreas periféricas. Todo ello permite formular la hipótesis de que se está produciendo un proceso de obsolescencia acelerada del viejo modelo urbano y que, al agravarse estas contradicciones, es urgente la intervención de una autoridad de gobierno capaz de enfrentarse y de resolver tan complejos problemas.⁸⁶

Pero la comunidad metropolitana es, según McKenzie, una *entidad funcional*, una respuesta necesaria a aquellas necesidades que el ambiente impone al hombre. ¿En qué sentido la comunidad metropolitana es funcional? ¿Es verdad que satisface necesidades, o más bien crea un mayor número? La organización metropolitana, al parecer de algunos, satisface una particular categoría de necesidades, las falsas necesidades o las necesidades inducidas. Es necesario preguntarse si este modo de organización de la sociedad urbana no conduce a la destrucción del hábitat, a la creación de personalidades hetero-dírigidas, en definitiva, a la destrucción del hombre-ciudadano. El ambiente metropolitano, además, ya no es el ambiente como elemento dado, antagonista del hombre. En la gran ciudad, en la metrópoli, nos encontramos cada vez con más frecuencia frente a un tipo de ambiente que no constituye un dato de por sí independiente de la presencia del hombre como ser racional y social. El ambiente se ha convertido en producto del hombre, y este dato que podría representar una conquista, una base sobre la cual crear una sociedad distinta, que guíe nuevas energías así liberadas de una lucha fundamental hacia fines más elevados de tipo colectivo, se traduce en cambio en su opuesto.

Hablar del sistema social metropolitano en términos de comunidad se hace comprensible sólo si citamos lo que la ecología entiende por comunidad: "la unidad de estudio de la ecología es el organismo comunitario (ya lo había dicho Robert Park) constituido, al mismo tiempo, por una agregación de individuos, un hábitat geográfico y cultural y una unidad biosocial interrelacionada e Independiente. La comunidad así concebida tiene muchas cosas en común con la comunidad vegetal y animal. Sus unidades componentes se sostienen conjuntamente por la Interdependencia que nace de la especialización y de la división del trabajo".⁸⁷ Pero si por ejemplo, nos interrogamos sobre el modo en el que esta "comunidad" considera la acción de los habitantes como sujetos que deciden —o que simplemente están capacitados para comprender los diferentes aspectos de su vida cotidiana—, entonces tal vez advertiríamos que la definición ecológica olvida elementos que la sociología urbana debe tener en cuenta si no quiere renunciar a su función de ciencia social y por tanto de ciencia al servicio del ciudadano.

13. La neo-ecología

Hemos desatendido aquí los análisis de la aportación empírica de la Escuela, convencidos de que en el momento actual de crisis de la Sociología urbana —crisis causada sobre todo por la imposibilidad de sistematizar las observaciones empíricas en un marco conceptual satisfactorio— es más útil examinar una contribución de naturaleza teórica. Sin embargo, somos conscientes de esta distinción artificiosa, realizada con finalidad meramente analítica. También resulta evidente que actualmente sólo es posible salvar unos pocos conceptos de esta elaboración teórica. Las críticas de orden general dirigidas a la Escuela ecológica son diversas. Para concluir, podemos citar dos de ellas. Sin embargo, debemos advertir que demasiado a menudo estas críticas olvidan la importancia histórica de este “experimento”, sobre la ciudad occidental, así como subrayar sus méritos. Por otra parte, las Insuficiencias e ingenuidades metodológicas —que frecuentemente se le reprochan— son relativas cuando se tiene en cuenta el desarrollo de la investigación sociológica de aquellos años.

La crítica más dura es sin duda la siguiente: poniendo en entredicho el significado de la sociología y por tanto de la sociología *urbana* en a sociedad actual, se llega a una propuesta de sociología “alternativa”. Esta crítica, frente al crecimiento Incesante de las contradicciones económicas y sociales en la ciudad moderna, denuncia la sustancial “neutralidad” política del pensamiento de Park y de la ecología *tout court*, como pensamiento que permanece a nivel de una información, fría y acrítica, de los hechos urbanos, o que se *sitúa*, en la mejor de las hipótesis, en un plano “abstractamente científico”. “La base ecológica —se dice— elide historia, economía y política”.⁸⁸ La segunda crítica la realizan aquellos que prefieren expresarse con cierta cautela sobre la importancia de la ecología urbana como método para el desarrollo de una teoría de la ciudad. Para los fines deseados es evidente que este tipo de valoración interesa de una manera particular. Louis Wirth es un ejemplo de esta actitud crítica: ejemplo que hay que examinar también porque Wirth vivió en primera persona la vida de la Escuela, junto con sus fundadores. Wirth evita considerar la ecología como una rama de la sociología y prefiere presentarla como “una perspectiva, un método, una disciplina general que sirve de base a todas las ciencias sociales”. Sabe que

La acumulación de amplias colecciones de material preciso y descriptivo con su representación gráfica por medio de mapas y diagramas ha conducido a algún investigador a asumir que los hechos se explican por sí mismos, y que un conjunto de hechos ecológicos pueden interpretarse adecuadamente en términos de otros datos ecológicos [...]. Ese punto de vista no tiene en cuenta el hecho de que a vida social es un todo complejo e interdependiente. Las condiciones materiales de existencia son, naturalmente, factores importantes, en los que un conjunto de hechos ecológicos pueden recibir adecuada interpretación...

Pero deben quedar relegados a su papel de elementos “condicionantes”, sin adquirir jamás el rango de factores “determinantes”.⁸⁹ A la ecología le queda el mérito de haber adoptado una perspectiva de análisis que considera la ciudad como un inmenso laboratorio social. Y desde esta perspectiva el observador se acostumbra a trabajar en un ambiente como si no fuera parte Integrante del mismo; de este modo puede Intentar con mayores posibilidades de éxito individualizar la uniformidad de los comportamientos, los procesos de transformación y las tendencias en curso. Es imposible no estar de acuerdo con Wirth: la ecología constituye un medio útil para el estudio de la ciudad. Pero no puede darnos, sin la ayuda de otras ciencias sociales y de los métodos elaborados por éstas, un cuadro Interpretativo exhaustivo de los fenómenos urbanos. El hecho, en fin, de haberse aprovechado de conceptos y métodos propios de las ciencias naturales constituye por cierto una debilidad original, pero no le impidió y no le impide prestar un servicio útil al estudioso de la ciudad. Se trata de una valoración que expresamos con relativa prudencia, a pesar de los desarrollos sucesivos del análisis ecológico.

A partir de los años cincuenta se asiste de hecho a un *revival* ecológico o, en muchos casos, al desarrollo de intentos de mediación entre el enfoque ecológico y el sociológico. Estos Intentos se relacionan sólo indirectamente con la problemática que nos preocupa aquí y, además, su influencia innovadora es limitada, así que la trataremos sólo brevemente. La neoecología o ecología neoclásica, cuyo fundador es Amos Hawley, se esfuerza en abrir nuevos campos de investigación para la ecología más allá del ámbito específicamente urbano, sin renunciar sustancialmente a los principios “teóricos” ya elaborados por Park. Resulta casi demasiado fácil argumentar críticamente este enfoque.⁹⁰ Autores más próximos a nosotros, como Otis Duncan y Leo Schnore, proponen de nuevo la dimensión morfológica

de la ecología. Siguen siempre con un enfoque cultural muy reducido, repitiendo una vez más, también en la ecología neoclásica, la criticada dicotomía comunidad-sociedad.⁹¹ Por último, hay que recordar algunos enfoques que tienden a la revalorización de conceptos fundamentales elaborados por la Escuela ecológica. Por ejemplo, el concepto de área natural se empleó de nuevo por la *social area analysis*. Eshref Shevky y Wandell Bell, de hecho, se esfuerzan en situar en un ámbito exclusivamente social el concepto de área natural, superando los condicionamientos geográfico-espaciales impuestos por la ecología.⁹² Esta operación se basa en el uso de métodos estadísticos refinados para la elaboración de *census tracts* y en la adopción de tres variables-base: nivel social (*social rank*), urbanización y segregación. En relación con estas variables se clasifica a la población de una ciudad llegando a un resultado al que sería posible contraponer otros tipos de clasificación, fundados en variables distintas, sobre cuyo significado se podría discutir largamente.

Para establecer una elaboración de carácter teórico sobre la ciudad es sin duda más provechosa una nueva lectura de los ecólogos “clásicos” precisa mente porque sus preocupaciones teóricas y de Investigación estaban directamente relacionadas con el contexto urbano y porque su actitud metodológica, aunque simple, era en definitiva menos equivocada que la adoptada por sus epígonos.⁹³

IV. Park, Burgess y McKenzie: la ecología de la ciudad

1. M. Horkheimer y T. W. Adorno (eds.), *Lezioni di sociologia*. cit., p. 168.
2. C. Sandburg, *Chicago*, Edizioni Avanti!, Milán, 1961, p. 22.
3. Una de las más conocidas reseñas de los estudios empíricos de la Escuela ecológica de Chicago: J. Madge. *Lo sviluppo del metod di ricerca empirica in sociologia*. Il Muiino, Bolonia, 1966, cap. III, *La Scuola di Chicago attorno al 1930*. pp. 123 a 172. Véase también M. R. Stein, *The Eclipse of Community*, Harper & Row, Nueva York. 1964. cap. 1, *Robert Park and Urbanization in Chicago*. pp. 13 a 46, que contiene una interesante reseña de los estudios de la segunda generación de la Escuela, además de ofrecer una imagen muy animada de la Chicago universitaria y sociológica de los años veinte. Una preciosa antología de textos ecológicos fundamentales y de análisis críticos sobre el enfoque ecológico en el estudio de la ciudad, globalmente considerados, se debe a G. A. Theodorson (ed.). *Studies in Human Ecology*, Row Peterson and Co., Evanston, 1961; (versión castellana: *Estudios de Ecología humana*, Editorial Labor, S. A., Barcelona, 1974, 2 vols.).
4. La bibliografía de los escritos de Park es muy amplia; los principales textos se incluyen en la serie de tres volúmenes: *Rece and Culture* (1950), *Human Communities* (1952) y *Society* (1955) a cargo de E. C. Hughes. C. S. Johnson, J. Masuoka, R. Redfield y L. Wirth, editados en Glencoe por Free Press.
5. La expresión fue empleada por A. Tasi en *Saggi critici sulla sociología urbana*, Memo, Milán, 1967; el cap. y. "Il dibattito sulla Human Ecology", pp. 97 a 132, desarrolla una interesante discusión crítica sobre la Escuela de Chicago.
6. R. Park, 'La città: indicazioni per lo studio del comportamento umano nell'ambiente urbano (1915.1925).', en R. Park, E. W. Burgess, R. McKenzie. *La città*, Milán. 1967, p. 5. Este ensayo, que constituye una especie de "manifiesto" de la Escuela, inspiró las numerosas investigaciones empíricas sobre Chicago en aquellos años.
7. Véase el ensayo *Human Ecology* (1936). Ahora en *Human Communities*, cit., p. 147.
8. *Ibidem*, p. 148.
9. *Ibidem*, pp. 150 y 151.
10. *Ibidem*, p. 156.
11. *Ibidem*, p. 156.
12. R. Park, E. Burgess, H. McKenzie, *La città*, cit., p. 8. En el texto inglés se usa la expresión "crude external fact."
13. Véase también L. Reissman, *The Urban Process*, cit., p. 113. (Versión castellana, *El proceso urbano*, Editorial Gustavo Gili, S. A.. Barcelona, 1972.)
14. R. Park. "L'organizzazione della comunità e il temperamento romantico" (1925) en *La città*, cit., pp. 103 a 105.
15. R. Park "Human Ecology" (1936), en *Human Communities*, cit., pp. 153 y 261.
16. R. Park "L'organizzazione della comunità e il temperamento romantico", cit., p. 94 (cm.).
17. Véase también O. Martindale, .The Theory of the City., en *Community, Character and Civilization*, cit., p. 428.
18. R. Park. *L'organizzazione della comunità e il temperamento romantico*, cit., p. 106.
19. R. Park, "The Urban Community as a Spatial Pattern and a Moral Order" (1925), en *Human Communities*, cit., pp. 168 a 170.
20. R. Park. "Human Ecology", en *Human Communities*, cit., p. 151, y en particular, los dos ensayos aquí señalados: "Dominante" (1934) y "Succession" an Ecological Concepts" (1936), respectivamente en las pp. 159 a 177 y 223 a 232.
21. *Human Communities*, cit., p. 230. Para una ejemplificación concreta, véase los casos de sucesión señalados en el par. sobre E. W. Burgess.
22. R. Park, *Human Ecology*, cit., p. 158.
23. R. Park. *Human Ecology*, cit., p. 157 y "Sociology. Community and Society"(1929), en *Human Communities*, cit., pp. 178 a 209 (especialmente p. 181).
24. Véase, por ejemplo, "La storia naturale del giornale a La mentalità del vagabondo: riflessioni sul rapporto fra mentalità e locomozione." en *La città*, cit. pp. 73 a 88 y 139 a 144.
25. *Ibidem*, pp. 23 y 24, Park cita textualmente la definición de grupo primario de C. H. Cooley.
26. *Ibidem*, pp. 24 y 25.
27. Véase, en particular, los ensayos comprendidos en *Human Communities*. cit.: "Human Ecology", especialmente pp. 156 y 157, .Sociology, Community and Society", *passim*. "The City and Civilization" (1936), pp. 128 a 141.

28. *La città*, cit., p. 9. Es obvia la influencia durkheimiana; sobre todo del Durkheim de la *Divlsione del lavoro sociale*.
29. *La città*, cit., p. 41.
30. Hay que recordar aquí la centralidad de la noción de movilidad, entendida como característica fundamental del hombre urbano, factor de desarrollo de la sociedad y de negación de la "comunidad." "En la locomoción se desarrolla aquel tipo peculiar de organización que llamamos "social". La característica de un organismo social es la de estar constituido por individuos capaces de locomoción independiente... Naturalmente la sociedad está constituida por individuos independientes y capaces de locomoción; y, como ya se ha dicho, la locomoción define a naturaleza misma de la sociedad. Pero, para que en la sociedad exista permanencia y progreso. Los individuos que la componen deben ser localizados; sobre todo para mantener la comunicación, puesto que sólo a través de la comunicación es posible mantener aquel equilibrio inestable que llamamos sociedad." véase *La città*, cit., pp. 140 y 141.
31. *Ibidem*, pp. 24 y 25.
32. *Ibidem*, pp. 38 y 39. Park no duda en relacionar el desarrollo de la inteligencia con la movilidad territorial: "Ya está claramente reconocido que lo que llamamos generalmente falta de inteligencia en los individuos, en las razas y en las comunidades es a menudo el resultado del aislamiento; por otro lado, a movilidad de una población es sin duda un factor importantísimo en su desarrollo intelectual... *Ibidem*, p. 19.
33. *Ibidem*, p. 42. El punto nos recuerda la distinción durkheimiana entre normal y patológico.
34. *La città*, cit., pp. 22 y 23 (c.m.).
35. Véase el ensayo *Collective Behavior* (1924), en R. Park, *On Social Control Collective Behavior*, R. H. Turner (ed.), The University of Chicago Press. Chicago. 1967. pp. 226 y ss. Y *La città*, cit., p. 30.
36. Sobre la relación entre prensa, opinión pública, control e integración social véase, además del ensayo '*La storia naturale del giornale*' (1923). Ahora en *La città*, cit., pp. 73 a 87. Immigrant Community and immigrant Press. (1925); 'News as a Form of Knowiedges (1940); 'Morale and the News. (1941). ahora recopilados en *Society* (vol. III de *Collected Papera of R.. E. Park*), The Free Press, Glencoe, Parte II.
37. *La città*, cit., p. 24 y también p. 30.
38. Por tanto, es injusto sostener que Park sea un burdo materialista, obstinado en no querer considerar los problemas culturales como objeto importante de análisis. Es más correcto observar que su análisis es débil por lo que se refiere a las componentes mismas de la 'cultura' y en relación entre valor social y personalidad individual.
39. M. Willhelm observa una ambigüedad no resuelta en el estudio de las relaciones entre individual y colectivo. Es fácil constatar en Park y en sus sucesores la convicción de que los valores tienen una derivación psicológica y deben por ello ser excluidos de un análisis sociológico, coherentemente con la idea de que los ecólogos deben tener una perspectiva general y huir de todo esquematismo psicologizante. Véase M. Willhelm. 'The Concept of the "Ecological Complex": A Critiques', en *The American Journal of Economics and Sociology*, 23 (1964). n. 3, pp. 241 a 248.
40. Véase, por ejemplo, L. Reissman, *The Urban Process*, cit., p~ 102; M. A. Ailhan, *Social Ecology; A Critical Analysis*. Columbia Univ. Press, Nueva York. 1938 (versión castellana, *El proceso urbano*, Editorial Gustavo Gui. S. A., Barcelona, 1972, p. 117); W. Kolb: *The Social Structure and Functions of Citles*, cit., pp. 30 a 48.
41. M. A. Alihan, después de haber subrayado la importancia del carácter sociológico en muchos estudios ecológicos sobre el comportamiento desviado en el medio urbano, escribe: "Si se asume que las relaciones simbióticas corresponden a una determinada fase de la vida de grupo, es bastante difícil percibir cómo en el estudio de la organización "biológica y económica" de la comunidad se pueda abstraer la interdependencia orgánica y la vida común, basada en una mutua correspondencia de intereses, característica de la *comunidad*, de aquellas relaciones voluntarias y contractuales entre los hombres que se definen como *sociedad*.: véase *Estudios de comunidad y ecológicos*, recopilado en O. Theodorson (cd.), *Estudios de Ecología Humana*, cit., vol. 1, pp. 163 y ss.
42. A este propósito, véase E. C. Hughes, 'Robert E. Park's Views on Urban Society: A Comment on William L Kolb's Paper.', en *Economic Development and Cultural Change*, cit., pp. 47 a 49. E. C. Hughes polemiza con W. Kolb y defiende a Park también en lo referente a otras críticas que no mencionará aquí, puesto que tratan de temas que no incluimos en nuestra selección.
43. R. Park, *Human Ecology*, cit., p. 157.
44. *Ibidem*, p.158.
45. *Human Communities*, cit. p. 196.
46. Véase el ensayo "The City as a Social Laboratory" (1929), ahora en A. E. Park, *On Social Control & Collective Behavior*, cit., pp. 9 y 10.
47. *La città*, cit., p. 12.
48. *La città*, cit., p. 9. Se trata de uno de los ejemplos que inducen a algunos críticos a sostener que a Park y a sus colegas les movía un espíritu nostálgico por lo que se refiere a la desaparición de la comunidad, concebida como forma de vida, más o menos mítica y antecedente a la urbanización, en la que dominaban relaciones sociales de tipo primario.
49. *La città*, cit., texto y nota de p. 11. Donde se cita a H. Rickert. Véase también "Introduzione" de A. Pizzorno en la p. XVIII. Nótese que también para Durkheim la sociedad forma parte de la naturaleza y constituye su más alta manifestación, y, además, que el hecho de que conceptos e ideas tengan un origen social hace más bien presumir que no estén sin fundamento en la naturaleza de las cosas.; véase

Le forme elementari della vita religiosa, Comunità, Milán, 1963, pp. 20 y 21.

49. Algunas afirmaciones de Park según las cuales el concepto de área natural cumpliría la importante función metodológica de *frame of reference* y, gracias a esta función, los datos cuantitativos adquieren una nueva significación de carácter más general, favoreciendo la formación de hipótesis de trabajo extensibles a otras áreas del mismo tipo, son simples declaraciones de principio. Véase *Human Community*, cit. p. 198. Es interesante observar también que algunos investigadores señalaron la utilidad del concepto con el fin de resolver la vieja cuestión de la definición del barrio; véase L. Cavaill, *La città divise*, cit., p. 91.

50. M. Steln, *The Eclipse of Community*, cit., cap. 1, *R. Park and Urbanization in Chicago*, especialmente pp. 28 a 34.

51. P. Hatt, *El concepto de área natural* (1946), ahora en G. A. Theodorson (ed.), *Estudios de Ecología Humana*, cit., vol. 1, p. 181. La finalidad de este estudio es verificar la existencia de áreas naturales en una amplia zona residencial, exactamente la del centro de Seattle, que parecía presentar la variedad de elementos pronosticada en las características de la vivienda y en las de la población. Por área natural Hatt entiende "una unidad espacial habitada por una población, unida sobre la base de la relación simbiótica". De los datos recogidos se pueden evidenciar sólo dos: zonas, definidas de modo preciso en sentido espacial: una zona muy mixta y una zona, opuesta, muy homogénea blanca y de clase media, que corresponden respectivamente a áreas de menor y de mayor bienestar en la vivienda. Hatt no saca la conclusión de una total inaplicabilidad del concepto de área natural, en su versión "clásica" —según él— étnicamente orientada. Se demuestra, en efecto, la existencia de esquemas espaciales significativos para cada categoría para cada etnia, distintamente, que se puede traducir en una representación cartográfica de áreas naturales. Pero este concepto debe usarse con cautela.

52. Véase también H. W. Zorbaugh, *Las áreas naturales de la ciudad* (1926), ahora en G. A. Theodorson (ed.), *Estudios de Ecología Humana*, cit., vol. 1, p. 83-.

53. Park es el primer investigador que habla de urbanización en términos sociológicos, como proceso distinto del fenómeno ciudad: el primero en estudiar de manera profunda y sistemática, aunque siempre en clave ecológica, la urbanización en sus etapas, internas y externas a la ciudad, y en analizar la movilidad territorial individual y de grupo.

54. La Escuela de Chicago, como Max Weber, ve en el mercado una institución importante para el desarrollo de la ciudad.

55. E. W. Burgess. "Lo sviluppo della città: introduzione a un progetto di ricerca" (1923), en *La città*, cit. p. 49. Nótese que la *transition zone* fue el área más estudiada por los ecólogos urbanos, precisamente porque en ella se desarrollaron los más importantes fenómenos de patología social. En particular, en ella —en la Chicago de la época— se situaban el ghetto judío la Little Sicily la Chinatown y una Garte del Black Seit.

Para una buena interpretación-descripción del modelo Burgess véase a L. Reissman, *El proceso urbano*, cit., "Ecología de la ciudad", pp. 120 a 127.

56. Según una estimación de Burgess, en 1923, un flujo de entrada y salida que comprendía globalmente más de 500.000 personas animaba la vida cotidiana del Loop de Chicago.

57. Véase, entre los muchos estudios de la Escuela de Chicago: C. R. Shaw, *Delinquency Areas* (1929); F. Trasher, *The Gang* (1927); R. Faris y H. W. Dunham, *Mental Disorders in Urban Areas* (1939).

58. Está claro que esta aplicación tuvo lugar sobre todo en las ciudades norteamericanas. Pero más tarde este modelo sirvió también para ciertos estudios sobre ciudades europeas: como, por ejemplo, en 1943, un estudio sobre Budapest de E. O. Beynon y en 1952, una investigación de P. Chombart de Lauwe sobre París.

59. Por ejemplo, en 1939, H. Hoyt desarrollaba ya denominada teoría de los sectores proponiendo un diagrama en el cual las bandas circulares se interrumpían dilatándose del centro hacia el exterior, según formas irregulares de distinta profundidad.

60. Nótese que a la propia Chicago de los años veinte se adapta mejor un modelo semicircular.

61. *La città*, cit p. 49: "Es superfluo añadir que ni Chicago ni ninguna otra ciudad corresponden perfectamente a este esquema ideal. Algunas complicaciones surgen por la presencia del lago, del río Chicago, de la línea de ferrocarril, por factores históricos que actúan en la localización de la Industria, por el grado relativo de resistencia de la comunidad frente a las invasiones, etc..."

62. R. McKerzle, "The Scope of Human Ecology" (1926) en *On Human Ecology*. A. 1-4. Hawley (ed.), The University of Chicago Press, Chicago. 1968, p. 92. Véase también L. J. Haggerty. "Another Look at the Burgess Hypothesis: Time as an important Variable". en *American Journal of Sociology*, LXXVI (1971), n. 6, pp. 1084 a 1093.

63. Véase las críticas de M. R. Davie, *El modelo del crecimiento urbano*. G. A. Theodorson (ed.). *Estudios de Ecología Humana*, cit. pp. 139 a 162. y en defensa del artículo de J. A. Quinn, "The Burgess Zonal Hypothesis and Its Critics", en *American Sociological Review*, V (1940), n. 2, especialmente pp. 212 a 215.

64. Por lo demás, siguiendo esta línea se desarrollaron otras teorías que pueden considerarse más bien como modificaciones que como verdaderas y propias alternativas a la hipótesis Burgess: como por ejemplo la teoría de los núcleos urbanos de C. D. Harris y E. L. Ullman.

65. Véase L. Schnore, *The Urban Scene*, The Free Press, Nueva York. 1965, pp. 201 a 217; A. M. Guest. "The Burgess Zonal Hypothesis: The Location of White Collar Workers", en *American Journal of Sociology*, LXXVI (1971), n. 6, pp. 1094 a 1108.

66. Hay que recordar, más bien, que en los años sucesivos, sin duda alguna gracias a la influencia de L. Wirth, Burgess intentó precisar su intuición sobre la expansión urbana, aplicando el modelo de los círculos concéntricos a una institución que sufrió importantes transformaciones con el proceso de urbanización: la institución familiar. Véase E. W. Burgess, H. J. Locke, *The Family*, American Book Co., Nueva York, 1945, pp. 113 a 134.

67. D. Martindale, op. cit., p. 131.

68. R. D. McKenzie, *L'approccio ecologico alio studio della comunitá urbana*. (1925), en *La città*, cit., pp. 59 a 72.
69. *Ibidem*, pp. 62 y 83.
70. *Ibidem*, p. 66.
71. Véase A. 1-1. Hawley, 'Introduction' a R. D. McKenzie, en *On Human Ecology*, cit., p. XV1.
72. Véase R. D. McKenzie, *The Neighborhood: A Study of Local Life in the City of Columbus, Ohio (1921)*, fruto de una investigación sobre el terreno, ahora en *op. cit.*, pp. 51 a 93.
73. *L'approccio ecologico alio studio della comunitá urbana*, cit., p. 71.
74. *Ibidem*, p. 72.
75. E. W. Burgess, "Il lavoro di vicinato puó avere una base scientifica?". (1924), en *La città*, cit., p. 132.
76. R. Park, *La città: indicazioni per lo studio del comportamento umano nell'ambiente urbano*, cit., pp. 10 a 12.
77. Véase R. D. McKenzie, *The Neighborhood*, cit., p. 92.
78. A este propósito, W. H. Whyte señalará datos muy interesantes referentes al suburbio de clase media; véase *Luomo dell'argenizzazione*, Einaudi, Turín, 1960, especialmente la parte VII, pp 341 y ss.
79. A. H. Hawley, *Introduction*, cit., p. XVI.
80. Véase también A. N. Morrils, *Urban Sociology*. Alien and Unwln, Londrés, 1968, pp. 101 y se.
81. Véase los ensayos 'Spatial Distance and Community Organization Pattern' (1927) y "The Ecology of Institutions" (1936) en *On Human Ecology*, cit., pp. 94 a 101 y 102 a 117.
82. Hay que señalar que McKenzie fue uno de los primeros sociólogos en interpretar de forma sistemática los materiales y los datos relativos al proceso de desarrollo metropolitano. En 1933, los resultados de su esfuerzo aparecieron en el ensayo *The Rise of Metropolitan Communities*. Preparado para el President's Research Committee on Social Trends, y en la conografía *The Metropolitan Community*.
83. *The Metropolitan Community*, McGraw-Hill, Nueva York, 1933, p. 7.
84. *Ibidem*, p. 313.
85. L. Schnore sostiene justamente que Durkheim anticipó gran parte del trabajo teórico de McKenzie, particularmente los conceptos relativos a los orígenes de las comunidades metropolitanas: véase 'Social Morphology and Human Ecology', en *American Journal of Sociology*, vol. LXIII (1958), n. 6, pp. 620 y ss.
86. R. D. McKenzie, "The Rise of Metropolitan Communities", cit., ahora en *On Human Ecology*, pp. 302 a 305.
87. Véase el ensayo "Demography, Human Geography and Human Ecology" (1934). Ahora en *Human Ecology*, cit., p. 40.
88. F. Ferraron *Osservazioni sulla sociología urbana*, en *Roma da capitale a periferia*. Laterza, Sari. 1970, especialmente pp. 227 a 233; y del mismo autor, *Una sociología alternativa*, De Donato, Bari. 1972, pp. 174 y ss.
89. L. Wirth, *Human Ecology*. (1945), ahora en L. Wirth, *On Cities and Social Life*, A. Reiss Jr. (edi. The University of Chicago Press, Chicago, 1964, p. 186.
90. Véase, por ejemplo, A. H. Hawley, *Human Ecology. A Theory of Community Structure*, The Ronald Press Co., Nueva York, 1950, y del mismo autor *Human Ecology*, en *International Encyclopedia of the Social Sciences*, vol. 4, N.Y., 1968, pp. 328 a 337. (Versión castellana, *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, Aguilar 8. A. de Ediciones, Madrid, 1974, vol. 4, pp. 37 a 44.) Entre los aspectos fundamentales de su propuesta para una nueva ecología hay que mencionar: a) no se debe limitar la ecología al estudio de los modelos espaciales del comportamiento social, puesto que la cultura y el comportamiento humano son manifestaciones comunes del carácter biótico de la sociedad, *diferentes no en el género sino en el grado*; b) *ergo* la ecología debe ocuparse de todos los fenómenos sociales y, en particular, de la manera en la que la población se organiza en agregados; c) es necesaria una conexión directa y conceptual con la ecología animal y vegetal, puesto que la ecología humana, no es sólo el estudio de la forma y del desarrollo de la *comunidad* humanas, sino también el de los procesos que la llevan a la diferenciación y a la especialización.
91. Véase O. D. Duncan, 'Human Ecology and Population Studies'. en P. Hauser y O. Duncan (eds.), *The Study of Population*, The University of Chicago Press, Chicago, 1959, pp. 678 a 716 y O. Duncan y L. Schnore, 'Cultural, Behavioral and Ecological Perspective in the Study of Social Organization', en *American Journal of Sociology*, LXV (1959), ri. 2, pp. 132 a 153. Se trata de un artículo polémico que sufre de "panecologismo". Los autores critican el enfoque culturalista el behaviorismo y el funcionalismo. En lo referente a este último, por ejemplo, se subraya la eficacia del enfoque ecológico puesto que gracias a él, sería posible proponer una teoría funcionalista sobre base inductiva, fundada de forma empírica (*Ibidem*, p. 142). Por otra parte, no se alejan de las posiciones tradicionales de la ecología: tampoco nos convencen los beneficios que podrían derivar de este enfoque para el estudio de fenómenos sociales como, por ejemplo, la burocratización y la estratificación: 'La perspectiva ecológica se concentra en la organización como propiedad de un agregado y de una población. Evitando la

formulación de este problema en los términos de las características individuales y culturales, el ecólogo toma el agregado como su punto de referencia y deliberadamente se esfuerza en explicar la razón de las formas que la organización social asume en respuesta al cambio de las presiones demográficas, tecnológicas y ambientales. De esta manera, el ecólogo contribuye al mantenimiento de un interés *tradicionalmente sociológico* en la explicación de las formas de organización y de los cambios que allí se verifican. (*Ibidem*, p. 144, c.m.).

92. Véase E. Shevky / W. Bell, *Social Area Analysis*, Stanford University Press, Stanford, 1955, y W. Bell, *Utilidad de la tipología de Shevky para el diseño de estudios de campo de sub-áreas urbanas* (1958), ahora recopilado en G. Theodorson (ed.), *Estudios de Ecología Humana*, cit, vol. 1, pp. 405 a 418. Véase una excelente crítica y una reseña de esta temática en A. Tosí, "Il dibattito sulla Human Ecology", en *Saggi critici di sociologia urbana*, cit., pp. 97 a 132 y también la crítica de M. Castells, *La cuestión urbana*, Siglo XXI editores, Madrid, 1974, pp. 142 y ss.

93. Véase la pretensión de equiparar conceptualmente *power* y *dominance* en Duncan y Schnore, *Cultural, Behavioral and Ecological Perspectives*, cit., p. 139. Entramos en la abstracción más gratuita; falte totalmente el criterio de que el concepto de dominación es un concepto que expresa simplemente una "posición"; entonces está claro que puede utilizarse, al máximo como elemento interpretativo subsidiario, como indicador empírico que requiere un análisis sociológico más comprometido.

V. Segregación y urbanismo en la sociología de Louis Wirth

1. Sociología, consenso y acción social

Existen pocos escritos que comenten la obra de Louis Wirth y todos se caracterizaron, al menos durante un largo período de tiempo, por una convergencia de juicio. Wirth era el “acusado”, por decirlo de alguna manera, de no haber elaborado un sistema teórico y de falta de originalidad en aquella parte de su pensamiento dedicada al análisis de los problemas cruciales para la teoría sociológica contemporánea. En cambio, ciertas reseñas críticas más recientes tienden a revalorizar su contribución teórica, aunque siempre dentro del ámbito de una crítica radical de la sociología urbana. De todos modos, nos parece oportuna una corrección de la valoración que se ha hecho de este insigne sociólogo de la ciudad, precisamente para poder recuperar los principios más importantes, útiles a nuestros fines.¹

En primer lugar, es necesario subrayar que Wirth rehusó de forma deliberada concentrar sus esfuerzos en una dirección exclusivamente teórica. Y esto porque tenía *su propia* concepción de la importancia del Investigador en relación con los problemas de la ciudad.

En segundo lugar, hay que señalar que los distintos autores con los que Wirth dialogó —de Weber a Mannheim, de Toennies a Park— le proporcionaron las categorías fundamentales para el análisis de la sociedad, aportaciones que él asimiló y reelaboró en una forma peculiar. De hecho, las insertó dentro de un cuadro teórico que posee el mérito de evidenciar el problema del consenso como problema principal de nuestra sociedad.

Finalmente, en tercer lugar, es necesario señalar que precisamente este autor realiza algunas de las contribuciones “teóricas” más interesantes para aquella rama de la sociología que se ocupó de la vida urbana. Han pasado ya casi cuarenta años desde su famoso ensayo *Urbanism as a Way of life* (1938), pero quien se ocupa de la ciudad y, en particular, de la ciudad occidental no puede prescindir de él.²

Nuestro propósito aquí es centrar la atención propiamente en la sociología de la ciudad elaborada por Wirth. Esta selección está motivada por la convicción —ya explicada en otro lugar— de que para construir una teoría sobre la ciudad es necesario favorecer *también* una reflexión crítica de las contribuciones disponibles. Un trabajo preliminar de esta naturaleza, que intenta por un lado evidenciar las carencias, los puntos débiles y las incongruencias de los análisis “clásicos” y, por otro lado, individualizar en estos análisis conceptos e hipótesis estimulantes, puede parecer superfluo a quien estime preciso construir *ex novo* un sistema teórico. En efecto, esta necesidad parece fuere de discusión cuando se trata —como en este caso— de analizar y comprender una forma de organización social: la ciudad moderna, que en muchos aspectos es distinta de las formas analizadas en períodos antecedentes. Sin embargo, es necesario un presupuesto metodológico en cualquier análisis cuya finalidad sea la de preparar el terreno para una teoría de la ciudad: la ciudad es un producto histórico, es decir, un modo de organización de las relaciones sociales que están sujetas a transformaciones continuas y, por tanto, un modo nunca idéntico a sí mismo. Importantes mutaciones, tanto cuantitativas como cualitativas, caracterizan las distintas fases; pero, por otro lado, es difícil negar que entre una forma urbana y las formas sucesivas no existan conexiones. Es más, es difícil negar que coexistan, en cierto sentido, formas contemporáneas con formas anteriores. Como ejemplo podemos citar la existencia de los centros históricos y de la *city*, que todavía hoy condicionan con sus características el comportamiento de gran parte de los habitantes de la ciudad.

La forma urbana contemporánea ofrece al observador “nuevos” datos, que le permiten captar aspectos típicos, líneas de tendencia, uniformidad y contradicciones nunca registradas con anterioridad. Sin embargo, el cuadro general está totalmente por construir. La sociología urbana no logra actualmente resolver un problema fundamental, tan fundamental que peligran el significado y la autonomía de una disciplina. En realidad, se trata de formular una teoría capaz de interpretar la vida urbana en toda su complejidad. ¿Cómo contestar a problema tan difícil? Trabajando en varias direcciones. Una dirección que podría ser fecunda, insistimos, es precisamente la de volver a examinar, de forma crítica, lo que la

sociología ya ha dicho sobre la ciudad.

Una reseña crítica de la reflexión ajena presupone que la teoría formulada, por ejemplo, por Wirth sea, en cierta medida, la expresión de una *determinada* sociedad urbana. En efecto, su teoría tiene como referencia más general una sociedad que ha alcanzado un determinado grado de desarrollo, con sus problemas y con sus contradicciones Internas. Por otro lado, si aceptamos la hipótesis de que entre una forma urbana y las formas sucesivas existe conexión, no vemos por qué no podemos volver a utilizar, aunque críticamente, una perspectiva de análisis ya propuesta. Los aspectos de la vida de la ciudad occidental en los años treinta vuelven a presentarse parcialmente en la ciudad de los años setenta; la interpretación entonces propuesta puede ayudar, y no poco, a la resolución de los problemas de análisis que preocupan hoy a la sociología de la ciudad. Hay que tener presente, en particular, que ciertas fases típicas de la ciudad americana de los años treinta pueden presentarse en la ciudad Italiana contemporánea. El análisis elaborado para aquel tipo de ciudad podría entonces aplicarse, no sin éxito, a la comprensión de las características de nuestro desarrollo urbano más reciente.

Por lo que se refiere a la contribución de Wirth, hay que añadir que su formación cultural en el ámbito de la Escuela ecológica de Chicago y su acreditada experiencia de investigador en el sector de los problemas urbanos hace interesante y útil el examen de sus ensayos. Más bien debemos preguntarnos si es legítimo olvidar por completo aquella parte de su pensamiento que desarrolla un análisis sociológico general. Distinguir en un autor distintos sectores de análisis y privilegiar el examen de uno de éstos puede implicar ciertas falsificaciones desagradables. Intentaremos atenuar, aunque sea parcialmente, la arbitrariedad de una perspectiva selectiva con una breve síntesis introductoria.

El pensamiento de Louis Wirth, como estudioso de la ciudad, resulta complejo. De la estrecha relación de tres perspectivas nace su peculiar concepción del papel del sociólogo y de la sociología. Wirth es un observador atento que quiere elaborar análisis sobre fenómenos sociales, pero que no quiere elaborar un *sistema* teórico; es un profesor convencido más por la utilidad social del Conocimiento que por la indispensabilidad de la especulación pura; es, por fin, un *policy maker* que se enfrenta con la problemática política, postulando el uso del conocimiento científico con el objetivo principal de cambiar y reformar la Sociedad estudiada. Reinhard Bendix sostiene que la concepción de la teoría Sociológica de Wirth se debe a la influencia que Park y la Escuela de Chicago tuvieron sobre él. De hecho, Wirth está profundamente convencido de que un sociólogo debe percibir dentro de lo posible, de forma participativa, la experiencia vivida por los sujetos que estudia. Así pues, la sociología encuentra su objeto en las experiencias de la vida del hombre común. El peligro de inútiles y falsas abstracciones se evitará mediante una verificación empírica, que la experiencia directa del científico social ofrece.³

Wirth afirma luego que la tarea fundamental de la sociología es el estudio del consenso; es decir la comprensión del comportamiento condicionado por la vida de grupo regulada por valores fundamentales. El carácter de una sociedad se evidencia en la capacidad de los sujetos que la constituyen para comprenderse recíprocamente y actuar de forma solidaria en vista de objetivos comunes, obedeciendo a normas también comunes⁴ De hecho, Wirth asume aquella distinción entre comunidad y sociedad que estaba en la base de la elaboración teórica de la Escuela ecológica. "Lo que convierte cada *comunidad* en una *sociedad* parece ser el hecho de que la vida social del hombre comporta invariablemente cierto grado de comunicación".⁵ Es más, la posibilidad de desarrollar una acción colectiva a través de la participación de los miembros de una sociedad puede verse reducida seriamente a causa de los límites que encuentra la comunicación. El consenso puede quedar destruido por la progresiva debilitación de la comunicación entre Individuos y grupos que deberían actuar solidariamente,⁶ pero la destrucción del consenso lleva inevitablemente a la destrucción de la sociedad.

Este es el punto fundamental que Wirth subraya en toda su obra, tanto en sus estudios de sociología urbana, como en el análisis del problema racial y en los estudios de sociología del conocimiento.⁷ Este problema está relacionado con el profundo interés que Wirth demostró siempre por la defensa y la afirmación de la libertad Individual. Interés que se refleja en una concepción original de la importancia de los juicios de valor en la sociedad y en una interesante posición metodológica sobre el problema de las relaciones entre juicios de valor y conocimiento científico.⁸

Pero el individuo no puede separarse del grupo: el uno no tiene sentido sin el otro⁹ El individuo logra su libertad y la realiza sólo a través de su pertenencia a un grupo. Ahora bien, el dilema de una sociedad compleja como es la sociedad Industrializada y urbanizada está precisamente en la dificultad de defender este valor de la libertad. Dilema que se podrá resolver únicamente por medio de la voluntad de construir el consenso a través de un difícil proceso de discusión, negociación y continua Interacción social.

Para formar democráticamente este consenso en una sociedad de masas como la sociedad actual es necesaria, según Wirth, recurrir a una especie de Ingeniería social donde el sociólogo esté comprometido con el cumplimiento de un deber al mismo tiempo científico y cívico. Puesto que el consenso se basa esencialmente en el sentimiento de identificación con un grupo y en la libre participación de cada uno en la vida de la comunidad es importante aclarar la relación que existe entre consenso y medios de comunicación de masas. Wirth se preocupa además de subrayar los peligros del uso manipulador de estos canales privilegiados para la transmisión de valores, instrumentos formidables en las manos del poder económico, político y social. El problema fundamental es entonces el del control democrático de la masa *media*.¹⁰

También Wirth se había formulado la pregunta crucial: ¿Cómo se sostiene conjuntamente la sociedad? según él, la cohesión social proviene de la relación que une a los Individuos a un determinado ambiente. Cada individuo entra en relación con otro, relación caracterizada por cierto grado de solidaridad, en primer lugar, gracias a un contacto de carácter “material”. De este tipo de relación nace la comunidad en sentido ecológico. El principio de la división del trabajo y la competición económica para satisfacer los Intereses, tanto personales como comunes, constituye, junto con la cultura, la tradición y las normas, la base sobre la cual se puede fundar el consenso, concebido aquí como acción concertada, capaz de movilizar las energías de la colectividad.¹¹

Hay que señalar, sin embargo, que Wirth advertía que no era posible “construir” una acción colectiva consciente sobre bases de exclusiva naturaleza económica. De hecho, afirma que entre los individuos que mantienen relaciones de Interdependencia únicamente económicas (y espaciales) puede subsistir una distancia social y cultural. Nace así el problema de facilitar un proceso de integración social consciente, fruto de la tan proclamada participación colectiva en las decisiones. Pero es necesario añadir que Wirth no se propuso nunca indicar de manera más explícita cómo construir un orden social fundado en la participación generalizada, y que tampoco supo ver claramente los nuevos problemas que una sociedad de este tipo hubiera inevitablemente suscitado.¹²

Wirth tuvo, más bien, el mérito de sostener enérgicamente la esterilidad del conocimiento si éste no se utiliza para la acción política. También la planificación social se concibe como Instrumento para liberar a los individuos de los condicionamientos y de los límites puestos a sus libertades, es decir, la posibilidad de decidir de forma autónoma el propio destino. La planificación social se contempla de modo pragmático, como una técnica a utilizar para la organización democrática del consenso en una sociedad de masas.¹³ La sociología y las demás ciencias pueden ofrecer una contribución indispensable a la planificación, pero sólo si se tiene una concepción particular de las ciencias sociales. Realmente — hace notar una vez más Wirth—, el sociólogo es un verdadero científico si sabe experimentar los problemas en primera persona y sí se compromete directamente en su solución. Debemos reconocer que nuestro autor dedicó toda su vida profesional a este modo de concebir la sociología como acción social más que como ciencia abstracta.¹⁴

2. Wirth y la sociología urbana

Desde sus primeros escritos Wirth manifestó un vivo interés por los problemas de la vida urbana, juzgándolos como problemas típicos de nuestro tiempo.¹⁵ Y es con estos problemas con los que el investigador habrá de medirse si quiere cumplir con su deber de conocer para intervenir políticamente.

En 1925, cuando Wirth sólo tenía veintiocho años, publicó en el clásico *The City* una bibliografía razonada de sociología urbana que documentaba su amplio conocimiento en este campo y que será durante muchos años un instrumento indispensable de trabajo.¹⁶ En el mismo año redactó también *The Ghetto*, una obra que sólo aparentemente se sitúa dentro de la línea de las demás investigaciones de la Escuela ecológica por el hecho de concentrarse en el problema de la segregación dentro del ambiente urbano. *The Ghetto* es su tesis doctoral y se publicará tres años más tarde. En este estudio se revela el profundo Interés que Wirth demostraba por la historia, interés que, como veremos mejor, es uno de los motivos que lo apartan de los fundadores de la ecología urbana.

El compromiso “político” lo llevará —en 1937— a redactar como coautor el volumen *Our Cities: Their Role in the National Economy*, que constituye uno de los primeros esfuerzos empíricos de la sociología académica, con la finalidad de proporcionar al Gobierno federal norteamericano ciertos

conocimientos sobre la ordenación urbana nacional. En 1938 acabará su ensayo más famoso: *Urbanism as a Way of Life*, que puede considerarse como una de las contribuciones teóricamente más refinadas para la Interpretación de los fenómenos sociales presentes en la ciudad. Nótese, entre otras cosas, que este ensayo se escribió Cuando el autor era consultor del Committee on Urbanism of the National Resources Planning Board y cooperaba —desde 1935— con la administración Roosevelt en el renacimiento económico-social de su país de adopción. En años sucesivos Wirth se dedicará sobre todo al estudio de una perspectiva de análisis regional de las áreas urbanizadas; y en la posguerra se comprometerá a fondo en una actividad de planificación social de la ciudad de Chicago y del Estado de Illinois. Estudiará, en particular, el problema de las minorías raciales que siempre lo había apasionado.

Opinamos que es necesario ahora en nuestro estudio detenernos en dos textos: *The Ghetto* y *Urbanism as a Way of Life* (Urbanismo como modo de vida), puesto que son dos textos ejemplares de las tendencias clave del análisis wirthiano.

3. El “ghetto”

Con el término “ghetto” —escribe Wirth— se acostumbra indicar tanto el barrio judío existente en una ciudad, como aquellas áreas naturales de primer asentamiento formadas por los inmigrados de distintos tipos, por minorías que sufren esta forma de marginación.¹⁸ De aquí el Interés por este estudio que ofrece hoy la oportunidad de comparar tipos y formas distintas de segregación, además de constituir un ejemplo históricamente importante en el desarrollo de la sociología urbana.

La historia del “ghetto” es la historia del conflicto entre judío y “gentil”, un conflicto que se manifiesta en una pluralidad de formas (conflicto de grupo, conflicto individual) y que no excluye los fenómenos de atracción recíproca, además de los de repulsión. Pero para Wirth la historia del “ghetto” es también la historia de una institución social: así pues, los resultados de este análisis ofrecen posibilidades de generalización. Para el sociólogo “el “ghetto” representa un estudio de la naturaleza humana; revela los varios y sutiles motivos que conducen a los hombres a actuar como actúan. Al sociólogo le interesan menos los decretos emanados por los soberanos y los cuerpos legislativos, que los motivos fundamentales que los determinaron y las relaciones humanas que constituyen su expresión formal. El “ghetto” no es sólo un hecho físico, sino también una *forma mental*.”¹⁹ Esto significa que en el análisis de un hecho social es necesario tener en cuenta, con fines interpretativos, no sólo aquellos elementos susceptibles de elaboración estadística, sino también las normas y los valores culturales que forman la esencia del hecho social. Y esto permite sostener ulteriormente la originalidad del enfoque-Wirth. en comparación con la Escuela ecológica.²⁰ Y es precisamente en virtud del relativismo cultural —debido a los valores típicos de cada grupo étnico— como se explica la originaria segregación voluntaria del pueblo judío.

En los países occidentales, ya en la Alta Edad Media, sin que se hubiese registrado una intervención de las autoridades, numerosos historiadores observan la presencia de comunidades judías segregadas voluntariamente. La autosegregación se explica, en primer lugar, por motivos de orden general (la presencia de una comunidad separada era “funcional” para el tipo de orden social existente en la ciudad medieval), pero sobre todo por elementos de orden cultural (los Judíos para cumplir su precepto religioso necesitan de su *propia* organización comunitaria) y de orden económico (la profesión prevaleciente entre los judíos los aislaba en una parte determinada de la ciudad, tal como ocurría en aquel entonces con quienes ejercían otras profesiones).²¹

Al “ghetto” voluntario —debido, sin duda alguna, también al sentido de superioridad del judío frente a otros miembros de la comunidad— sigue más tarde el “ghetto” forzoso, que acentuará todavía más aquel aislamiento ya natural del pueblo Judío. Y precisamente a propósito de este segundo tipo de “ghetto” el análisis se hace particularmente agudo en el plano sociológico, gracias al uso inteligente de datos de naturaleza histórica. De modo particular, cuando Wirth describe las relaciones existentes entre el ambiente “comunitario” segregado y la personalidad.

El aislamiento social forzoso y la endogamia, basada en normas de carácter religioso escrupulosamente observadas, contribuyen de modo determinante a formar el tipo social del judío. “La combinación de los distintos caracteres de la existencia del “ghetto” tendía a desarrollar y a perpetuar un tipo de Judío definido... Uno de estos aspectos lo constituían los grandes esfuerzos realizados para casar a cada miembro del grupo: no existían restricciones rigurosas contra matrimonios entre parientes

próximos, muy al contrario, se alentaba frecuentemente estos matrimonios²². La endogamia comportará, sin embargo, efectos degenerantes: el porcentaje de enfermedades mentales —según Wirth— era, de hecho, excesivamente alto entre la población judía.

El conjunto de condiciones desfavorables que caracteriza la vida de los judíos relegados en el “ghetto” los marca incluso físicamente (por ejemplo, con la denominada curva del “ghetto” se indicaba la incapacidad de sostener la espina dorsal erguida a causa de la debilidad física general), los acostumbra a un comportamiento determinado y a asumir determinadas actitudes. “Siglos de confinamiento en el “ghetto”, de ostracismo social, de Incesantes sufrimientos, son factores que originaron un tipo psíquico característico, que se manifiesta en aquella máscara expresiva considerada peculiarmente “judía”²³.

A todos estos factores se añaden otros caracteres adquiridos, que no se transmiten de forma hereditaria, pero que tipifican a los ojos de los gentiles el grupo social judío. Entre estos caracteres tenemos la famosa y peculiar “orientación de la atención”, es decir, la dirección de las costumbres y de los intereses de los judíos formados durante siglos de vida en común dentro de áreas urbanas segregadas.²⁴

El tercer momento históricamente importante del “ghetto” judío es el del denominado “ghetto moderno”. Esta forma es cronológicamente sucesiva a la del “ghetto” voluntario y a la del “ghetto” forzado y se relaciona con la historia de los judíos en América. El “ghetto moderno”, en cierto sentido, ya no es un refugio institucional ofrecido a los judíos en un ambiente que les es hostil, sino más bien una forma de segregación temporal característica de todo movimiento de inmigración. Pero con todo esto no desaparece el *Judenschmerz*. El sentimiento de exclusión que sufren y que generan los judíos vuelve a estar presente en esta “nueva sociedad”, a cuyo crecimiento el judío podía y debía contribuir, junto a otros grupos étnicos, en un plano de sustancial autonomía. Se cumplirá así un proceso de emancipación (y de “modernización”) de los propios valores tradicionales, aunque este proceso tendrá para sus protagonistas un coste notable, incluso psicológico.²⁵

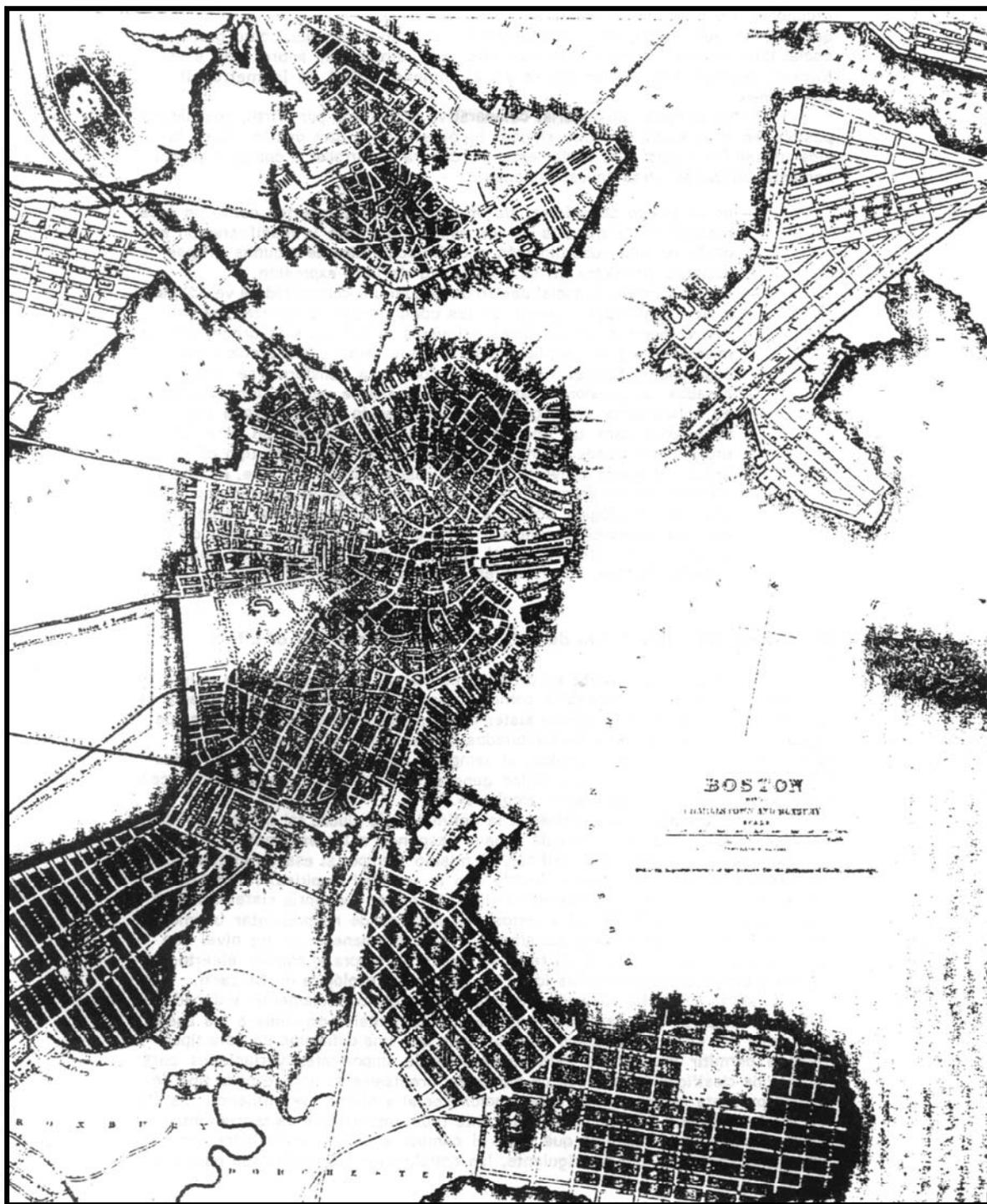
No obstante, en la sociedad americana, siempre dispuesta a aceptar cualquier transformación, se evidencian ciertos valores y ciertos prejuicios de forma más radical que en otros lugares, Incluso cuando no existe manifiestamente presión racial alguna; en lo más profundo de la psiquis hebraica vive siempre el *Judenschmerz* como componente cultural esencial. Se desarrolla así en los adultos de la segunda generación de inmigrantes una tendencia a asumir de nuevo aquellos modelos tradicionales de comportamiento que habían sido abandonados. Por consiguiente se puede avanzar la hipótesis de que “la integración social no tiene lugar a nivel de individuos, sino a través de la mediación de grupos, cuya característica esencial es la de basarse en criterios adscritos, o casi adscritos, como la religión. La segregación ecológica no es ya un indicador de exclusión y de marginalidad (como ocurre todavía en el caso de los negros), sino el resultado de la voluntad de ciertos grupos de mantener una identidad propia.”²⁶

Para concluir esta rápida síntesis creemos necesario subrayar los límites y el valor de esta obra “menor” del Wirth sociólogo urbano;²⁷ es el único libro de su amplia producción escrito bajo la forma de ensayo breve. Hay que hacer notar *In primis* que la hipótesis tan calurosamente sostenida por Wirth — es decir, la tendencia hacia la plena asimilación del grupo judío en una sociedad abierta—, se reveló sólo parcialmente válida. La comunidad judía se encierra en sí misma y tiende a restablecer, aunque sea con la adopción de comportamientos y valores nuevos, el ‘ghetto’ denominado voluntario. Todo esto se expresa en una forma de auto segregación donde —a diferencia de lo que ocurre, por ejemplo, con el grupo étnico negro— el grupo hebraico está en posición de plena participación en los beneficios sociales y económicos ofrecidos por la sociedad americana. Y, al mismo tiempo, está animado por una decidida voluntad de preservar su propia integridad, diferenciándose bajo varios aspectos. Sin embargo, hay que reconocer que Wirth supo ver ya en los años treinta la existencia de tendencias que, por un lado, mantenían y reforzaban la comunidad hebraica como grupo social diferenciado, mientras que, por otro lado, empujaban, sobre todo a las Jóvenes generaciones, a sumergirse en el inmenso crisol de la metrópoli americana.²⁸

Sobre la base del material comparativo acumulado por Wirth, nos parece posible, en este punto, formular algunas hipótesis útiles para una teoría de la vida urbana (hipótesis que, obviamente, se deberá desarrollar o corregir oportunamente utilizando otras investigaciones):

- no se puede considerar, sic *et simpliciter* el “ghetto” como un área natural; en la mayoría de los casos constituye la manifestación evidente de una subordinación económico-política de algunos grupos sociales, limitados en su posibilidad de libre expresión;
- la organización espacial dentro de la cual una comunidad se ve obligada a vivir contribuye —

dadas ciertas condiciones— a reforzar los valores, a modelar las actitudes psíquicas e, incluso, a favorecer en sus miembros algunas profesiones más que otras. Estos efectos de segregación forzosa tienden a perdurar y a transformarse, una vez cesadas las presiones externas, en causas de segregación voluntaria; — en condiciones prolongadas de segregación (tanto forzosa como voluntaria) nace un tipo de personalidad, divulgado en el



ambiente urbano, que puede definirse del *hombre marginal*. Este tipo de personalidad puede convertirse en un rasgo cultural; así que, incluso la totalidad de un grupo étnico asume la marginalidad como componente social y psicológica, componente que puede transmitirse de generación en generación, condicionando el comportamiento social de los miembros de este grupo (“el “ghetto” no es sólo un hecho físico —decía Wirth—, sino también una *forma mentis*”).²⁹

4. Urbanismo como modo de vida (“Urbanism as a Way of Life”)

En este ensayo Wirth se propone colmar el vacío teórico que existe en relación a la ciudad concebida como entidad social. De hecho, se lamenta de que “no tenemos todavía un *corpus* sistemático global de hipótesis sintéticas que puedan derivar de una serie de postulados contenidos implícitamente en una definición sociológica de la ciudad, ni tampoco hemos logrado abstraer estas hipótesis del conocimiento sociológico general que poseemos y que puedan con firmarse mediante la Investigación empírica”.³⁰

Intentaremos ahora aclarar si la definición de ciudad tal como se elabora en este “clásico” de la sociología urbana responde a las exigencias teóricas mencionadas e intentaremos verificar, al mismo tiempo, si esa definición puede mantenerse en la confrontación directa con la realidad empírica. Tanto Max Weber como Robert Park habían ya intentado formular una teoría sistemática en este campo, pero Wirth acusa a estos dos autores de no presentar un modelo teórico organizado de manera satisfactoria y de permanecer en un nivel que sólo se aproxima a la teoría. En realidad, Wirth no ignora el camino abierto por Weber y utiliza ampliamente las ideas de la Escuela ecológica de Chicago.

Wirth advierte además que una definición correctamente enfocada no debería considerar sólo las características fundamentales comunes a los asentamientos que se califican como urbanos, sino que una definición de este tipo debería permitir también la individualización de importantes variaciones para lograr una clasificación de tipos de ciudades, precisamente porque cada tipo de ciudad presenta su manera de organización social y ejerce una influencia distinta en sus habitantes.³¹ Wirth nos propone, ante todo, una especie de teoría “intermedia”, un modelo dinámico que abra el camino a nuevas investigaciones empíricas y prepare, por consiguiente, las condiciones indispensables para una acción social innovadora e incisiva sobre situaciones y problemas específicos y diferentes. Por tanto, insiste en la exigencia de distinguir tanto el urbanismo de la urbanización, como el industrialismo del capitalismo moderno. El urbanismo indica aquel conjunto de elementos que forma el característico tipo de vida de la ciudad, mientras que la urbanización denota “el desarrollo y la extensión de estos factores”:³² presumiblemente (aunque Wirth no lo diga), en términos de influencia y de atracción de población en relación con las áreas no urbanas, es decir, en términos verificables cuantitativamente. El urbanismo, concebido precisamente como típico modo de vida social, existió en aquellos asentamientos que deben considerarse ciudad, aunque no habían nacido todavía ni la tecnología mecánica, ni la producción estándar, ni la organización del trabajo formalmente libre. Todos estos últimos factores son responsables, en cambio, del desarrollo urbano moderno.

Se llega así a la propuesta de una *definición mínima* de ciudad, donde la combinación de número, densidad y heterogeneidad social de la población proporciona un nuevo criterio definidor: “para fines sociológicos, una ciudad puede definirse como un asentamiento relativamente grande, denso y permanente de individuos socialmente heterogéneos”.³³ Esta definición sugiere, como dice Wirth, algunos postulados. De estos postulados se intenta deducir una teoría del urbanismo formulada dentro del marco del conocimiento disponible en aquel entonces sobre grupos sociales.

Veremos más adelante si es correcto calificar esta definición como sociológica. En cambio, es necesario remarcar, desde ahora, que Wirth concentrará todo su análisis en la ciudad moderna, dejando de lado de forma sistemática el propósito de desarrollar un tratamiento meta histórico de la ciudad. Esta teoría del urbanismo se presenta como un modelo poliédrico. Es simultáneamente una teoría de la ciudad de molde durkheimiano (por ejemplo, la anomia y la formalización de lo social en las Instituciones se proponen como momentos de reflexión para quien estudia la influencia de la ciudad en la ordenación estructural de la sociedad) y una teoría de la ciudad en sentido demográfico que, sin embargo, estudia también la influencia del ambiente urbano sobre la personalidad, siguiendo las líneas de interpretación psicosociológica inauguradas por Simmel. Wirth deduce, en efecto, de los caracteres propios del fenómeno urbano elementos sugestivos para la interpretación de los procesos sociales tanto a nivel “estructural” como a nivel “de conocimiento” y “de comportamiento”.³⁴

Además, la influencia de la ecología urbana en Wirth es evidente. En la primera hipótesis formulada el tipo de vida urbana —es decir, una forma, una calidad, para decirlo de alguna manera, del comportamiento social— se relaciona con factores cuantitativos como el número y la densidad de los habitantes. Esta forma de determinismo, típica de los fundadores de la Escuela de Chicago, será moderadamente atenuada por la afirmación de que las Instituciones sociales, y asimismo el tipo de vida urbano, pueden desarrollarse separadamente de los factores materiales y ambientales que los han originado.

Wirth analiza luego el número y la densidad de los habitantes como factores separados, puesto que tienen efectos distintos bajo el perfil social. Un número elevado de habitantes genera varias consecuencias. En primer lugar, “un gran número de habitantes implica, una mayor extensión de las variaciones individuales. Además, cuanto mayor sea el número de Individuos que participan en un proceso de interacción, tanto mayor será la diferencia *potencial* entre ellos”.³⁵ Así pues, a pesar del ambiguo subrayado del atributo “potencial” en el texto de Wirth, puede parecer que la heterogeneidad social de los habitantes desciende hasta el rango de variable dependiente de la dimensión cuantitativa del agregado urbano. La Influencia parkiana no sólo queda reconfirmada, sino reforzada cuando se sostiene inmediatamente después que: a) de la heterogeneidad nace la segregación espacial en la ciudad y, por tanto, la división del ambiente urbano en áreas naturales;³⁶ b) que la solidaridad típica de la comunidad rural es sustituida en la ciudad por los mecanismos de competición y de control social formalizado.

En segundo lugar, basándose explícitamente en Weber y especialmente en Simmel, el gran número de habitantes y, por tanto, “la multiplicación de las personas en recíproca interacción en condiciones que Imposibilitan el contacto como personalidades completas producen aquella segmentación de las relaciones humanas que a veces algunos estudios de la vida espiritual de la ciudad tomaron como una explicación del carácter “esquizoide” de la personalidad urbanas”.³⁷ El habitante de la ciudad está condenado, como un nuevo Tántalo, a encontrarse con muchos, pero a permanecer siempre solo, precisamente porque la relación con los demás, esencial para aquella parte de la personalidad que tiene una naturaleza social, se racionaliza y se hace cada vez menos emotiva, transformándose en una dirección utilitarista. El contacto social en el ambiente urbano es superficial, anónimo y rápido; nace así la personalidad típica del habitante de la ciudad que se manifiesta externamente en la actitud *blasé*, y en la tendencia a transformar incluso los vínculos de amistad en un instrumento para su realización con finalidades egoístas. Además: el número de habitantes no sólo impide un conocimiento directo y profundo, sino que obliga también a la comunicación a servirse de medios indirectos. Los procesos de representación y de delegación constituyen en la ciudad el único modo a disposición de los habitantes para defender sus propios intereses. Por lo que se refiere a la Importancia social de la concentración de habitantes en un espacio X, Wirth se limita a referirse a Durkheim (el Durkheim de la *División del trabajo social*), el cual declara que a un aumento de densidad demográfica corresponde diferenciación y especialización: únicas soluciones al problema de la supervivencia de sociedades en continua expansión. “La densidad, por tanto, refuerza los efectos del número en la diversificación de los hombres y de su actividad y en el aumento de la complejidad de la estructura social”.³⁸ Sin embargo, surge la sospecha —también a la luz de otras proposiciones que ilustran las consecuencias sociales de la variable densidad— de que exista conceptualmente una superposición entre número y densidad: el número de los habitantes, de hecho, no parece tener las consecuencias sociológicas que se le imputan mientras no se le considere en relación a un determinado espacio-ambiente (dotado de un número Z de recursos).

El espacio, de hecho, se convierte en un patrimonio raro que adquiere un valor económico distinto en las distintas partes de la ciudad. El espacio condiciona la organización social de la ciudad en el sentido de que Influye, con su valor económico, en la distribución de los habitantes y en su comportamiento cotidiano, estableciendo en qué lugar deben residir, en qué lugar deben trabajar, etc. La falta de espacio obliga a frecuentes relaciones y ello facilita el conocimiento de las situaciones sociales y culturales contradictorias. La falta de espacio genera congestión en el movimiento de los habitantes; surgen así tensiones y problemas que la ciudad moderna no logra solucionar fácilmente.

Wirth desarrolla asimismo algunas consideraciones que conciernen a la heterogeneidad sociocultural de los habitantes de la ciudad.³⁹ Con este término se refiere a las diferencias raciales y étnicas, de idioma, de renta y de *status*. Las ciudades —como ya había dicho Park— atraen a tipos diferentes, viven de estas diferencias y, además, subrayan la tipicidad de sus habitantes. Con este carácter se relaciona también la fuerte heterogeneidad de los grupos sociales presentes en el *milieu* urbano. Como se decía cada individuo debe afiliarse a una pluralidad de grupos que satisfacen diversas funciones, en conformidad con las diversidades de las exigencias y de los Intereses de cada uno. Ocurre así que esta pertenencia pluralista excluye la devoción total del Individuo a un grupo y que la movilidad social implica una ulterior mutación en las pertenencias.

La sociedad urbana se compondrá, dentro de un corto espacio de tiempo, de organizaciones que suplen la incapacidad del individuo de percibir su posición en el conjunto social y que tutelan sus Intereses, representándolo. Pero, al lado de estos grupos Institucionales que son el armazón de la

ciudad moderna, existen también las “masas fluidas”, constituidas por aquellos individuos que no forman parte de ninguna organización. El cambio social en el ambiente urbano se relaciona, en amplia medida, con las dificultades —para los agentes del control social— de prever el comportamiento colectivo de estos habitantes no integrados. Esta última hipótesis se puede, sin embargo, invalidar con bastante facilidad, porque es demasiado genérica en su formulación. De hecho: e) los grupos sociales institucionalizados que dirigen económicamente la ciudad moderna en Occidente toman, en la mayoría de los casos, decisiones que condicionan su desarrollo tanto económico como social; b) las “masas fluidas” juegan a menudo un papel de aceptación pasiva y están sometidas a la tendencia niveladora del “proceso de despersonalización” relacionado, más o menos, según lo que sugiere el propio Wirth con la economía urbana: una economía basada en la moderna tecnología, en la producción de masas y en un mercado impersonal de amplísimas dimensiones;⁴⁰ c) en la colectividad urbana el comportamiento social es, en definitiva, mucho más previsible de cuanto permite suponer la variable de la heterogeneidad. Esto significa que tanto la acción del proceso del control formal —a relacionar, según Wirth con estos grupos no mejor identificados que “componen la estructura social de la ciudad”—, como la *routine* cotidiana de la vida urbana, que es, en definitiva, un “corolario” de la acción de estos grupos, cumplen satisfactoriamente con la tarea de mantener “integrada”, durante largos períodos de tiempo, la organización social ciudadana.

Hay que añadir, no obstante —y el mérito es de Wirth— que los puntos centrales de su investigación nos devuelven al problema del consenso y al dramático contraste entre la exigencia de libertad del individuo y la necesidad de forzar, “de subordinar una parte de su individualidad a las exigencias de la comunidad más amplia y, en esta medida, sumergirse a sí mismo en el movimiento de masas”⁴¹ De hecho, ésta es la única condición para que se verifique una participación social y política del individuo en la vida de la ciudad.

5. Wirth y la ecología

Muchos Investigadores de la ciudad suscitaron una amplia discusión referente a las afirmaciones contenidas en este ensayo, criticándolo desde el punto de vista empírico y teórico. Se sostuvo, por ejemplo, basándose en investigaciones empíricas, que la integración social en el contexto urbano no tiene lugar, predominantemente como decía Wirth, entre titulares de cargos “impersonales”. La población urbana no se halla constituida únicamente por sujetos que entran frecuentemente en contacto de manera superficial y transitoria, orientando su comportamiento sólo en una dirección utilitarista, bajo el perfil económico. La desaparición de vínculos afectivos y la soledad del habitante de la ciudad serían las primeras consecuencias de este modelo de vida urbana trazado por Wirth, que tendría, sin embargo, más el valor de “mito” que el de una proposición con base científica. En efecto, numerosas Investigaciones efectuadas en diferentes ciudades norteamericanas demuestran que la interacción social es frecuente y que los grupos primarios son numerosos y juegan un papel importante en la vida de cada día.⁴² Las afirmaciones de Wirth se refieren —según estos críticos— más bien a situaciones excepcionales: en la realidad los vínculos amistosos existen, se establecen entre vecinos y no son necesariamente funcionales al cálculo utilitarista y a la carrera profesional. También las relaciones familiares serían susceptibles de una más eficaz interpretación si se hubiese adoptado el concepto de familia extensa modificada, en cuyo seno aparecen frecuentemente relaciones de mutua ayuda y de asistencia.

A esta clase de estudios que, entre otras cosas, tienden a medir cuantitativamente la frecuencia de la interacción entre individuos con el fin de invalidar las hipótesis Wirth, se ha objetado justamente,⁴³ en primer lugar, que Wirth se preocupa de manera explícita de la *calidad* de las relaciones y no de su *frecuencia*,⁴⁴ y, en segundo lugar, que estos críticos se concentran exclusivamente, o casi exclusivamente, en las relaciones amistosas y de parentesco, mientras que Wirth se ocupaba de toda la red de relaciones sociales del habitante de la ciudad. Por otro lado, las relaciones sociales de tipo secundario ocupan indiscutiblemente una amplia parte de la vida cotidiana; baste pensar en la importancia de la experiencia del trabajo, en el comportamiento de consumo y en el tiempo libre. Pero, Incluso la más reciente, o quizá la más sistemática confrontación de la hipótesis wirthiana con la realidad investigada de forma empírica, la de O. Fischer, no permite una valoración verdaderamente

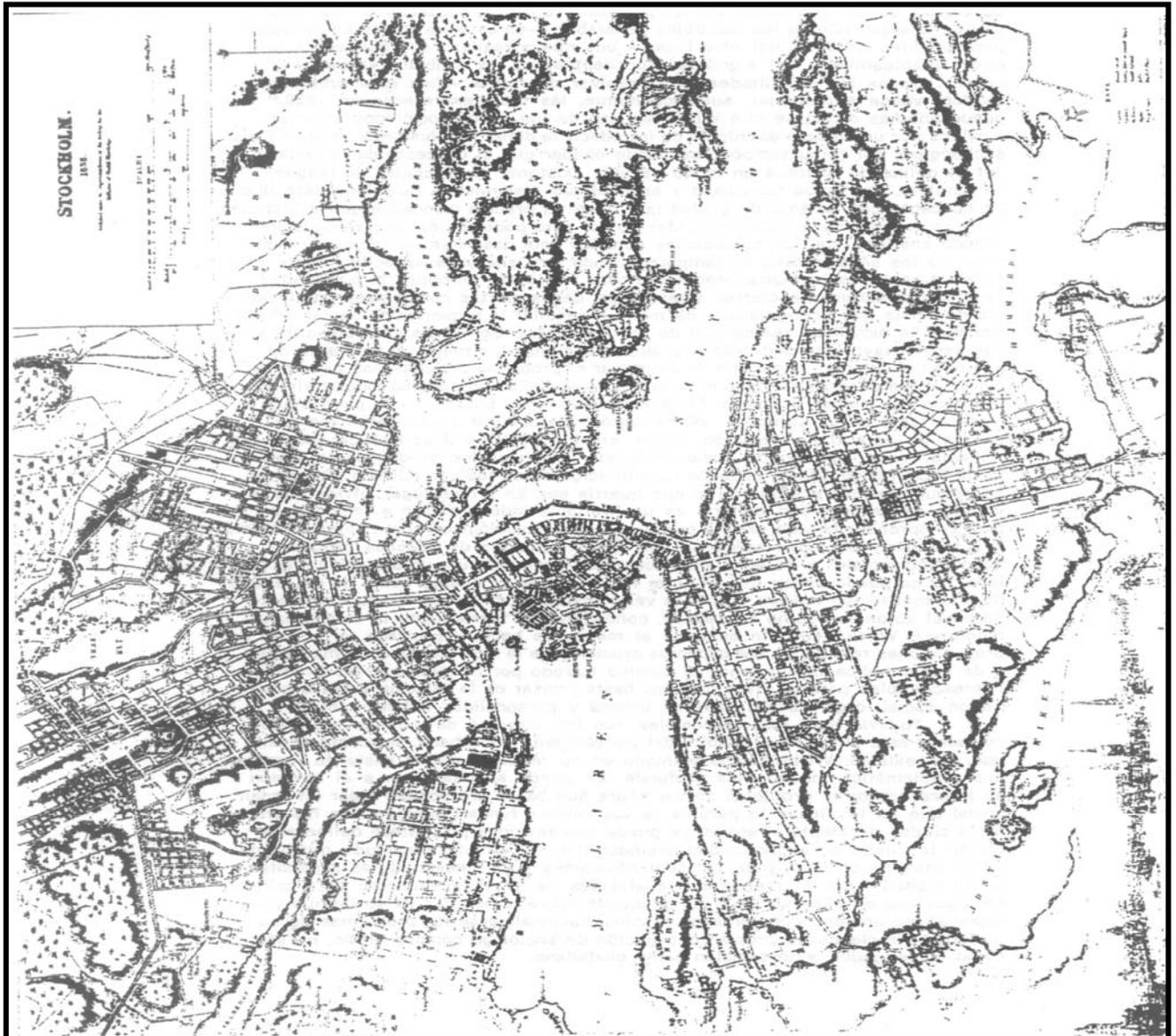
definitiva.⁴⁵ Fischer señala justamente; que en la mayoría de los fenómenos que Wirth asocia al urbanismo no se evidencian datos útiles para una verificación precisa; entre otras cosas, muchas investigaciones no permiten distinguir claramente el urbanismo de la urbanización, los efectos sociales de la vida en la ciudad del movimiento hacia la ciudad. Sólo se puede afirmar, con reserva, que el análisis de Wirth es correcto sobre todo en lo referente a los aspectos críticos de la vida social en la ciudad, y particularmente cuando se ocupa de la desviación. Por otro lado, es necesario especificar que muchas observaciones son aplicables sólo a las clases socialmente inferiores (en especial, las consideraciones sobre la desorganización social) y a las superiores (por ejemplo, las observaciones sobre la racionalidad del temperamento urbano y sobre la actitud *blasé*), pero no se pueden extender, en cambio, con toda seguridad a la masa de habitantes pertenecientes a estratos sociales intermedios. Además, Wirth no explica por qué el malestar endémico de la dimensión urbana de la sociedad no se traduce en un empeoramiento del conflicto social. No explica con claridad cuáles son los mecanismos que influyen en la negación de la integración y de la unidad social de la ciudad. Tiene más éxito aquella parte de la crítica que imputa a Wirth querer conciliar a toda costa el urbanismo con el ideal norteamericano del consenso y con la exaltación acrítica del proceso de progresiva individualización de la vida ciudadana. Las dudas más serias son, entonces. Las que se refieren a los aspectos teóricos de este ensayo.

Entre estas críticas la más importante es aún hoy la que formuló Herbert Gans, quien hace a Wirth una crítica cerrada, basada bien en lo empírico, en cuanto que utiliza un análisis secundario de investigación, bien en lo teórico, en cuanto que se propone dismantelar la definición de ciudad articulada sobre las tres conocidas variables.⁴⁶ Según Gans, del análisis del ensayo de Wirth se deduce que el carácter urbano es el carácter fundamental de toda la sociedad. Y esto está fuera de toda duda, puesto que escribía: «la dirección de los cambios que se desarrollan con el urbanismo transformará, para bien o para mal, no sólo la ciudad, sino el mundo entero». El análisis de Wirth sería entonces un análisis que no diferencia los estilos de vida existentes en la ciudad de los que existen en asentamientos de otros tipos presentes en la sociedad moderna. Wirth, sostenía además, que el sistema social urbano se asimilaba progresivamente a la definición de *Gesellschaft*, dada por Toennies, tendencia que, según algunos, él habría considerado indeseable.

Si en tiempos de Wirth una comparación entre asentamientos preurbanos podía ser útil a las finalidades teóricas, hoy —siempre según Gans— quien estudie la ciudad tiene el deber de comparar los distintos tipos de asentamientos existentes dentro y fuera del contexto urbano. Y Gans señala particularmente la importancia, de dos procesos que Wirth no tomó en consideración: el movimiento de descentralización de la industria y el importante desarrollo de los suburbios; añade asimismo otras críticas de menor importancia.⁴⁷ Sin embargo, Gans olvida o menosprecia algunos elementos importantes del ensayo de Wirth. Así pues, su crítica, a nuestro parecer, será sustancialmente útil en un solo punto.

Urbanismo como modo de vida nació para satisfacer unas exigencias teóricas; la valoración reductora de Gans no puede aceptarse porque Wirth, por un lado, desarrollaba su análisis después de una larga experiencia de investigación⁴⁸ que le proporcionaba un amplio conocimiento de la realidad urbana en sus múltiples aspectos y, por otro lado, porque conocía como pocos la literatura de la ciudad. No es justo además sostener que en este ensayo se evidencia demasiado la problemática social, política y económica de los años en que fue escrito.

Wirth estaba atento a los cambios del sistema social en aquellos años y en los sucesivos. En 1951, señalaba que los procesos de descentralización de la industria y el de la expansión de los suburbios generaban —en Estados Unidos en particular, pero también en cualquier otro lugar— una nueva realidad que obligaba a un nuevo planteamiento del significado conceptual de los atributos “urbano” y “rural”. Dadas las dificultades para resolver de forma válida este problema teórico, volvía a proponer, sustancialmente, las tesis expresadas en 1938.⁴⁹ No puede además olvidarse que Wirth fue uno de los pocos sociólogos urbanos movidos por un sincero escrúpulo de introducir la dimensión histórica en el análisis sociológico; así como tampoco se puede olvidar que el concepto de urbanismo por él delineado expresa un modo de vida existente en la ciudad de masas, consumista, de ritmos convulsos y en continuo crecimiento. Relaciona este tipo de concepto con un tipo de ciudad que tiene su precisa colocación en la historia de la sociedad urbana occidental. Mas no por esto podemos dar la razón a Gans cuando sostiene que las condiciones sociales aquí descritas son típicas y exclusivas de los años treinta. Ni tampoco cuando sostiene, más específicamente, que los habitantes de la ciudad norteamericana no tenían *entonces* la posibilidad de efectuar libremente ciertas selecciones, dadas ciertas condiciones contingentes de crisis que “congelaban” de manera peculiar la organización social!



urbana, frenando la movilidad residencial de los habitantes. Sería más correcto afirmar que este ensayo está dedicado a la ciudad occidental, o mejor, al habitante de la ciudad occidental, con el fin de comparar el problema del consenso democrático con la nueva dimensión económica, política y social de un sistema industrialmente avanzado que tiende a coartar la libertad individual. Entonces nos parece aún más correcto preguntarnos si Wirth logró individualizar en su definición las causas de esta transformación, cuyos efectos sociales describió de forma tan brillante. Y es aquí donde Gans evidencia la principal debilidad de la tesis Wirth.⁵⁰ De hecho, Wirth, basando su definición sobre todo en número y densidad, se demuestra más ecólogo de lo que querría ser. En primer lugar, olvida que la variable heterogeneidad cultural es una variable Independiente e Importante para comprender la vida urbana con un enfoque sociológico⁵¹ y, en segundo lugar, que número y densidad son a su vez simples efectos de aquellos procesos económico-sociales y de aquellos valores que acompañan la urbanización. Por otro lado, no se puede omitir que el autor nos habla de su ensayo como de un *intento* de sistematización teórica y que las variables que indica juegan indudablemente un papel autónomo como concausas, condicionando fuertemente la vida urbana moderna.⁵² Wirth tiene sin embargo el mérito de haber organizado un cuerpo de proposiciones relativas a los aspectos cruciales de la vida urbana contemporánea y de haber indicado, siguiendo el camino trazado por los clásicos, las líneas imprescindibles para la investigación: basta pensar en la relación entre organización social, organización espacial urbana y personalidad del habitante.⁵³

Todavía más incomprensibles son los intentos de quienes pretenden colocar a este autor en el ámbito del pensamiento antiurbano, sin comprender que, en realidad, Wirth estaba animado en su reflexión por el ansia de resolver una problemática mucho más profunda. Se puede sostener que a él

también se le presentaba el problema de ver sobre qué bases era posible crear un orden social que no implicase la pérdida de los valores fundamentales en la historia de la ciudad occidental. Pero no se puede sostener que propusiese deliberadamente la vuelta a la comunidad preindustrial, demasiado a menudo mitificada como panacea utopista para las contradicciones y los desequilibrios presentes en la ciudad.⁵⁴ Por lo menos dos cualidades de Wirth desmienten esta crítica: su capacidad de observación y de búsqueda sobre la realidad de su tiempo y, en especial, su empeño constante en resolver racionalmente los problemas de su sociedad ofreciendo su propia contribución de sociólogo comprometido, no sólo como investigador, sino también como ciudadano.

V. Segregación y urbanismo en la sociología de Louis Wirth

1. Véase R. Bendix, 'Social Theory and Social Action In the Sociology of Louis Wirth', en *American Journal of Sociology*, LIX (1954), n. 6, p. 523; A. J. Reiss, Jr., 'Introduction a L. Wirth', en *On Cities and Social Life*, The University of Chicago Press, Chicago, 1964, p. XI; A. Cavalli, "Introduzione" a L. Wirth, en *Il Ghetto*, oit., p. XXIII y ss. Por lo que se refiere a las críticas más recientes véase M. Castells, *La cuestión urbana*, cit., pp. 97 a 105, y O. G. Pickvance, 'On a Materialistic Critique of Urban Sociology' en *Sociological Review*, vol. 22 (1974), n. 2, pp. 211 y ss.
2. De la misma opinión son D. Martindale, 'The Theory of the City', en *Community, Character & Civilization*, cit., pp. 147 y 148, y L. Reiss, *El proceso urbano*, cit., p. 139.
3. Véase A. Bendix, *Social Theory and Social Action in the Sociology of Louis Wirth*, cit., pp. 524 y ss.
4. L. Wirth, *Consensus and Mass Communication* (1948), ahora en L. Wirth, *On Cities and Social Life*, cit., p. 20.
5. Véase por ejemplo L. Wirth, *The Scope and Problems of the Community* (1933), ambos ahora en *On Cities and Social Life*, cit., p. 168 (c.m.) y p. 181.
6. L. Wirth, *Ideological Aspects of Social Disorganisation* (1940), ahora en *On Cities and Social Life*, oit., p. 54.
7. Wirth impartió clases de sociología del conocimiento en la Universidad de Chicago. Por lo que se refiere a su producción en este campo —por lo demás bastante limitada— véase "Preface", en *Ideology and Utopia* de Karl Mannheim, publicada en 1936 en ocasión de la traducción de la obra del sociólogo alemán, realizada por el propio Wirth y por Edward A. Shils.
8. Para un análisis crítico del pensamiento de Wirth sobre el problema metodológico de la relación entre juicios de valores y ciencia, véase A. J. Reiss, Jr., *Introduction*, oit., pp. XII a XIV y A. Bendix, *Social Theory and Social Action in the Sociology of Louis Wirth*, cit., pp. 528 y 529. Wirth sostenía la necesidad, por parte del científico social, de una implicación directa en la acción. Para llegar a ser un investigador de la sociedad serio es necesario estar seriamente comprometido como ciudadano. Según Bendix, con esta posición Wirth se oponía a la teoría de la neutralidad del científico social.
9. L. Wirth, 'Social Interaction: The Problem of the Individual and the Group', en *American Journal of Sociology*, XLIV (1939), pp. 965 a 979.
10. L. Wirth, *Consensus and Mass Communication*, oit., pp. 34 y 38.
11. *Ibidem*, p. 25.
12. El consenso —sostenía Wirth en sus últimos escritos— debe desarrollarse a escala mundial. La ciencia y los intelectuales tienen una importancia fundamental en el logro de esta finalidad. Véase *Ideas and Ideals as Sources of Power in the Modern World* (1947), pp. 146 a 156 y *World Community. World Society and World Government: An Attempt at a Classification of Terms* (1948), pp. 319 a 332, ambos en *On Cities and Social Life*, cit., pp. 319 a 332.
13. Bendix señala que a este propósito la posición de Wirth diverge de la de Mannheim, al que nuestro autor reprochaba una excesiva "abstracción"; véase *Social Theory and Social Action in the Sociology of Louis Wirth*, cit., p. 528.
14. Véase Elizabeth Wirth Marvick, *Louis Wirth: A Biographical Memorandum*, en L. Wirth, *On Cities and Social Life*, cit., pp. 333 a 340.
15. R. Park y E. Burgess estimularon el interés de Wirth por la sociología urbana y le alentaron a profundizar científicamente sus experiencias de judío inmigrado. De hecho, la tesis para el Master —que no fue publicada— lleva el título de *Culture Conflicts in the Immigrant Family*.
16. L. Wirth, "Bibliografía della comunità urbana", en R. Park, E. Burgess, R. McKenzie, *La città*, pp. 145 a 202.
17. Véase E. Wirth Marvick, *Louis Wirth: A Biographical Memorandum*, cit., p. 339.
18. La etimología del término "ghetto" fue ampliamente debatida. Para unos derivaría del hebraico *ghet* = divorcio; para otros del alemán *Gitter* = reja y para otros del italiano *borghetto* (pequeño burgo). Según Wirth, el étimo más probable se relaciona a *gietta*; con este nombre se indicaba una fundición de cañones en una localidad de Venecia, en cuya proximidad se encontraba uno de los más antiguos asentamientos judíos. Véase L. Wirth, *Il ghetto*, cit., p. 10, nota 1.
19. *Ibidem*, p. 13.
20. De la misma opinión es F. Ferrarotti en sus 'Osservazioni sulla sociologia urbanas, apéndice de su estudio *Roma da capitale a periferia*, cit., p. 249.
21. Debemos recordar que los judíos, al contrario de los católicos, quedaban libres de la prohibición de desarrollar actividades comerciales y de préstamos con interés. Véase el mismo Wirth, *Il ghetto*, cit., p. 26.
22. *Ibidem*, p. 61.
23. M. Fishberg, 'The Jews: a Study In Race and Environmenta' (1911), cit., en Wirth, *Il ghetto*, p. 63.
24. *Ibidem*, p. 65.

25. Nótese que a menudo son los hijos quienes fuerzan a los padres —sobre todo en las familias de posición económica sólida— a abandonar el ghetto. Es significativa la historia de una familia judía rusa que Wirth explica en el cap. XII *il ghetto in via di sparizione*.

26. A Cavalli, *Intrduzione*. cit., p. XXIII.

27. M. Stein, *The Eclipse of Community*, cit., p. 41. Stein considera *The Ghetto* como un Instrumento únicamente útil para quienes desean interpretar los cambios del modelo de vida de un grupo étnico, en el Chicago de los años veinte. Añade, además, que este estudio hubiera tenido un valor mayor si Wirth hubiese realizado una comparación con la vida de los judíos en las pequeñas ciudades durante el mismo período. Y aquí Stein se revela injusto, además de muy reductor, frente al valor de este estudio. Tanto porque menosprecia los méritos que derivan de la comparación histórica de los ghettos judíos, en contextos social y culturalmente muy diferentes, como porque hace un reproche Inconsistente en cuanto que el grupo étnico estudiado presenta una incidencia superior en el ambiente urbano.

28. Wirth, *Il ghetto*, cap. XIII, '11 ritorno al ghetto'.

29. Nótese. Entre otras cosas, que la individualización del ghetto denominado voluntario —típico de la Europa de antes de las Cruzadas y que reaparece con el desarrollo suburbano en Estados Unidos— permite una crítica a la Escuela ecológica

La elección del área de asentamiento no parece influenciada por los procesos ecológicos, sino por elementos socioculturales. Esta crítica se desarrolló sobre la base de una famosa investigación empírica, realizada por Walter Firey, *Land Use la Central Boston*. Harvard L'niversity Press, 1947.

30. L Wirth, "l'urbanesimo come modo di vitas, en G. Martlnotti (ed.), *Clttá e analisi socioógica*, cit. p. 520. (Versión castellana, *El urbanismo como modo de vida*. Ediciones 3 [Editorial Paidós], Buenos Aires, 1962, p. 19. (En adelante las notas harán referencia a esta versión castellana.)

31. *El urbanismo como modo de vida*. cit. p. 15; nótese que aquí Wirth —presentando una tipología— utiliza aquellos criterios que rechazó poco antes; habla, de hecho, de ciudad Industrial, comercial, minera, pesquera, turística, universitaria y de ciudad-capital. Sigue luego desarrollando una clasificación ulterior dentro del tipo de ciudad industrial.

22. *Ibidem*, p. 16.

33. *Ibidem*. pp. 16 y 17.

34. Las premisas teóricas, las hipótesis y los fenómenos considerados por Wirth en este ensayo los explicará y discutirá en una interesante reflexión crítica O. Fischer, "Urbanism as a Way of Life", en *Sociological Methods & Research*, 1 (1972), n. 2. Pp. 188 a 231.

35. Wirth había, de forma evasiva, de un número superior a unas pocas centenas; Aristóteles, citado para reforzar la hipótesis Wirth, indica en la Política la dimensión urbana óptima: "el mejor límite a la población de un Estado es el mayor número suficiente a las finalidades de la vida y puede comprenderse a simple vista. Esto basta por lo que se refiere a la amplitud de la ciudad...", véase *El urbanismo como modo de vida*, cit., p. 22.

36. *Ibidem*, p. 21. Wirth no habla explícitamente de "área natural"; es suficiente una comparación con Park para verificar una identidad conceptual sustancial.

37. *Ibidem*, p. 24.

38. *Ibidem*, p. 27.

39. *Ibidem*, pp. 29 a 30.

40. *Ibidem*, p. 30.

41. *Ibidem*, p. 32.

42. Véase, por ejemplo. 5. Greer, 'Urbanism Reconsidered: A Comparative Study of Local Areas in a Metropolis', en *American Sociological Review*, n. 21 (1956), n. 1, pp. 19 a 24; 5. Greer, *The Emerging City*, The Free Press, Nueva York, 1962, pp. 92 y 93; Morris Axelrod, 'Urban Structure and Social Participation.. en *American Sociological Review*, 21 (1956), n. 1, pp. 13 a 18; Marvin B. Sussman, 'The Isolated Nuclear Family: Fact or Fiction', en *Social Forces*, VI (1959), pp. 333 a 340; A. K. Tometh, 'Informal Group Participation and Residential Patterns', en *American Journal of Sociology*, LXX (1964), n. 1, pp. 28 a 35.

43. Véase 5. Guterman, "in Defense of Wirth's Urbanism as a Way of Life", en *American Journal of Sociology*, LXXIV (1969), n. 5, p. 493.

44. *El urbanismo como modo de vida*, cit.. p. 24: mEso no quiere decir que los habitantes de la ciudad tengan menos relaciones personales que los del campo, dado que en realidad puede ser todo lo contrario; significa más bien que en relación al número de personas que ellos ven y con los que están en contacto superficial en el curso de la vida cotidiana, el porcentaje es inferior y además tienen un conocimiento menos completo...

45. C. Fischer, *Urbanism as a Way of Life*, particularmente los párrafos "Structural Differentiation", u Formal Integration' u Impersonality., "isolation", "Anomie", "Deviance" y "Malaise". pp. 195 y 38.

46. 1-1. Gans, "Urbanism and Suburbanism as Ways of Life" ensayo publicado por vez primera en A. M. Rose (ed.), *Human Behaviour and Social Processes*, Mifflin, Boston, 1962, y sucesivamente, en R. E. Pahl (ed.). *Readings in Urban Sociology*, Pergamon Press, Oxford, 1968, pp. 95 a 116, edición a la que nos referimos.

47. H. Gans, *Urbanism and Suburbanism as Ways of Life*. cit., p. 97. Gans sostiene que la población del "corazón" de la ciudad es muy heterogénea (en la p. 99 presenta una clasificación que comprende 5 tipos de habitantes del *inner city*) y afirma que las tres famosas variables de Wirth no pueden ejercer una influencia igual sobre estos tipos de habitantes tan distintos. La tesis Wirth se adaptaría perfectamente sólo a las *transient areas of the inner City*, es decir, a aquellas zonas internas al *central business district* "típicamente heterogéneas en los residentes. Tanto porque el tipo de habitante es extremadamente móvil y ríe necesita de un vecindario homogéneo, como porque se trata de zonas habitadas por desesperados que no tienen otra elección". (p. 103).

48. Recuérdese, por ejemplo, que Wirth se formó en la escuela de Park y que, sucesivamente, como miembro del comité para el urbanismo del National Resources Planning Board, dirigió y redactó, en 1937, el volumen *Our Cities: Their Role in the National Economy*.

49. L. Wirth, "Rural-Urban Differences" (1951), en *On Cities and Social life*, cit., pp. 221 a 225. Se trata del material extraído de un manuscrito que sirvió, anteriormente, para una conferencia y que debía emplearse para un artículo que nunca fue escrito.

50. Aun cuando no sugiere alternativas de Interpretación muy convincentes. Los presupuestos de orden general, en los que se basa Gans para su crítica, nos dejan, de hecho, bastante perplejos; piénsese sobre todo en la idea de que la ciudad actual permite mayor libertad de selección o de movimiento para quienes residen en ella.

51. Véase también N. Morris, *Urban Sociology*, Allen & Unwin, Londres, 1968, p.170.

52. De la misma opinión son también otros críticos de Wirth, como por ejem. pío. R. E. Pahl, "The Rural-Urban Continuum.", en *Readings in Urban Sociology*, cit., po. 265 y 266.

53. Véase también G Martinotti. "Introduzione" a *Città e anallsi sociologica*, cit. p. 73.

54. Además de Gans, también M. Livolsi, *Comunicazione e integrazione*, Barbera, Florencia, 1967, especialmente p. 81, parece inclinarse por esta interpretación del ensayo de Wirth.

La Investigación Urbana y su Sustento Teórico.

Alvaro Portillo

UAM - Iztapalapa
Dto. de Sociología

México, D.F.
Febrero de 1982

I.- En busca de un objeto teórico

La investigación de problemas urbanos tiene la característica de englobar un conjunto de fenómenos cuya identificación es más o menos concreta, aunque en su globalidad se sumergen en una gran difusividad.

Es factible considerar como urbano todo aquello que se da en el ámbito de la ciudad: desde los fenómenos más estrictamente psicológicos del individuo, hasta los aspectos más agregados de la economía. Sin lugar a dudas lo urbano, como entronque teórico, como objeto específico, ha venido siendo muy difícil precisarlo.

En buena medida, ello se ha debido a que este supuesto objeto teórico particular, no es posible definirlo, sin apegarse a un sistema de hipótesis que den cuenta de la sociedad en su conjunto, más allá de la impronta espacial rural o urbana.

Uno de los caminos que tal vez mejor contribuya a esclarecer el estado de la cuestión en el presente, es repasar -aunque sea brevemente la evolución histórica de las interpretaciones que se han venido formulando respecto, con el objeto de, a modo de balance, extraer algunas conclusiones a que permitan encarar con más claridad la investigación.

De la ciudad se habla en el mundo Occidental, desde tiempos inmemoriales. Tal vez el momento en que el tema adquiere una relevancia más significativa, es a partir de la Antigüedad Clásica, en que a los grandes pensadores griegos no se les escapa, en su reflexión acerca de la sociedad, el ámbito urbano como un factor importante en las sociedades. A partir de allí se podría ir registrando múltiples concepciones y explicaciones que atraviesan la civilización occidental en lo referido a la ciudad.

Sin embargo, dejarse llevar por rastreos históricos de esa naturaleza, fácilmente pueden derivar en historicismos eruditos pero pobres en explicaciones de fondo. En el tema de la ciudad, al igual que frente a otros fenómenos sociales, no se podrá avanzar sólidamente rindiendo tributo al tan vituperado pero nunca exterminado evolucionismo. Se podría arrancar con las formulaciones de Platón y Aristóteles, para llegar, luego de un sinuoso itinerario, a los autores contemporáneos; sin embargo, este repaso histórico no nos diría nada nuevo sobre el problema urbano de la sociedad contemporánea.

Precisamente, es el reconocimiento de sociedades distintas que se van superponiendo históricamente, lo que permite en cada tipo de sociedad identificar fenómenos específicos, en donde uno de ellos es lo urbano.

Por lo tanto, pareciera que lo más justo es situarse en la sociedad contemporánea, el capitalismo, para intentar comprender el papel de la ciudad y allí encontrar este supuesto objeto teórico particular. Desde luego, ello no invalida la legitimidad de estudios históricos de la ciudad, que mucho puedan aportar, pero en el claro entendido que se está en el campo de la historiografía y, por ende, con un estatuto teórico muy preciso y diferente del que se pretende en estas líneas delimitar.

En tal sentido, lo más relevante que se empieza a formular acerca del problema urbano en la sociedad contemporánea, son los estudios de la conocida Escuela de Chicago. En estos autores hay dos tipos de factores que van a incidir sobremanera en su producción: por un lado, los supuestos teóricos en boga que adoptan para sus análisis, y por otro lado, los condicionamientos históricos concretos que los constriñen en la percepción de una realidad muy particular.

Surgidos en la década de 1920, estos autores pertenecen a las primeras generaciones de una nueva disciplina - la sociología -, que, luego de haber superado su momento fundante en el curso del siglo XIX, ya ha penetrado en las universidades y goza de legitimidad científica. Se trata de un pensamiento social eminentemente conservador de orden constituido que, no obstante su férreo caparazón de neutralismo valorativo, mantiene un diálogo sordo con el marxismo, el que culturalmente está reducido a doctrina política de las clases oprimidas.

Más específicamente, desde la Escuela de Chicago se encarará el estudio de la ciudad a partir de conceptos e hipótesis de la criminología y de la ecología. Con respecto a la primera, ya tenía una larga historia, ya que el fenómeno de la delincuencia era observado con detenimiento desde hacía más de un siglo. En cuanto a la ecología, gozaba de un reciente prestigio como consecuencia de importantes éxitos científicos de la biología. Ello condujo a concebir aplicar las explicaciones que rigen el equilibrio del mundo animal y vegetal a la comunidad urbana.

Estas circunstancias en el campo de las ideas, no habrían cuajado en la "sociología urbana" de no haber existido condicionalmente históricos precipitadores. Desde el siglo XVIII, la ciudad se presentaba como escenario de desorden, confusión, innovación y subversión. Es en el espacio urbano que se da fundamentalmente el desarrollo del capitalismo, tanto en sus aspectos económicos, políticos como culturales.

No obstante, son las particulares circunstancias de Norteamérica, en 1920, las que van a motivar una reflexión de esta naturaleza. El alud migratorio que desde fuera del país, e inclusive de las áreas rurales, llega a las ciudades de la Costa Este, particularmente Chicago y Nueva York, define una fisonomía de la ciudad como algo en acelerado cambio y socialmente complejo.

Así pues, nace la sociología urbana. Respuesta a un problema social específico, en cuya formulación se emplean instrumentos teóricos ya existentes. No interesa efectuar la crítica a todo el alud de producción teórica que estos estudios promueven.

Desde el marxismo, esta crítica ya ha sido hecha en forma exhaustiva y rigurosa. Simplemente importa destacar la forma en que surge esta reflexión teórica, a efectos de subrayar sus alcances. O sea, se trata de análisis concretamente motivados, que se orientan a controlar un fenómeno social desorganizador.

Será hasta fines de la década de los sesenta, cuando desde el marxismo, se intentan explicaciones sustancialmente diferentes, aunque de fenómenos análogos. Muchas son las causas por las que la Escuela de Chicago dominó en el campo teórico, a pesar de que sus aportaciones con frecuencia no superaban el nivel de la puerilidad o del peor sentido común.

Entre otras, interesa señalar el congelamiento marxismo como posible interlocutor de esta corriente. El estalinismo, con su secuela de dogmatización y terrorismo ideológico, inhibe posibles desarrollos teóricos alternativos. Su evolución posterior (desestalinización, crisis del movimiento comunista, etcétera) originó un contexto más propenso a la fecundidad teórica perdida.

Pero también aquí van a ser circunstancias históricas las que van a estar precipitando una producción teórica de nuevo tipo. En el ocaso del largo ciclo de prosperidad que comienza en la segunda posguerra, se perciben en los países europeos de Occidente ciertos fenómenos que convocan urgentes explicaciones: crecimiento, especulación y crisis en la administración de las ciudades; crisis de los valores consumistas, tan celebrados hasta poco tiempo antes, y, en general, cambios sociales y realineamientos políticos, en los que el escenario urbano es muy determinante. Entre otras cosas, en

Francia e Italia se da un marcado ascenso del movimiento obrero y correlativamente un crecimiento de su fuerza política y de su capacidad teórica de análisis.

Es así que en dichos países se incubarán las primeras interpretaciones del fenómeno urbano, desde el materialismo histórico. Uno de los puntos de entronque con la reflexión marxista global será el tema de la renta. Se observa que la moderna metrópoli capitalista es, *per se*, fuente de ganancia de los capitales. No es que ocurra, algo nuevo, sino que se ha modificado la envergadura del fenómeno. En la búsqueda de explicaciones, se retorna el concepto de la renta de El Capital, para intentar aplicarlo a los terrenos urbanos. Queda claro que estos inmuebles generan renta; de lo que se trata es de encontrar su lógica. En este proceso se intentará aplicar los conceptos de renta diferencial I y II, y renta absoluta y monopólica a las relaciones urbanas.

Lamentablemente, las buenas intenciones no se correspondieron con los resultados. La ya oscura y difícil formulación de Marx, del Tomo III de El Capital (no redactado por él), resultó muy difícil de adecuar plenamente (aunque variando el contenido) al ámbito urbano. Sin lugar a dudas, en la ciudad es factible registrar manifestaciones de cualquiera de los sub-tipos mencionados de la renta. Lo que resulta más complejo es descubrir la lógica de la renta urbana y su papel en la circulación del capital.

Dejando de lado el problema de la renta, surgen autores que se orientan a encontrar la "esencia" de lo urbano. Parten del supuesto de que el fenómeno que se observa es típico del capitalismo; es decir, a pesar de que la ciudad es un hecho secular, la manifestación actual de lo urbano es única y amerita una explicación específica... Se descarta radicalmente una "teoría de la ciudad" válida para todos los tiempos y sociedades. Se trata de desentrañar el aspecto más típico y, a la vez, determinante de la moderna ciudad capitalista.

En líneas muy generales, este punto de partida da lugar a dos grandes vertientes interpretativas que sin coincidir ni complementarse, tampoco son absolutamente alternativas. Una de ellas, se apoya fundamentalmente en la economía, y registra en la ciudad un "valor de uso complejo" al servicio del capital; la actual fase del capitalismo se caracterizaría por la emergencia de unas muy particulares "condiciones generales de producción", en las que una de ellas se referiría a los "efectos útiles de aglomeración", producidos por la ciudad capitalista. Esta línea de conceptualización, se apoya en los trabajos de P. Boccara³ acerca del capitalismo monopólico de estado, y es desarrollada por J. Rémil y en C. Topalov.

Para estos autores, la ciudad es un todo complejo que se transforma en una entidad útil e indispensable en las actuales formas de reproducción ampliada del capital. Bajo este supuesto es que luego se irán desentrañando los significados de las contradicciones sociales, la naturaleza de las políticas estatales, la forma y el sentido del consumo. Por lo tanto, lo urbano es básicamente un fenómeno económico del capitalismo reciente.

Paralelamente a estos autores, surgen los planteamientos de M. Castells que sin negar en su totalidad el punto de vista anterior, lo contradicen y lo irradian como explicación acabada. Con este autor hay una preocupación inicial por el conocimiento y la crítica minuciosa de todas las anteriores conceptualizaciones de lo urbano. Este procedimiento permite descartar y desenmascarar muchos puntos de vista sobre la Ciudad y el espacio urbano, de manera tal que la operación de construcción teórica se realiza sobre terreno más firme.

Hecha esta desactivación de conceptos, M. Castells formula una compleja alternativa, en la que el aspecto teórico central es el consumo colectivo. Para este autor, la mayoría de las realidades connotadas por la noción de lo urbano traducen los términos de la reproducción colectiva (objetivamente socializada) de la fuerza de trabajo; de ello se desprende que la unidades urbanas y los procesos vinculados con ellas, serían unidades de reproducción colectiva de la fuerza de trabajo en el modo de producción capitalista.

A pesar de radicar aquí la nota definitoria de lo urbano, no todo queda reducido a ello, sino que simultáneamente se definen los elementos de la "estructura espacial" de la ciudad y se construye un "sistema urbano" como dispositivo analítico del funcionamiento de la ciudad. Esta visión un tanto

estructuralista, es enriquecida al reconocer e incorporar centralmente en el análisis a la lucha de clases en los procesos urbanos, cuya manifestación en el plano político son los movimientos sociales urbanos y la planificación urbana.

Sin lugar a dudas, el esfuerzo de M. Castells es mucho más rico y sugestivo que el de los autores anteriores. Articulados con el esquema analítico descrito, se conceptualizan un conjunto de esos elementos complementarios como la semiótica urbana, las prácticas sociales o la función de la ideología.

De esta visión, que al ser simultáneamente globalizante y compleja, uno de sus mejores aciertos es que se transforma en un eficaz promotor de la investigación concreta en cualquiera de las líneas sugeridas. La historia posterior a las principales obras de M. Castells reafirman su papel dinamizador de la investigación y orientados de la práctica política.

Ello no quiere decir que esté dicha la última palabra, ni mucho menos. Precisamente, uno de los aspectos que más dudas plantea la formulación de M. Castells es la centralidad del consumo colectivo en la identificación de lo urbano.

Siendo este el itinerario recorrido, hay que subrayar la realidad empírica a la que fundamentalmente busca aludir; las ciudades del capitalismo periférico y dependiente merecen otros instrumentos de análisis teórico, los que podrán o no coincidir con las formulaciones señaladas.

II. Lo urbano en América Latina

Por lo tanto, la realidad latinoamericana, al definirla como principal foco de atención de la investigación, sugiere nuevos y diferentes elementos que se expresarán en una reconstrucción de la teoría.

Es sabido que la particular urbanización sufrida en América Latina la diferencia radicalmente del fenómeno análogo en el capitalismo desarrollado, y es a su vez una de las expresiones de la específica modalidad de desarrollo del capitalismo dependiente. La urbanización como tal, ha sido estudiada desde varios ángulos: en tanto manifestación de la subordinación local a potencias coloniales o neo-coloniales, como factor desarticulado de la unidad nacional, en su causalidad de regiones nacionales e internacionales, etcétera. No obstante, será lo intra-urbano el punto de observación principal, a efecto de conocer su naturaleza teórica.

Se trata de trasladar los conceptos teóricos sobre lo urbano, ya vistos, al mismo tipo de unidades espaciales, pero en el ámbito latinoamericano. Al efectuar este movimiento, en cuanto fenómeno a observar, rápidamente se comprueba la insuficiencia total o parcial de dichos conceptos teóricos elaborados para otras realidades.

Los puntos de vista de los ecologistas de la Escuela de Chicago, la teoría de los círculos concéntricos de Burgess o las versiones más contemporáneas de tipo sistémico son rechazados estrepitosamente por una realidad que no se corresponde en lo más mínimo con los supuestos de dichas teorías, y por tanto, menos aún permite adecuaciones a sus juicios de pronóstico.

En cuanto a las elaboraciones provenientes del marxismo, hay claros puntos de contacto que permiten recuperar muchas de sus afirmaciones, aunque en su globalidad se muestran por demás insuficientes para poder dar cuenta del fenómeno urbano latinoamericano. Ello no es de extrañar: los propios autores de estos análisis se preocuparon explícitamente en atribuirlos a las realidades urbanas del capitalismo desarrollado.

Por tanto, este proceso de adecuación o reconstrucción teórica pasa por registrar los aspectos más específicos de lo urbano en América Latina, para luego intentar descubrir las mejores formas de su aprehensión.

Es sabido que el proceso de urbanización en América Latina, luego de la segunda posguerra adquiere una celeridad vertiginosa que lleva a hablar de hiper-urbanización, llamando la atención de estudiosos y políticos gobernantes. La transformación de las relaciones sociales de producción en el campo, aunado a un marcado incremento del crecimiento demográfico por disminución de la mortalidad infantil sin modificación de los patrones de natalidad, generan un masivo éxodo hacia las principales ciudades. Esta movilización social, aún en curso, transforma a las principales metrópolis latinoamericanas en ciudades "vertedero" a las que diariamente llegan miles de pobladores rurales de su lugar de origen.

Consecuencia de este proceso es el perfil social de las ciudades latinoamericanas, con sus cuantiosos desempleados y sub-empleados que componen la tan controvertida masa marginal. Estos rasgos de la "modernización" acentúan la heterogeneidad social y cultural de las sociedades en su conjunto y acentúan la desarticulación de modelos anteriores.

Ya ha sido reiteradamente señalado que este proceso nada tuvo que ver con la urbanización capitalista de los siglos XVIII y XIX. En los procesos equivalentes del capitalismo dependiente, la acumulación capitalista no se expresa en una lógica productiva que requiera un aumento de fuerza de trabajo; aquí, la acumulación de capital se realiza por circuitos varios los que no necesariamente suponen un progresivo aumento del empleo.

De esta forma, la realidad urbana del capitalismo dependiente, y en particular en América Latina, se presenta como punto de entronque de diversas características del desarrollo capitalista de estas sociedades. Además de la marginalidad, habrá varios otros desarrollos inéditos o irrelevantes en el capitalismo desarrollado, que en las metrópolis latinoamericanas marcarán fuertemente su presencia; la incidencia política de los precios de urbanización, la particular intervención del estado en ellos, el comportamiento de los "asentamientos irregulares" la lucha por el espacio, la coexistencia de diversas "culturas urbanas" que establecen una comunicación difícil y refractada en los diversos sectores sociales, no obstante los mecanismos de dominación que permanentemente intentan controlar la totalidad del proceso.

El estado actual de la reflexión teórica hace muy difícil arribar a conclusiones sólidas que permitan caracterizaciones generales de los procesos de urbanización dependiente. Aún se está en la fase de la descripción más o menos minuciosa y de la búsqueda de explicaciones parciales que permitan ir aproximándose a caracterizaciones más generales.

En buena parte, ello no se debe a la incapacidad de los investigadores o a la poca atención teórica del problema. En América Latina, el final de la de los sesentas implicó un avance en el proceso de urbanización señalado pero en un nuevo contexto, signado por un reacomodo de muchos países de la región en la división internacional del trabajo, cambios políticos de fondo y emergencia de rasgos nuevos en el patrón de acumulación capitalista.

Si a ello se agrega un bajo nivel en la lucha política a excepción de las realidades centroamericanas, se puede comprender el relativo atraso de la teoría con respecto al fenómeno a interpretar.

III.- Líneas posibles de investigación.

Este contexto limita y determina al investigador de los problemas urbanos en América Latina. Bajo el supuesto de que se hace una opción política y moral en cuanto a descubrir y descifrar las claves para el cambio social en beneficio de las grandes mayorías hoy postergadas, surgen algunas líneas de investigación que sin grandes ambiciones se presentan como las más fructíferas.

En primer lugar, aparece como un hecho relativamente complejo, comprender el sentido histórico y sus manifestaciones concretas, la articulación de la gestión política de la ciudad, con las diversas clases sociales. Estudios relativamente recientes, han permitido avanzar en una mejor comprensión de las formas políticas bajo el capitalismo superando antiguas visiones reduccionistas o de tipo hegeliano que al codificar al estado impedían comprender la lógica particular de su funcionamiento.

En las sociedades latinoamericanas, en donde la dimensión estatal cumple un papel de primer orden, no sólo como "capitalista colectivo" sino también como factor constitutivo de las clases, los procesos de atracción y rechazo, integración o segregación-represión, que la gestión política urbana implica, contribuyen a una mayor comprensión de los procesos en su globalidad. Para esto, uno de los caminos más adecuados es el estudio de las políticas urbanas, ya sea en lo referido al nivel de lo dicho, como al nivel de lo hecho. En esto último es donde surgen con mayor claridad los compromisos, énfasis y opciones de la gestión gubernamental en los momentos históricos.

En segundo lugar surge como otra vertiente muy promisoría lo referido al consumo colectivo. Ya no desde su perspectiva en la relación estado-sociedad, sino desde el ángulo de las diversas modalidades que adquiere este consumo. El conocimiento concreto de la "cultura de la pobreza" revela hechos que desmienten con frecuencia prejuicios teóricos: la vivienda, por ejemplo, y toda su lógica ligada al salario y al empleo, sufre diversas readecuaciones a la luz de la realidad concreta. En tal sentido, hoy empieza a revelarse la no coincidencia entre "marginalidad urbana" y "marginalidad económica", y en consecuencia asume otra dimensión y diverso impacto social la llamada crisis urbana y los mecanismos de consumo colectivo, cuya escasez relativa la determinan.

En tercer lugar, se presenta con una apariencia diferente y más compleja, la organización de los pobladores urbanos. De aquella primera catalogación, de fácil masa social manipulable a través del asistencialismo de políticas más o menos populistas, hoy se verifican situaciones muy diversas. Cada vez se observa con más frecuencia la factibilidad y viabilidad de la independencia política de estos movimientos. Ya sea desde perspectivas estrictamente reivindicativas o con una conciencia política más global, la organización de los pobladores ya es casi una constante del nuevo "sistema urbano" estructurado. Las incógnitas y la gama de debilidades afloran en cuanto al desarrollo de estos movimientos: rasgos de las sociedades concretas. Las formas político-estatales específicas, la dirección política de los movimientos, su nivel de alianza con otras organizaciones, son algunos de los factores que en la investigación empírica permitirán prefigurar evoluciones futuras. Lo que sí, cada vez es más claro, es que las contradicciones sociales motivadas por la insatisfacción total o parcial del consumo colectivo introducen en el escenario político nuevos grupos de presión de impacto creciente.

En cuarto lugar -y sin pretender ser exhaustivos - se plantea otra interesante línea de investigación referida a las antropologías específicas de las comunidades y movimientos que son afectadas y transformados por el proceso de urbanización. Se trata de descifrar las yuxtaposiciones culturales, los nuevos lazos de solidaridad convivencia establecidos por las comunidades, sus representaciones de la semiótica urbana en el complejo proceso de refracción de imágenes que va desde el discurso dominante hasta las comunidades como sus depositarias últimas. Sólo la comprensión de estas diversidades permitirá unificar un lenguaje de contestación entre las clases subalternas que superen la fragmentación individual y las mencionadas yuxtaposiciones culturales. Hasta aquí, algunas de las líneas de investigación que pueden enriquecer el conocimiento de lo estrictamente urbano, entendiendo por tal y de modo provisorio, las grandes concentraciones espaciales de bienes y personas.

Adicionalmente es necesario indagar otros procesos sociales que se expresan en el territorio modificando el espacio y que desbordan lo estrictamente urbano. Se trata de abordar la conformación de regiones al interior de la formación social que, en tantas expresiones directas o indirectas del patrón de acumulación, van delimitando el espacio nacional. Se supone como falsa la dicotomía rural-urbano; tratándose de una continuidad, presentan especificaciones diferentes pero más o menos complementarias. Por lo tanto lo urbano y lo regional quedarían inscritos en la problemática más amplia, cuyo reconocimiento enriquece cualquiera de ambas perspectivas.

IV.- Algunas precisiones metodológicas.

Hechos estos esbozos acerca de posibles líneas de investigación, corresponde subrayar algunas precisiones metodológicas acerca de cómo encarar la investigación en el tema.

Los comentarios iniciales que brevemente reseñaban una parte de la evolución del encare teórico en el tema urbano, permiten afirmar que la forma más fecunda de conocer a los procesos sociales

urbanos es a partir de su historicidad concreta. Quede claro que no es a partir de la estructuración de sistemas o modelos como se puede comprender a la ciudad. Esas visiones estrictamente "sociológicas" han sido ampliamente superadas, entre otras cosas, por la imposibilidad de congelar la complejidad social para encapsularla en algún sistema prefabricado; estos intentos han conducido indefectiblemente a que la realidad se escape al modelo.

Tampoco se trata de un historicismo de tipo evolutivo, que al servicio de valores preestablecidos -como la idea de progreso - se oriente a explicar lo actual como el necesario corolario del pasado.

Se trata de aprehender la constitución y el movimiento de los agentes sociales (clases, fracciones de clase, burocracia política, etcétera) para observar su desarrollo en períodos históricos marcados. Partiendo de la base de que el escenario urbano del presente ha tenido que ir modelándose en un contradictorio proceso de luchas -explícitas o implícitas -, hay que indagar la conformación histórica y el devenir de esos procesos. Desde luego, no se trata de hacer historia de los orígenes, sino respetar las grandes periodizaciones que involucran al conjunto de la formación social y que presuponen rupturas, de acuerdo con las modificaciones centrales en el modo de producción.

De lo anterior se desprende la necesidad ineludible de "nacionalizar" los estudios. Afortunadamente han entrado en profunda crisis las generalizaciones totalizadoras, que con base en un puñado de factores preestablecidos, definían vastas y variadísimas situaciones sociales. La disolución de estas falsas certezas sólo conduce a centrar el análisis social en el ámbito nacional, como la unidad histórica más sólida de estudio. Algunas, muy pocas, generalizaciones que puedan ser válidas para otras situaciones del capitalismo occidental; otras pocas definiciones, propias a América Latina, habrá que someterlas a un exhaustivo examen en el nivel de la formación social, y muy particularmente a través del uso de la historia como elemento develador de las particularidades a estudiar.

Finalmente, la investigación de la problemática urbana convoca al uso de instrumentos teóricos diversos, que en otras épocas sólo estaban presentes en "disciplinas" particulares. Necesariamente habrá de confluír el análisis a partir de la economía, la sociología, la ciencia política, la historia, el "urbanismo", la arquitectura, la antropología, la lingüística.

Esta meta, aparentemente tan ambiciosa, por el contrario, es el gran camino que se abre luego de la fragmentación impuesta por el positivismo y su herencia. Se trata de estudiar a la sociedad como un todo, sin limitaciones en parcelamientos metodológicos. Esta forma de encarar la investigación, remite a que el investigador debe ampliar su formación general y ello a su vez se refleja en la nueva forma en que habrá que adiestrar a estudiantes e investigadores. No obstante, esta recuperación en la aprehensión del conocimiento social como algo global, aunque multifacético, es una vía insustituible para penetrar fenómenos sociales relativamente nuevos y aún muy poco conocidos, como es lo urbano.